

GIL POLO, GASPAR (1540–1585)

*DIANA ENAMORADA*

ÍNDICE:

LIBRO PRIMERO  
LIBRO SEGUNDO  
LIBRO TERCERO  
LIBRO CUARTO  
LIBRO QUINTO

LIBRO PRIMERO

Después que el apasionado Sireno con la virtud del poderoso liquor fue, de las manos de Cupido por la sabia Felicia libertado, obrando Amor sus acostumbradas hazañas, hirió de nuevo el corazón de la descuidada Diana despertando en ella los olvidados amores para que de un libre estuviese cautiva, y por un exento viviese atormentada.

Y lo que mayor pena le dio fue pensar que el descuido que tuvo de Sireno, había sido ocasión de tal olvido y era causa del aborrecimiento. De este dolor y de otros muchos estaba tan combatida que ni el yugo del matrimonio ni el freno de la vergüenza fueron bastantes a detener la furia de su amor, ni remediar la aspereza de su tormento, sino que, sus lamentables voces esparciendo y dolorosas lágrimas derramando, las duras peñas y fieras alimañas enternecía.

Pues hallándose un día acaso en la fuente de los alisos, en el tiempo del estío, a la hora que el sol se acercaba al medio día, y acordándose del contento que allí en compañía del amado Sireno muchas veces había recibido, cotejando los deleites del tiempo pasado con las fatigas del presente, y conociendo la culpa que ella en su tormento tenía, concibió su corazón tan angustiada tristeza, y vino su alma en tan peligroso desmayo que pensó que entonces la deseada muerte diera fin a sus trabajos. Pero después que el ánimo cobró algún tanto su vigor, fue tan grande la fuerza de su pasión, el ímpetu con que Amor reinaba en sus entrañas, que le forzó publicar su tormento a las simplesavecillas que de los floridos ramos la escuchaban, a los verdes árboles que de su congoja parece que se dolían, y a la clara fuente que el ruido de sus cristalinas aguas con el son y de sus cantares acordaba. Y así con una suave zampoña cantó de esta manera:

Mi sufrimiento cansado  
del mal importuno y fiero,  
a tal extremo ha llegado  
que publicar mi cuidado

me es el remedio postrero.

Siéntase el bravo dolor  
y trabajosa agonía  
de la que muere de amor,  
y olvidada de un pastor  
que de olvidado moría.

¡Ay, que el mal que ha consumido  
l'alma que apenas sostengo,  
nace del pasado olvido,  
y la culpa que he tenido,  
causó la pena que tengo!

Y de gran dolor reviento,  
viendo que al que agora quiero,  
le di entonces tal tormento,  
que sintió lo que yo siento,  
y murió como yo muero.

Y cuando de mi crueza  
se acuerda mi corazón,  
le causa mayor tristeza  
el pesar de mi tibieza,  
que el dolor de mi pasión.

Porque si mi desamor  
no tuviera culpa alguna  
en el presente dolor,  
diera quejas del Amor  
e inculpara la fortuna.

Mas mi corazón esquivo  
tiene culpa más notable,  
pues no vio, de muy altivo,  
que Amor era vengativo,  
y la fortuna mudable.

Pero nunca hizo venganza  
Amor, que de tantas suertes  
deshiciese una esperanza,  
ni Fortuna hizo mudanza  
de una vida a tantas muertes.

¡Ay, Sireno cuán vengado  
estás en mi desventura,

pues después que me has dejado,  
no hay remedio a mi cuidado,  
ni consuelo a mi tristura!

Que según solías verme  
desdeñosa en sólo verte,  
tanto huelgas de ofenderme,  
que ni tú podrás quererme,  
ni yo dejar de quererte.

Véote andar tan exento,  
que no te ruego, pastor,  
remedies el mal que siento,  
mas que engañes mi tormento  
con un fingido favor.

Y aunque mis males pensando,  
no pretiendas remediallos,  
vuelve tus ojos, mirando  
los míos, qu'están llorando,  
pues tú no quieres mirallos.

Mira mi mucho quebranto  
y mi poca confianza,  
para tener entretanto  
no compasión de mi llanto,  
mas placer de tu venganza.

Que aunque no podré ablandarte,  
ni para excusar mi muerte  
serán mis lágrimas parte;  
quiero morir por amarte,  
y no vivir sin quererte.

No diera fin tan presto la enamorada Diana a su deleitosa música, si de una pastora que, tras unos jarales la había escuchado, no fuera de improviso estorbada. Porque, viendo la pastora, detuvo la suave voz rompiendo el hilo de su canto; y haciendo obra en ella la natural vergüenza, le pesó muy de veras que su canción fuese escuchada ni su pena, conocida; mayormente viendo aquella pastora ser extranjera, y por aquellas partes nunca vista. Mas ella que, de lejos la suavísima voz oyendo, a escuchar tan delicada melodía secretamente se había llegado, entendiendo la causa del doloroso canto, hizo de su extremadísima hermosura tan improvisa y alegre muestra, como suele hacer la nocturna luna que con sus lumbrosos rayos vence y traspasa la espesura de los oscuros ñublados. Y viendo que Diana había quedado algo turbada con su vista, con gesto muy alegre le dijo estas palabras:

–Hermosa pastora, grande perjuicio hice al contento que tenía con oírte, en venir tan sin propósito a estorbarte. Pero la culpa de esto la tiene el deseo que tengo de conocerte, y voluntad de dar algún alivio al mal de que tan dolorosamente te lamentas. Al cual, aunque dicen que es excusado buscarle consuelo, con voluntad libre y razón desapasionada se le puede dar suficiente remedio. No disimules conmigo tu pena, ni te pese que sepa tu nombre y tu tormento, que no haré por eso menos cuenta de tu perfección, ni juzgaré por menor tu merecimiento.

Oyendo Diana estas palabras, estuvo un rato sin responder teniendo los ojos empleados en la hermosura de aquella pastora y el entendimiento, dudoso sobre qué respondería a sus grandes ofrecimientos y amorosas palabras; y al fin respondió de esta manera:

–Pastora de nueva y aventajada gentileza, si el gran contento que de tu vista recibo, y el descanso que me ofrecen tus palabras, hallara en mi corazón algún aparejo de confianza, creo que fueras bastante a dar algún remedio a mi fatiga, y no dudara yo de publicarte mi pena. Mas es mi mal de tal cualidad que en comenzar a fatigarme, tomó las llaves de mi corazón, y cerró las puertas al remedio. Sabe que yo me llamo Diana, por estos campos harto conocida; conténtate con saber mi nombre, y no cures de saber mi pena, pues no aprovechara para más de lastimarte, viendo mi tierna juventud en tanta fatiga.

Éste es el engaño –dijo la pastora– de los que se hacen esclavos del amor, que en comenzarle a servir son tan suyos que ni quieren ser libres, ni les parece posible tener libertad. Tu mal bien sé que es amor, según de tu canción entendí, en la cual enfermedad yo tengo grande experiencia. He sido muchos años cautiva, y ahora me veo libre; anduve ciega, y ahora atino al camino de la verdad; pasé en el mar de amor peligrosas agonías y tormentas, y ahora estoy gozando del seguro y sosegado puerto. Y aunque más grande sea tu pena, era tan grande la mía. Y pues para ella tuve remedio, no despidas de tu casa la esperanza, no cierres los ojos a la verdad, ni los oídos a mis palabras.

–Palabras serán –dijo Diana– las que se gastarán en remediar el amor, cuyas obras no tienen remedio con palabras. Mas con todo querría saber tu nombre y la ocasión que hacia nuestros campos te ha encaminado; y holgaré tanto en saberlo, que suspenderé por un rato mi comenzado llanto, cosa que importa tanto para el alivio de mi pena.

–Mi nombre es Alcida –dijo la pastora– pero lo demás que me preguntas no me sufre contarle la compasión que tengo de tu voluntaria dolencia, sin que primero recibas mis provechosos, aunque para ti desabridos, remedios.

–Cualquier consuelo –dijo Diana– me será agradable por venir de tu mano, con que no sea quitar el amor de mi corazón, porque no saldrá de allí sin llevar consigo a pedazos mis entrañas. Y aunque pudiese, no quedaría sin él por no dejar de querer al que, siendo olvidado, tomo de mi crueldad tan presta y sobrada venganza.

Dijo entonces Alcida:

–Mayor confianza me das ahora de tu salud, pues dices que lo que ahora quieres, en otro tiempo lo has aborrecido, porque ya sabrás el camino del olvido, y ternás la voluntad vezada al aborrecimiento. Cuanto más que entre los dos extremos de amar y aborrecer, está el medio, el cual tú debes elegir.

Diana a esto replicó:

–Bien me contenta tu consejo, pastora, pero no me parece muy seguro. Porque si yo de aborrecer he venido a amar, más fácilmente lo hiciera si mi voluntad estuviera en medio del amor y aborrecimiento, pues, teniéndome más cerca, con mayor fuerza me venciera el poderoso Cupido.

A esto respondió Alcida:

–No hagas tan gran honra a quien tan poco lo merece nombrando poderoso al que tan fácilmente queda vencido, especialmente de los que eligen el medio que tengo dicho porque en él consiste la virtud; y donde ella está, quedan los corazones contra el Amor fuertes y constantes.

Dijo entonces Diana:

–Cruels, duros, ásperos y rebeldes dirás mejor, pues pretenden contradecir a su naturaleza y resistir a la invencible fuerza de Cupido. Mas séanlo cuanto quisieren, que a la fin no se van alabando de la rebeldía, ni les aprovecha defenderse con la dureza. Porque el poder del Amor vence la más segura defensa, y traspasa el más fuerte impedimento. De cuyas hazañas y maravillas en este mismo lugar, cantó un día mi querido Sireno, en el tiempo que fue para mí tan dulce, como me es ahora amarga su memoria. Y bien me acuerdo de su canción, y aun de cuantas entonces cantaba, porque he procurado que no se me olvidasen por lo que me importa tener en la memoria las cosas de Sireno. Mas esta que trata de las proezas del Amor dice:

Soneto

Que el poderoso Amor sin vista acierte  
del corazón la más interna parte;  
que, siendo niño, venza al fiero Marte,  
haciendo que enredado se despierte;

que sus llamas me hielen de tal suerte  
que un vil temor del alma no se parte;  
que vuele hasta la aérea y suma parte,  
y por la tierra y mar se muestre fuerte.

Que esté el que el bravo amor hiere o cautiva  
vivo en el mal, y en la prisión contento,  
proezas son que causan grande espanto.

Y el alma que en mayores penas viva,  
si piensa estas hazañas, entretanto  
no sentirá el rigor de su tormento.

–Bien encarecidas están –dijo Alcida– las fuerzas del Amor, pero más creyera yo a Sireno si después de haber publicado por tan grande la furia de las flechas de Cupido, él no hubiese hallado reparo contra ellas, y después de haber encarecido la estrechura de sus cadenas, él no hubiese tenido forma para tener libertad. Y así me maravillo que creas tan de ligero al que con las obras contradice a las palabras. Porque harto claro está que semejantes canciones son maneras de hablar y sobrados encarecimientos con que los enamorados venden por muy peligrosos sus males, pues tan ligeramente se vuelven de cautivos, libres, y vienen de un amor ardiente, a un olvido descuidado. Y si sienten pasiones los enamorados, provienen de su misma voluntad y no del amor, el cual no es sino una cosa imaginada por los hombres, que ni está en cielo ni en tierra, sino en el corazón del que la quiere. Y si algún poder tiene, es porque los hombres mismos dejan vencerse voluntariamente, ofreciéndole sus corazones y poniendo en sus manos la propia libertad. Mas porque el soneto de Sireno no quede sin respuesta, oye otro que parece que se hizo en competencia de él, y oíle yo, mucho tiempo ha, en los campos de Seбето, a un pastor nombrado Aurelio; y si bien me acuerdo decía así:

#### Soneto

No es ciego Amor, mas yo lo soy, que guío  
mi voluntad camino del tormento;  
no es niño amor, mas yo que en un momento  
espero y tengo miedo, lloro y río.

Nombrar llamas de Amor es desvarío,  
su fuego es el ardiente y vivo intento;  
sus alas son mi altivo pensamiento  
y la esperanza vana en que me fío.

No tiene Amor cadenas ni saetas  
para prender y herir, libres y sanos,  
que en él no hay más poder del que le damos.

Porque es Amor mentira de poetas,  
sueño de locos, ídolo de vanos;  
mirad qué negro Dios el que adoramos.

¿Parécete, Diana, que debe fiarse un entendimiento como el tuyo en cosas de aire? ¿Y que hay razón para adorar tan de veras a cosa tan de burlas como el dios de Amor? El cual es fingido por vanos entendimientos, seguido de deshonestas voluntades y conservado en las memorias de los hombres ociosos y desocupados. Éstos son los que le dieron al Amor el nombre tan celebrado que por el mundo tiene. Porque viendo que los

hombres por querer bien padecían tantos males, sobresaltos, temores, cuidados, recelos, mudanzas y otras infinitas pasiones, acordaron de buscar alguna causa principal y universal, de la cual, como de una fuente, naciesen todos estos efectos. Y así inventaron el nombre de Amor llamándolo dios, porque era de las gentes tan temido y reverenciado.

Y pintáronlo de manera que cuantos ven su figura, tienen razón de aborrecer sus obras. Pintáronlo muchacho, porque los hombres en él no se fíen; ciego, porque no le sigan; armado, porque lo teman; con llamas, porque no se le lleguen; y con alas, para que por vano lo conozcan. No has de entender, pastora, que la fuerza que al Amor los hombres conceden y el poderío que le atribuyen, sea ni pueda ser suyo; antes has de pensar que cuanto más su poder y valor encarecen, más nuestras flaquezas y poquedades manifiestan. Porque decir que el Amor es fuerte, es decir que nuestra voluntad es floja, pues permite ser por él tan fácilmente vencida; decir que el Amor tira con poderosa furia venenosas y mortales saetas, es decir que nuestro corazón es descuidado, pues se ofrece tan voluntariamente a recibirlas; decir que el amor nuestras almas tan estrechamente cautiva, es decir que en nosotros hay falta de juicio, pues al primer combate nos rendimos, y aun a veces sin ser combatidos, damos a nuestro enemigo la libertad. Y en fin todas las hazañas que se cuentan del Amor, no son otra cosa sino nuestras miserias y flojidades. Y puesto caso que las tales proezas fuesen suyas, ellas son de tal calidad, que no merecen alabanza. ¿Qué grandeza es cautivar los que no se defienden? ¿Qué braveza acometer los flacos? ¿Qué valentía herir los descuidados? ¿Qué fortaleza matar los rendidos? ¿Qué honra desasosegar los alegres? ¿Qué hazaña perseguir los malaventurados? Por cierto, hermosa pastora, los que quieren tanto engrandecer este Cupido, y los que tan a su costa le sirven, debieran, por su honra, darle otras alabanzas, porque con todas éstas el mejor nombre que gana es de cobarde en los acometimientos, cruel en las obras, vano en las intenciones, liberal de trabajos y escaso de gualardones. Y aunque todos estos nombres son infames, peores son los que le dan sus mismos aficionados nombrándolo fuego, furor y muerte: y al amar llamando arder, destruirse, consumirse y enloquecerse: y a sí mismos nombrándose ciegos, míseros, cautivos, furiosos, consumidos et inflamados. De aquí viene que todos generalmente dan quejas del amor, nombrándole tirano, traidor, duro, fiero y despiadado. Todos los versos de los amadores están llenos de dolor, compuestos con suspiros, borrados con lágrimas y cantados con agonía. Allí veréis las sospechas, allí los temores, allí las desconfianzas, allí los recelos, allí los cuidados y allí mil géneros de penas. No se habla allí sino de muertes, cadenas, flechas, venenos, llamas y otras cosas que no sirven sino para dar tormento cuando se emplean, y temor cuando se nombran. Mal estaba con estos nombres Herbanio, pastor señalado en la Andalucía, cuando en la corteza de un álamo, sirviéndole de pluma un agudo punzón, delante de mí escribió este soneto:

Quien libre está no viva descuidado,  
que en un instante puede estar cautivo,  
y el corazón helado y más esquivo  
tema de estar en llamas abrasado.

Con l'alma del soberbio y elevado,  
tan áspero es Amor y vengativo,

que quien sin él presume de estar vivo,  
por él con muerte queda atormentado.

Amor que a ser cautivo me condenas,  
Amor que enciendes fuegos tan mortales,  
tú, que mi vida afliges y maltratas,

maldigo dende agora tus cadenas,  
tus llamas y tus flechas, con las cuales  
me prendes, me consumes y me matas.

Pues venga ahora el soneto de tu Sireno a darme a entender que la imaginación de las hazañas del Amor basta a vencer la furia del tormento. Porque si las hazañas son matar, herir, cegar, abrasar, consumir, cautivar y atormentar, no me hará creer que imaginar cosas de pena, alivie la fatiga, antes ha de dar mayores fuerzas a la pasión, para que, siendo más imaginada, dure más en el corazón, y con mayor aspereza lo atormente. Y si es verdad lo que cantó Sireno, mucho me maravillo que él, recibiendo, según dice, en este pensamiento tan aventajado gusto, tan fácilmente lo haya trocado con tan cruel olvido como ahora tiene, no sólo de las hazañas de Cupido, pero de tu hermosura, que no debiera por cosa del mundo ser olvidada.

Apenas había dicho Alcida de su razón las últimas palabras, que Diana, alzando los ojos, porque estaba con algún recelo, vio de lejos a su esposo Delio que bajaba por la halda de un montecillo encaminándose para la fuente de los alisos, donde ellas estaban. Y así, atajando las razones de Alcida, le dijo:

—No más, no más, pastora, que tiempo habrá después para escuchar lo restante, y para responder a tus flojos y aparentes argumentos. Cata allá que mi esposo Delio desciende por aquel collado y se viene para nosotras; menester será que por disimular lo que aquí se trataba, al son de nuestros instrumentos comencemos a cantar, porque cuando llegue se contente de nuestro ejercicio.

Y así tomando Alcida su cítara y Diana su zampoña, cantaron de esta manera:

Rimas provenzales

ALCIDA

Mientras el sol sus rayos muy ardientes  
con tal furia y rigor al mundo envía,  
que de ninfas la casta compañía  
por los sombríos mora y por las fuentes;  
y la cigarra el canto replicando  
se está quejando,  
pastora, canta,  
con gracia tanta



que, enternecido  
de haberte oído,  
el poderoso cielo, de su grado  
fresco liquor envíe al seco prado.

#### DIANA

Mientras está el mayor de los planetas  
[nel] medio del oriente y del ocaso,  
y al labrador, en descubierta raso,  
más rigurosas tira sus saetas,  
al dulce murmurar de la corriente  
de aquesta fuente,  
mueve tal canto  
que cause espanto,  
y de contentos  
los bravos vientos,  
el ímpetu furioso refrenando,  
vengan con manso espíritu soplando.

#### ALCIDA

Corrientes aguas puras, cristalinas  
que, haciendo todo el año primavera,  
hermoseáis la próspera ribera  
con lirios y trepadas clavellinas,  
el bravo ardor de Phebo no escaliente  
tan fresca fuente,  
ni de ganado sea enturbiado,  
liquor tan claro,  
sabroso y raro,  
ni del amante triste el lloro infame  
sobre tan lindas aguas se derrame.

#### DIANA

Verde y florido prado, en do natura  
mostró la variedad de sus colores  
con los matices de árboles y flores  
que hacen en ti hermosísima pintura,  
en ti los verdes ramos sean exentos  
de bravos vientos;  
medres y crecascas  
en hierbas frescas,  
nunca abrasadas  
con las heladas,

ni dañe a tan hermoso y fértil suelo  
el gran furor del iracundo cielo.

#### ALCIDA

Aquí de los bullicios y tempesta  
de las soberbias cortes apartados,  
los corazones viven reposados,  
en sosegada paz y alegre fiesta.  
A veces recostados al sombrío,  
a par del río,  
do dan las aves  
cantos suaves,  
las tiernas flores  
finos olores,  
y siempre con un orden soberano,  
se ríe el prado, el bosque, el monte, el llano.

#### DIANA

Aquí el ruido que hace el manso viento,  
en los floridos ramos sacudiendo,  
deleita más que el popular estruendo  
de un numeroso y grande ayuntamiento.  
Adonde las superbas majestades  
son vanidades;  
las grandes fiestas,  
grandes tempestas;  
los pundonores,  
ciegos errores;  
y es el hablar contrario y diferente  
de lo que el corazón y el alma siente.

#### ALCIDA

No tiende aquí ambición lazos y redes,  
ni la avaricia va tras los ducados;  
no aspira aquí la gente a los estados,  
ni hambrea las privanzas y mercedes.  
Libres están de trampas y pasiones  
los corazones;  
todo es llaneza,  
bondad, simpleza,  
poca malicia,  
cierta justicia;  
y hace vivir la gente en alegría,

concorde paz y honesta medianía.

## DIANA

No va por nuevo mundo y nuevos mares,  
el simple pastorcillo navegando;  
ni en apartadas Indias va contando  
de leguas y monedas mil millares.  
El pobre tan contento al campo viene  
con lo que tiene,  
como el que cuenta  
sobrada renta;  
y en vida escasa,  
alegre pasa,  
como el que en montes ha gruesas manadas,  
y ara de fértil campo mil jugadas.

Sintió de lejos Delio la voz de su esposa Diana, y como oyó que otra voz le respondía, tuvo mucho cuidado de llegar presto por ver quien estaba en compañía de Diana. Y así cerca de la fuente puesto detrás un grande arrayán, escuchó lo que cantaban, buscando adrede ocasiones para sus acostumbrados celos. Mas cuando entendió que las canciones eran diferentes de lo que él con su sospecha presumía, estuvo muy contento. Pero todavía la ansia que tenía de conocer la que estaba con su esposa, le hizo que llegase a las pastoras, de las cuales fue cortésmente saludado, y de su esposa con un angélico semblante recibido. Y sentado cabe ellas, Alcida le dijo:

—Delio, en gran cargo soy a la Fortuna, pues no sólo me hizo ver la belleza de Diana, mas conocer al que ella tuvo por merecedor de tanto bien, y al que entregó la libertad, que, según es ella sabia, se ha de tener por extremado lo que escoge. Mas espántome de ver que tengas tan poca cuenta con la mucha que contigo tuvo Diana en elegirte por marido, que sufras que vaya tan sólo un paso sin tu compañía, y dejes que un solo momento se aparte de tus ojos. Bien sé que ella mora siempre en tu corazón, mas el amor que tú le debes a Diana no ha de ser tan poco que te contentes con tener en el alma su figura, pudiendo también tener ante los ojos su gentileza.

Entonces Diana, porque Delio respondiéndole no se pusiese en peligro de publicar el poco aviso y cordura que tenía, tomó la mano por él y dijo:

—No tiene Delio razón de estar tan contento de tenerme por esposa, como tú muestras estar por haberme conocido, ni de tenerme tan presente que se olvide de sus granjas y ganados, pues importan más que el deleite que de ver la belleza que falsamente me atribuyes se pudiera tomar.

Dijo entonces Alcida:

—No perjudiques, Diana, tan adrede a tu gentileza, ni hagas tan grande agravio al parecer que el mundo tiene de ti, que no parece mal en una hermosa el estimarse, ni le da nombre de altiva moderadamente conocerse. Y tú, Delio, tente por el más dichoso del mundo, y goza bien el favor que la fortuna te hizo, pues ni dio ni tiene que dar cosa que iguale con ser esposo de Diana.

Atentamente escuchó Delio las palabras de Alcida, y en tanto que habló, la estuvo siempre mirando, tanto que, a la fin de sus dulces y avisadas razones, se halló tan preso de sus amores que, de atónito y pasmado, no tuvo palabras con que responderle, sino que con un ardiente suspiro, dio señal de la nueva herida que Cupido había hecho en sus entrañas.

A este tiempo sintieron una voz, cuya suavidad los deleitó maravillosamente. Paráronse atentos a escucharla y, volviendo los ojos hacia donde resonaba, vieron un pastor que muy fatigado venía hacia la fuente a guisa de congojado caminante, cantando de esta manera:

#### Soneto

No puedo darme Amor mayor tormento,  
ni la Fortuna hacer mayor mudanza;  
no hay alma con tan poca confianza,  
ni corazón en penas tan contento.

Hácelo Amor, que esfuerza el flaco aliento,  
porque baste a sufrir mi malandanza,  
y no deja morir con la esperanza  
la vida, la afición ni el sufrimiento.

¡Ay, vano corazón! ¡Ay, ojos tristes!  
¿Por qué en tan largo tiempo y tanta pena  
nunca se acaba el llanto ni la vida?

¡Ay, lástima! ¿No os basta lo que hicistes?  
Amor, ¿por qué no aflojas mi cadena,  
si en tanta libertad dejaste Alcida?

Apenas acabó Alcida de oír la canción del pastor, que, conociendo quién era, toda temblando con grande priesa se levantó antes que él llegase, rogándoles a Delio y Diana que no dijese que ella había estado allí porque le importaba la vida no ser hallada ni conocida por aquel pastor que como la misma muerte aborrecía. Ellos le ofrecieron hacerlo así, pesándoles en extremo de su presta y no pensada partida. Alcida a más andar metiéndose por un bosque muy espeso que junto a la fuente estaba, caminó con tanta presteza y recelo, como si de una cruel y hambrienta tigre fuera perseguida.

Poco después llegó el pastor tan cansado y afligido que pareció la Fortuna, doliéndose dél, haberle ofrecido aquella clara fuente y la compañía de Diana para algún alivio de su pena. Porque como en tan calorosa siesta, tras el cansancio del fatigoso camino, vido la amenidad del lugar, el sombrío de los árboles, la verdura de las hierbas, la lindeza de la fuente y la hermosura de Diana, le pareció reposar un rato, aunque la importancia de lo que buscaba y el deseo con que tras ello se perdía, no daban lugar a descanso ni entretenimiento. Diana entonces le hizo las caricias y cortesías que conforme a los celos de Delio, que presente estaba, se podían hacer, y tuvo grande cuenta con el extranjero pastor, así porque en su manera le pareció tener merecimiento, como porque lo vido lastimado del mal que ella tenía. El pastor hizo grande caso de los favores de Diana, teniéndose por muy dichoso de haber hallado tan buena aventura.

Estando en esto, mirando Diana en torno de sí, no vio a su esposo Delio, porque enamorado, como dijimos, de Alcida, en tanto que Diana estaba descuidada, empleándose en acariciar el nuevo pastor, se fue tras la fugitiva pastora metiéndose por el mismo camino con intención determinada de seguirla, aunque fuese a la otra parte del mundo. Atónita quedó Diana de ver que faltase tan improvisamente su esposo, y así dio muchas voces repitiendo el nombre de Delio. Mas no aprovechó para que él desde el bosque respondiese, ni dejase de proseguir su camino, sino que con grandísima prisa caminando, entendía en alcanzar la amada Alcida. De manera que Diana, viendo que Delio no parecía, mostró estar muy afligida por ello, haciendo tales sentimientos que el pastor por consolarla le dijo:

—No te vea yo, hermosa pastora, tan sin razón afligida, ni des crédito a tu sospecha en tan gran perjuicio de tu descanso. Porque el pastor que tú buscas no ha tanto que falta que debas tenerte por desamparada. Sosiégate un poco, que podrá ser que estando tú divertida, convidado del sombrío de los amenos alisos y de la frescura del viento que los está blandamente meneando, haya querido mudar asiento sin que nosotros lo viésemos, porque temía quizá no le contradijésemos; o por ventura le ha tanto pesado de mi venida, y tuviera por tan enojosa mi compañía, que ha escogido otro lugar donde sin ella pueda pasar alegremente la siesta.

A esto respondió Diana:

—Gracioso pastor, para conocer el mal que maltrata tu vida, basta oír las palabras que publica tu lengua. Bien muestras estar del Amor atormentado, y vezado a engañar las amorosas sospechas con vanas imaginaciones. Porque costumbre es de los amadores dar a entender a sus pensamientos cosas falsas e imposibles, para hacer que no den crédito a las ciertas y verdaderas. Semejantes consuelos, pastor, aprovechan más para señalar en ti el pesar de mi congoja que para remediar mi pena. Porque yo sé muy bien que mi esposo Delio va siguiendo una hermosísima pastora que de aquí se partió; y según la afición con que estando aquí la miraba y los suspiros que del alma le salían, yo, que sé cuán determinadamente suele emprender cuanto le pasa por el pensamiento, tengo por cierto que no dejará de seguir la pastora aunque piense en toda s[u] vida no volver ante mis ojos. Y lo que más me atormenta es conocer la dura y desamorada condición de aquella

pastora, porque tiene un alma tan enemiga del amor que desprecia la más extremada beldad, y no hace caso del valor más aventajado.

Al triste pastor en este punto pareció que una mortal saeta le travesó el corazón, y dijo:

—¡Ay de mí, desdichado amante, con cuánta más razón se han de doler de mí las almas que no fueren de piedra, pues por el mundo busco la más cruel, la más áspera y despiadada doncella que se puede hallar! Duélete de veras, pastora, de tu esposo, que si la que él busca tiene tal condición como ésta, corre gran peligro su vida de perderse.

Oyendo Diana estas palabras, acabó de conocer su mal, y vio claramente que la pastora que en ver este pastor tan prestamente huyó, era la que él por todas las partes del mundo había buscado. Y era así, porque ella huyendo de él por no ser descubierta ni conocida, había tomado hábito de pastora. Mas disimuló por entonces con el pastor, y no quiso decirle nada de esto por cumplir con la palabra que a Alcida había dado al tiempo del partirse; y también porque vio que ella gran rato había que era partida, corriendo con tanta presteza por aquel bosque espesísimo, que fuera imposible alcanzarla. Y publicar al pastor esto no sirviera para más de darle mayor pena, porque aquello fatiga más cuando no se alcanza, que dio alguna esperanza de ser habido. Pero como Diana desease conocerlos y saber la causa de los amores de él y del aborrecimiento de ella, le dijo:

—Consuela, pastor, tu llanto y cuéntame la causa de él, que, por alivio de esta congoja, holgaré de saber quién eres y oír el proceso de tus males, porque la conmemoración de ellos te ha de ser agradable, si eres verdadero amante como creo.

Él entonces no se hizo mucho de rogar, antes sentándose entrambos junto a la fuente habló de esta manera:

—No es mi mal de tal cualidad que a toda suerte de gentes se pueda contar, mas la opinión que tengo de tu merecimiento y el valor que tu hermosura me publica me fuerzan a contarte abiertamente mi vida, si vida se puede llamar la que de grado trocaría con la muerte. Sabe, pastora, que mi nombre es Marcelio, y mi estado muy diferente de lo que mi hábito señala, porque fui nacido en la ciudad Soldina, principal en la provincia Vandalia, de padres esclarecidos en linaje y abundantes de riquezas. En mi tierna edad fui llevado a la corte del rey de lusitanos, y allí criado y querido no sólo de los señores principales de ella, mas aún del mismo rey. Tanto, que nunca consintió que me partiese de su corte hasta que me encargó la gente de guerra que tenía en la costa de África. Allí estuve mucho tiempo capitán de las villas y fortalezas que el rey tiene en aquella costa, teniendo mi propio asiento en la villa de Ceuta, donde fue el principio de mi desventura. Allí por mi mal había un noble y señalado caballero nombrado Eugerio, que tenía cargo por el rey del gobierno de la villa, al cual Dios, allende de darle nobleza y bienes de fortuna, le hizo merced de un hijo nombrado Polidoro, valeroso en todo extremo, y dos hijas llamadas Alcida y Clenarda, aventajadas en hermosura. Clenarda en tirar arco era destrísima, pero Alcida, que era la mayor, en belleza la sobrepujaba. Esto de tal manera enamoró mi corazón, que ha podido causarme la desesperada vida que paso y la cruda muerte que cada día llamo y espero. Su padre tenía tanta cuenta con ella, que pocas veces

consentía que se partiese delante sus ojos. Y esto impedía que yo no le pudiese hacer saber lo mucho que la quería, sino que las veces que tenía ventura de verla, con un mirar apasionado y suspiros que salían de mi pecho sin licencia de mi voluntad, le publicaba mi pena. Tuve manera para escribirle una carta, y no perdiendo la ocasión que me concedió la Fortuna, le hice una letra que decía así:

#### Carta de Marcelio para Alcida

La honesta majestad y el grave tiento,  
modestia vergonzosa y la cordura,  
el sosegado y gran recogimiento,

y otras virtudes mil que la hermosura  
que en todo el mundo os da nombre famoso,  
encumbran a la más suprema altura,

en paso tan estrecho y peligroso  
mi corazón han puesto, hermosa Alcida,  
que en nada puedo hallar cierto reposo.

Lo mismo que a quereros me convida,  
el alma así refrena, que quisiera  
callar, aunque es a costa de la vida.

¿Cuál hombre duro vido la manera  
con que mirando echáis rayos ardientes,  
que no enmudezca allí y callando muera?

¿Quién las bellezas raras y excelentes  
vido de más quilate y mayor cuenta,  
que todas las pasadas y presentes?

¿Que en l'alma un nuevo amor luego no sienta,  
tal que la causa de él le atierre tanto  
que solamente hablar no le consienta?

Tanto callando sufro que me espanto  
que no esté de congoja el pecho abierto,  
y el corazón desecho en triste llanto.

Esme imposible el gozo, el dolor cierto,  
la pena firme, vana la esperanza,  
vivo sin bien, y el mal me tiene muerto.

En mí mismo de mí tomo venganza,  
y lo que más deseo, menos viene,

y aquello que más huyo, más me alcanza.

Aguardo lo que menos me conviene,  
y no admito consuelo a mi tristura  
gozando del dolor que el alma tiene.  
Mi vida y mi deleite tanto dura,  
cuanto dura el pensar la gran distancia  
que hay de mí a tal gracia y hermosura.

Porque concibo en l'alma una arrogancia  
de ver que en tal lugar supe emplealla,  
que al corazón esfuerzo y doy constancia.  
Pero contra mí mueve tal batalla  
vuestro gentil y angélico semblante,  
que no podrán mil vidas esperalla.

Mas no hay tan gran peligro que me espante,  
ni tan fragoso y áspero camino,  
que me estorbe de andar siempre adelante.

Siguiendo voy mi proprio desatino;  
voy tras la pena y busco lo que daña,  
y ofresco al llanto el ánimo mezquino.

Perpetuo gozo alegre y acompaña  
mi vida que penando está en sosiego,  
y siente en los dolores gloria extraña.  
La pena me es deleite, el llanto juego,  
descanso el suspirar, gloria la muerte,  
las llagas sanidad, reposo el fuego.

Cosa no veo jamás que no despierte  
y avive en mí la furia del tormento,  
pero recibo en él dichosa suerte.

Estos males, señora, por vos siento;  
de estas pasiones vivo atormentado,  
con la fatiga igual al sufrimiento.

Pues muévaos a piedad un desdichado  
que ofrece a vuestro amor la propria vida,  
pues no pide su mal ser remediado,  
mas sólo ser su pena conocida.

Ésta fue la carta que le escribí, y si ella fuera tan bien hecha como fue venturosa, no trocara mi habilidad por la de Homero. Llegó a las manos de Alcida, y aunque de mis



razones quedó alterada y de mi atrevimiento ofendida, pero al fin tener noticia de mi pena hizo, según después entendí, en su corazón mayor efecto de lo que yo de mi desdicha confiaba. Comencé a señalarme su amante haciendo justas, torneos, libreas, galas, invenciones, versos y motes por su servicio, durando en esta pena por espacio de algunos años. Al fin de los cuales Eugerio me tuvo por merecedor de ser su yerno, y por intercesión de algunos principales hombres de la tierra, me ofreció su hija Alcida por mujer. Tratamos que los desposorios se hiciesen en la ciudad de Lisbona, porque el rey de lusitanos en ellos estuviese presente; y así, despachando un correo con toda diligencia, dimos cuenta al rey de este casamiento y le suplicamos que nos diese licencia para que, encomendando nuestros cargos a personas de confianza, fuésemos allá a solemnizarlo. Luego por toda la ciudad y lugares apartados y vecinos se extendió la fama de mi casamiento, y causó tan general placer como a tan hermosa dama como Alcida y a tan fiel amante como yo se debía. Hasta aquí llegó mi bienaventuranza, hasta aquí me encumbró la Fortuna, para después abatirme en la profundidad de miserias en que me hallo. ¡Oh, transitorio bien; oh, mudable contento; oh, deleite variable; oh, inconstante firmeza de las cosas mundanas! ¿Qué más pude recibir de lo que recibí? ¿Y qué más puedo padecer de lo que padezco? No me mandes, pastora, que importune tus oídos con más larga historia, ni que lastime tus entrañas con mis desastres. Conténtate ahora con saber mi pasado contentamiento, y no quieras saber mi presente dolor, porque está cierto que ha de enfadarte mi prolijidad y de alterarte mi desgracia.

A lo cual respondió Diana:

—Deja, Marcelio, semejantes excusas, que no quise yo saber los sucesos de tu vida para gozar sólo de tus placeres sin entristecerme de tus pesares, antes quiero de ellos toda la parte que cabrá en mi congojado corazón.

—¡Ay, hermosa pastora —dijo Marcelio—, cuán contento quedaría si la voluntad que te tengo no me forzase a complacerte en cosa de tanto dolor! Y lo que más me pesa es que mis desgracias son tales que han de lastimar tu corazón cuando las sepas: que la pena que he de recibir en contarlas, no la tengo en tanto que no la sufriese de grado a truco de contentarte. Pero yo te veo tan deseosa de saberlas que me será forzado causarte tristeza por no agraviar tu voluntad. Pues has de saber, pastora, que después que fue concertado mi desventurado casamiento, venida ya la licencia del rey, el padre Eugerio, que viudo era, el hijo Polidoro, las dos hijas Alcida y Clenarda y el desdichado Marcelio, que su dolor te está contando, encomendados los cargos que por el rey teníamos a personas de confianza, nos embarcamos en el puerto de Ceuta, para ir por mar a la noble Lisbona, a celebrar, como dije, en presencia del rey el matrimonio. El contento que todos llevábamos nos hizo tan ciegos que en el más peligroso tiempo del año no tuvimos miedo a las tempestuosas ondas que entonces suelen hincharse, ni a los furiosos vientos que en tales meses acostumbran embravecerse. Sino que, encomendando la frágil nave a la inconstante Fortuna, nos metimos en el peligroso mar, descuidados de sus continas mudanzas e innumerables infortunios. Mas poco tiempo pasó que la Fortuna castigó nuestro atrevimiento, porque antes que la noche llegase, el piloto descubrió manifiestas señales de la venidera tempestad.

Comenzaron los espesos ñublados a cubrir el cielo, empezaron a murmurar las airadas ondas, los vientos a soplar por contrarias y diferentes partes. «¡Ay, tristes y peligrosas señales! –dijo el turbado y temeroso piloto– ¡Ay, desdichada nave, qué desgracia se te apareja, si Dios por su bondad no te socorre!». Diciendo esto vino un ímpetu y furia tan grande de viento que en las extendidas velas y en todo el cuerpo de la nave sacudiendo, la puso en tan gran peligro que no fue bastante el gobernalle para regirla, sino que, siguiendo el poderoso furor, iba donde la fuerza de las ondas y vientos la impelía. Acabó poco a poco a descarsarse la tempestad; las furiosas ondas, cubiertas de blanca espuma, comienzan a ensoberbescerse; estaba el cielo abundante lluvia derramando, furibundos rayos arrojando y con espantosos truenos el mundo estremeciendo. Sentíase un espantable ruido de las sacudidas maromas, y movían gran terror las lamentables voces de los navegantes y marineros. Los vientos por todas partes la nave combatían; las ondas con terribles golpes en ella sacudiendo, las más enteras y mejor clavadas tablas hendían y desbarataban. A veces el soberbio mar hasta el cielo nos levantaba, y luego hasta los abismos nos despeñaba, y a veces espantosamente abriéndose, las más profundas arenas nos descubría. Los hombres y mujeres a una y otra parte corriendo, su desventurada muerte dilatando, unos entrañables suspiros esparcían, otros piadosos votos ofrecían y otros dolorosas lágrimas derramaban. El piloto, con tan brava fortuna atemorizado vencido su saber de la perseverancia y braveza de la tempestad, no sabía ni podía regir el gobernalle. Ignoraba la naturaleza y origen de los vientos, y en un mismo punto mil cosas diferentes ordenaba. Los marineros, con la agonía de la cercana muerte turbados, no sabían ejecutar lo mandado ni con tantas voces y ruido podían oír el mandamiento y orden del ronco y congojado piloto. Unos amainan la vela, otros vuelven la antena, otros añudan las rompidas cuerdas, otros remiendan las despedazadas tablas, otros el mar en el mar vacían, otros al timón socorren y, en fin, todos procuran defender la miserable nave del inevitable perdimiento. Mas no valió la diligencia, ni aprovecharon los votos y lágrimas para ablandar el bravo Neptuno, antes cuanto más se iba acercando la noche, más cargaron los vientos y más se ensañaron las tempestades. Venida ya la tenebrosa noche, y no amansándose la fortuna, el padre Eugerio, desconfiado de remedio con el rostro temeroso y alterado, a sus hijos y yerno mirando, tenía tanta agonía de la muerte que habíamos de pasar, que tanto nos dolía su congoja como nuestra desventura. Mas el lloroso viejo rodeado de trabajos, con lamentable voz y tristes lágrimas decía de esta manera: «¡Ay, mudable Fortuna, enemiga del humano contento, tan gran desdicha le tenías guardada a mi triste vejez! ¡Oh, bienaventurados los que en juveniles años mueren lidiando en las sangrientas batallas, pues no llegando a la cansada edad, no vienen a peligro de llorar los desastres y muertes de sus amados hijos! ¡Oh, fuerte mal, oh, triste suceso! ¿Quién jamás murió tan dolorosamente como yo? Que esperando consolar mi muerte con dejar en el mundo quien conserve mi memoria y mi linaje, he de morir en compañía de los que habían de solemnizar mis obsequias. ¡Oh, queridos hijos, quién me dijera a mí que mi vida y la vuestra se habían de acabar a un mismo tiempo, y habían de tener fin con una misma desventura! Querría, hijos míos, consolaros, mas ¡qué puede deciros un triste padre en cuyo corazón hay tanta abundancia de dolor y tan grande falta de consuelo? Mas consolaos, hijos, armad vuestras almas de sufrimiento y dejad a mi cuenta toda la tristeza, pues allende de morir una vez por mí, he de sufrir tantas muertes, cuantas vosotros habéis de pasar.» Esto decía el congojado padre con tantas lágrimas y sollozos que apenas podía hablar abrazando los unos y los otros por despedida antes que

llegase la hora del perdimiento. Pues contarte yo ahora las lágrimas de Alcida y el dolor que por ella yo tenía, sería una empresa grande y de mucha dificultad. Sola una cosa quiero decirte: que lo que más me atormentaba era pensar que la vida que yo tenía ofrecida a su servicio, hubiese de perderse juntamente con la suya. En tanto la perdida y maltratada nave con el ímpetu y furia de los bravos ponientes que, por el estrecho paso que de Gibraltar se nombra, rabiosamente soplaban, corriendo con más ligereza de la que a nuestra salud convenía, combatida por la poderosa fortuna por espacio de toda la noche y en el siguiente día sin poder ser regida con la destreza de los marineros, anduvo muchas leguas por el espacioso mar Mediterráneo por donde la fuerza del viento la encaminaba. El otro día después pareció la fortuna querer amansarse, pero volviendo luego a la acostumbrada braveza, nos puso en tanto necesidad que no esperábamos un hora de vida. En fin, nos combatió tan brava tempestad que la nave, compelida de un fuerte torbellino que le dio por el izquierdo lado, estuvo en tan gran peligro de trastornarse que tuvo ya el bordo metido en el agua. Yo, que vi el peligro manifiesto, desciniéndome la espada porque no me fuese embarazo y, abrazándome con Alcida, salté con ella en el batel de la nave. Clenarda, que era doncella muy suelta, siguiéndonos hizo lo mismo, no dejando en la nave su arco y aljaba, que más que cualesquier tesoros estimaba. Polidoro, abrazándose con su padre, quiso con él saltar en el batel como nosotros, mas el piloto de la nave y un otro marinero fueron primeros a saltar y, al tiempo que Polidoro con el viejo Eugerio quiso salir de la nave, viniendo por la parte diestra una borrasca, apartó tanto el batel de la nave que los tristes hubieron de quedar en ella; y de allí a poco rato no la vimos ni sabemos de ella, sino que tengo por cierto que por las crueles ondas fue tragada, o, dando al través en la costa de España, miserablemente fue perdida. Quedando, pues, Alcida, Clenarda y yo en el pequeño esquife, guiados con la industria del piloto y del otro marinero, anduvimos errando por espacio de un día y de una noche, aguardando de punto en punto la muerte, sin esperanza de remedio y sin saber la parte dónde estábamos. Pero en la mañana siguiente nos hallamos muy cerca de tierra y dimos al través en ella. Los dos marineros, que muy diestros eran en nadar, no sólo salieron a nado a la deseada tierra, pero nos sacaron a todos llevándonos a seguro salvamento. Después que estuvimos fuera de las aguas, amarraron los marineros el batel a la ribera y, reconociendo la tierra donde habíamos llegado, hallaron que era la isla Formentera, y quedaron muy espantados de las muchas millas que en tan poco tiempo habíamos corrido. Mas ellos tenían tan larga y cierta experiencia de las maravillas que suelen hacer las bravas tempestades, que no se espantaron mucho del discurso de nuestra navegación. Hallámonos seguros de la fortuna, pero tan tristes en la pérdida de Eugerio y Polidoro, tan maltratados del trabajo y tan fatigados de hambre, que no teníamos forma de alegrarnos de la cobrada vid[a]. Dejo ahora de contarte los llantos y extremos de Alcida y Clenarda por haber perdido el padre y hermano, por pasar adelante a la historia del desdichado suceso que me aconteció en esta solitaria isla, porque después que en ella fui librado de la crueldad de la fortuna, me fue el amor tan enemigo que pareció pesarle de ver mi vida libre de la tempestad, y quiso que al tiempo que por más seguro me tuviese, entonces con nueva y más grave pena fuese atormentado. Hirió el maligno Amor el corazón del piloto, que Bartofano se decía, y lo hizo tan enamorado de la hermosura de Clenarda, su hermana de Alcida, que por salir con su intento olvidó la ley de amicitia y fidelidad imaginando y efectuando una extraña traición. Y fue así, que, después de las lágrimas y lamentos que las dos hermanas hicieron, aconteció que Alcida, cansada de la pasada fatiga, se recostó sobre la arena y,

vencida del importuno sueño se adurmió. Estando en esto le dije yo al piloto: «Bartofano amigo, si no buscamos qué comer o por nuestra desdicha no lo hallamos, podemos hacer cuenta que no hemos salvado la vida, sino que hemos mudado manera de muerte. Por eso querría, si te place, que tú y tu compañero fuédeses al primer lugar que en la isla se os ofreciere para buscar qué comer.» Respondió Bartofano: «Harto hizo la fortuna, señor Marcelio, en llevarnos a tierra, aunque sea despoblada. Desengaña te de hallar qué comer aquí, porque la tierra es desierta y de gentes no habitada. Mas yo diré un remedio para que no perezamos de hambre. ¿Vees aquella isleta que está de frente, cerca de donde estamos? Allí hay gran abundancia de venados, conejos, liebres y otra caza, tanto que van por ella grandes rebaños de silvestres animales. Allí también hay una ermita, cuyo ermitaño tiene ordinariamente harina y pan. Mi parecer es que Clenarda, cuya destreza en tirar arco te es manifiesta, pase con el batel a la isla para matar alguna caza, pues el arco y flechas no le faltan, que mi compañero y yo la llevaremos allá; y tú, Marcelio, queda en compañía de Alcida, que será posible que antes que se despierte, volvamos con abundancia de fresca y sabrosa provisión.» Muy bien nos pareció a Clenarda y a mí el consejo de Bartofano, no cayendo en la alevosía que tenía fabricada. Mas nunca quiso Clenarda pasar a la isleta sin mi compañía, porque no osaba fiarse en los marineros. Y aunque yo me excusé de ir con ella diciendo que no era bien dejar Alcida sola y durmiendo en tan solitaria tierra, me respondió que, pues el espacio de mar era muy poco, la caza de la isla mucha, y el mar algún tanto tranquilo (porque en estar nosotros en tierra, había mostrado amansarse) podíamos ir, cazar y volver antes que Alcida, que muchas noches no había dormido, se despertase. En fin, tantas razones me hizo que, olvidando de lo que más me convenía, sin más pensar en ello, determiné acompañarla. De lo cual le pesó harto a Bartofano, porque no quería sino a Clenarda sola, para mejor efectuar su engaño. Mas no le faltó al traidor forma para poner por obra la alevosía, porque, dejada Alcida durmiendo, metidos todos en el esquife, nos echamos a la mar, y antes de llegar a la isleta, estando yo descuidado y sin armas (porque todas las había dejado en la nave, cuando salté de ella por salvar la vida) fui de los dos marineros asaltado y sin poderme valer, preso y maniatado. Clenarda, viendo la traición, quiso de dolor echarse en el mar, mas por el piloto fue detenida, antes apartándola a una parte del esquife, en secreto le dijo: «No tomes pena de lo hecho, hermosa dama, y sosiega tu corazón, que todo se hace por tu servicio. Has de saber, señora, que este Marcelio, cuando llegamos a la isla desierta, me habló secretamente y me rogó que te aconsejase que pasases para cazar a la isla y cuando estuviésemos en mar, encaminase la proa hacia levante, señalándome que estaba en[a]morado de ti, y quería dejar en la isla a tu hermana por gozar de ti a su placer y sin impedimento. Y aquel no querer acompañarte era por disimulación y por encubrir su maldad. Mas yo, que veo el valor de tu hermosura, por no perjudicar a tu merecimiento, en el punto que había de hacerte la traición, he determinado serte leal, y he atado a Marcelio como has visto, con determinación de dejarlo así a la ribera de una isla que cerca de aquí está, y volver después contigo adonde dejamos Alcida. Esta razón te doy de lo hecho, mira tú ahora lo que determinas.» Oyendo esto Clenarda, creyó muy de veras la mentira del traidor y túvome una ira mortal, y fue contenta que yo fuese llevado donde Bartofano dijo. Mirábame con un gesto airado, y de rabia no podía hablarme palabra, sino que en lo íntimo de su corazón se gozaba de la venganza que de mí se había de tomar, sin nunca advertir el engaño que se le hacía. Conocí yo en Clenarda que no le pesaba de mi prisión, y así le dije: «¿Qué es esto,

hermana? ¿Tan poca pena te parece la mía y la tuya, que tan presto hicieron fin tus llantos? ¿Quizá tienes confianza de verme presto libre para tomar venganza de estos traidores?» Ella entonces brava como leona me dijo que mi prisión era porque había pretendido dejar Alcida y llevarme a ella, y lo demás que el otro le había falsamente recitado. Oyendo esto sentí más dolor que nunca, y ya que no pude poner las manos en aquellos malvados, los traté con injuriosas palabras. Y a ella le di tal razón que conoció ser aquella una grande traición, nacida del amor de Bartofano. Hizo Clenarda tan gran lamento cuando cayó en la cuenta del engaño, que las duras piedras ablandara, mas no enterneció aquellos duros corazones. Considera tú ahora que el pequeño batel por las espaciosas ondas caminando, largo trecho con gran velocidad habría corrido, cuando la desdichada Alcida despertándose, sola se vido y desamparada, volvió los ojos al mar y no vido el esquife; buscó gran parte de la ribera y no halló persona. Puedes pensar, pastora, lo que debió sentir en este punto. Imagina las lágrimas que derramó, piensa ahora los extremos que hizo, considera las veces que repitió mi nombre. Mas ya estábamos tan lejos que no oíamos sus voces, sino que vimos que con una toca blanca, dando vueltas en el aire con ella, nos incitaba para la vuelta. Mas no lo consintió la traición de Bartofano. Antes con gran presteza caminando, llegamos a la isla de Ibiza donde desembarcamos, y a mí me dejaron en la ribera amarrado a una áncora que en tierra estaba. Acudieron allí algunos marineros conocidos de Bartofano, y tales como él; y por más que Clenarda les encomendó su honestidad, no aprovechó para que mirasen por ella, sino que dieron al traidor suficiente provisión, y con ella se volvió a embarcar en compañía de Clenarda que a su pesar hubo de seguirle; y después acá nunca más los he visto ni sabido de ellos. Quedé yo allí, hambriento y atado de pies y manos. Pero lo que más me atormentaba era la necesidad y pena de Alcida que en la Formentera sola quedaba, que la mía luego fue remediada. Porque a mis voces vinieron muchos marineros que, siendo más piadosos y hombres de bien que los otros, me dieron qué comiese. E, importunados por mí, a[r]maron un bergantín donde, puestas algunas viandas y armas, se embarcaron en mi compañía, y no pasó mucho tiempo que el velocísimo navío llegó a la Formentera donde Alcida había quedado. Mas por mucho que en ella busqué y di voces, no la pude hallar ni descubrir. Pensé que se había echado en el mar desesperada, o de las silvestres fieras había sido comida. Mas buscando y escudriñando los llanos, riberas, peñas, cuevas y los más secretos rincones de la isla, en un pedazo de peña hecho a manera de padrón, hallé unas letras escritas con punta de acerado cuchillo que decían:

### *Soneto*

Arenoso, desierto y seco prado,  
tú, que escuchaste el son de mi lamento;  
hinchado mar, mudable y fiero viento,  
con mis suspiros tristes alterado;

duro peñasco, en do escrito y pintado  
perpetuamente queda mi tormento,  
dad cierta relación de lo que siento,  
pues que Marcelio sola me ha dejado.

Llevó mi hermana, a mí puso en olvido,  
y pues su fe, su vela y mi esperanza  
al viento encomendó, sedme testigos,

que más no quiero amar hombre nacido,  
por no entrar en un mar do no hay bonanza,  
ni pelear con tantos enemigos.

No quiero encarecerte, pastora, la herida que yo sentí en el alma, cuando leí las letras conociendo por ellas que por ajena alevosía, y por los malos sucesos de Fortuna quedaba desamado, porque quiero dejarlo a tu discreción. Pero no queriendo vida rodeada de tantos trabajos, quise con una espada traspasar el miserable pecho, y así lo hiciera si de aquellos marineros con obras y palabras no fuera estorbado. Volviéronme casi muerto en el bergantín y, condescendiendo con mis importunaciones, me llevaron por sus jornadas camino de Italia, hasta que me desembarcaron en el puerto de Gayeta del reino de Nápoles, donde, preguntando a cuantos hallaba por Alcida y dando las señas de ella, vine a ser informado por unos pastores que había llegado allí con una nave española que, pasando por la Formentera, hallándola sola, la recogió, y que, por esconderse de mí, se había puesto en hábito de pastora. Entonces yo, por mejor buscarla, me vestí también como pastor, rodeando y escudriñando todo aquel reino, y nunca hallé rastro de ella, hasta que me dijeron que, huyendo de mí y sabiendo que tenía de ella información, con una nave genovesa había pasado en España. Embarquéme luego en su seguimiento y llegué acá a España, y he buscado la mayor parte de ella sin hallar persona que me diese nuevas de esta cruel que con tanta congoja busco. Ésta es, hermosa pastora, la tragedia de mi vida, ésta es la causa de mi muerte, éste es el proceso de mis males. Y si en tan pesado cuento hay alguna prolijidad, la culpa es tuya, pues para contarlo por ti fui importunado. Lo que te ruego ahora es que no quieras dar remedio a mi mal, ni consuelo a mi fatiga, ni estorbar las lágrimas que con tan justa razón a mi pena son debidas.

Acabando estas razones, comenzó Marcelio a hacer tan doloroso llanto y suspirar tan amargamente, que era gran lástima de verlo. Quiso Diana darle nuevas de su Alcida porque poco había que en su compañía estaba, pero por cumplir con la palabra que había dado de no decirlo, y también porque vio que lo había de atormentar más darle noticia de la que en tal extremo lo aborrecía, por eso no curó de decirle más de que se consolase y tuviese mucha confianza, porque ella esperaba verlo antes de mucho muy contento con la vista de su dama. Porque si era verdad, como creía, que iba Alcida entre los pastores y pastoras de España, no se le podía esconder, y que ella la haría buscar por las más extrañas y escondidas partes de ella. Mucho le agradeció Marcelio a Diana tales ofrecimientos y encargándole mucho mirase por su vida haciendo lo que ofrecido le había, quiso despedirse de ella diciendo que, pasados algunos días, pensaba volver allí para informarse de lo que habría sabido de Alcida, pero Diana lo detuvo y le dijo:

—No seré yo tan enemiga de mi contento, que consienta que te apartes de mi compañía. Antes, pues de mi esposo Delio me veo desamparada como tú de tu Alcida, querría, si te place, que comieses algunos bocados porque muestras haberlo menester, y después de

esto, pues las sombras de los árboles se van haciendo mayores, nos fuésemos a mi aldea, donde con el descanso que el contino dolor nos permitirá, pasaremos la noche y luego en la mañana iremos al templo de la casta Diana, do tiene su asiento la sabia Felicia, cuya sabiduría dará algún remedio a nuestra pasión. Y porque mejor puedas gozar de los rústicos tratos y simples llanezas de los pastores y pastoras de nuestros campos, será bien que no mudes el hábito de pastor que traes, ni des a nadie a entender quién eres, sino que te nombres, vistas y trates como pastor.

Marcelio, contento de hacer lo que Diana dijo, comió alguna vianda que ella sacó de su zurrón y mató la sed con el agua de la fuente, lo que le era muy necesario por no haber en todo el día comido ni reposado, y luego tomaron el camino de la aldea.

Mas poco trecho habían andado, cuando en un espeso bosquecillo que algún tanto apartado estaba del camino, oyeron resonar voces de pastores que al son de sus zamponas suavemente cantaban; y como Diana era muy amiga de música, rogó a Marcelio que se llegasen allá. Estando ya junto al bosquecillo, conoció Diana que los pastores eran Tauriso y Berardo, que por ella penados andaban, y tenían costumbre de andar siempre de compañía y cantar en competencia. Y así Diana y Marcelio, no entrando donde los pastores estaban, sino puestos tras unos robledales, en parte donde podían oír la suavidad de la música sin ser vistos de los pastores, escucharon sus cantares. Y ellos, aunque no sabían que estaba tan cerca la que era causa de su canto, adivinando casi con los ánimos que su enemiga les estaba oyendo, requebrando las pastoriles voces, y haciendo con ellas delicados pasos y diferencias, cantaban de esta manera:

#### TAURISO

Pues ya se esconde el sol tras las montañas,  
dejad el pasto, ovejas, escuchando  
las voces roncadas, ásperas y extrañas,  
que estoy sin tiento ni orden derramando.  
Oíd cómo las míseras entrañas  
se están en vivas llamas abrasando,  
con el ardor que enciende en l'alma insana  
la angélica hermosura de Diana.

#### BERARDO

Antes que el sol, dejando el Hemisfero,  
caer permita en hierbas el rocío,  
tú, simple oveja, y tú, manso cordero,  
prestad grata atención al canto mío.  
No cantaré el ardor terrible y fiero,  
mas el mortal temor helado y frío,  
con que enfrena y corrige el alma insana  
la angélica hermosura de Diana.

#### TAURISO

Cuando imagina el triste pensamiento  
la perfección tan rara y escogida,  
l'alma se enciende así, que claro siento  
ir siempre deshaciéndose la vida.  
Amor, esfuerza el débil sufrimiento,  
y aviva la esperanza consumida,  
para que dure en mí el ardiente fuego,  
que no me otorga un hora de sosiego.

#### BERARDO

Cuando me paro a ver mi bajo estado,  
y l'alta perfección de mi pastora,  
se arriedra el corazón amedrentado,  
y un frío hielo en l'alma triste mora.  
Amor quiere que viva confiado,  
y estoylo alguna vez, pero a deshora  
al vil temor me vuelvo tan sujeto,  
que un hora de salud no me prometo.

#### TAURISO

Tan mala vez la luz ardiente veo  
de aquellas dos clarísimas estrellas,  
la gracia, el continente y el aseo  
con que Diana es reina entre las bellas,  
que en un solo momento mi deseo  
se enciende en estos rayos y centellas,  
sin esperar remedio al fuego extraño  
que me consume y causa extremo daño.

#### BERARDO

Tan mala vez las delicadas manos  
de aquel marfil, para mil muertes hechas,  
y aquellos ojos claros soberanos  
tiran al corazón mortales flechas,  
que quedan de los golpes inhumanos  
mis fuerzas pocas, flacas y deshechas,  
y tan pasmado, flojo y débil quedo,  
que vence a mi deseo el triste miedo.

#### TAURISO

¿Viste jamás un rayo poderoso,  
cuyo furor el roble antiguo hiende?  
Tan fuerte, tan terrible y riguroso  
es el ardor que el alma triste enciende.  
¿Viste el poder de un río presuroso,  
que de un peñasco altísimo descende?



Tan brava, tan soberbia y alterada,  
Diana me parece estando airada.  
Mas no aprovecha nada  
para que el vil temor me dé tristeza,  
pues cuanto más peligros, más firmeza.

BERARDO

¿Viste la nieve en haldas de una sierra  
con los solares rayos derretida?  
Así deshecha y puesta por la tierra  
al rayo de mi estrella está mi vida.  
¿Viste en alguna fiera y cruda guerra  
algún simple pastor puesto en huida?  
Con no menos temor vivo cuitado,  
de mis ovejas propias olvidado.  
Y en este miedo helado  
merezco más y vivo más contento,  
que en el ardiente y loco atrevimiento.

TAURISO

Berardo, el mal que siento es de tal arte  
que en todo tiempo y parte me consume;  
el alma no presume ni se atreve,  
mas como puede y debe comedida  
le da la propia vida al niño ciego,  
y en encendido fuego alegre vive;  
y como allí recibe gran consuelo,  
no hay cosa de que pueda haber recelo.

BERARDO

Tauriso, el alto cielo hizo tan bella  
esta Diana, estrella que en la tierra  
con luz clara destierra mis tinieblas,  
las más oscuras nieblas apartando;  
que si la estoy mirando enbelesado,  
vencido y espantado, triste y ciego,  
los ojos bajos luego, de manera  
que no puedo, aunque quiera, aventurarme  
a ver, pedir, dolerme ni quejarme.

TAURISO

Jamás quiso escucharme  
esta pastora mía, mas persevera siempre en la dureza,  
y en siempre maltratarme,  
continúa su porfía: ¡Ay, cruda pena; ay, fiera gentileza!  
Mas es tal la firmeza

que esfuerza mi cuidado,  
que vivo más seguro  
que está un peñasco duro,  
contra el rabioso viento y mar airado;  
y cuanto más vencido,  
doy más ardor al ánimo encendido.

#### BERARDO

No tiene el ancho suelo  
lobos tan poderosos,  
cuya braveza miedo pueda hacerme:  
y de un simple recelo, en casos amorosos,  
como cobarde vil vengo a perderme.  
No puedo defenderme  
de un miedo que en mi pecho  
gobierna, manda y rige:  
que el alma mucho aflige,  
y el cuerpo tiene ya medio deshecho.  
¡Ay, crudo Amor, ay, fiero!  
¿Con pena tan mortal, cómo no muero?

#### TAURISO

Junto a la clara fuente,  
sentada con su esposo  
la pérfida Diana estaba un día,  
y yo a mi mal presente,  
tras un jaral umbroso,  
muriendo de dolor de lo que vía;  
él nada le decía,  
mas con mano grosera trabó la delicada,  
a torno fabricada,  
y estuvo un rato así, que no debiera;  
y yo tal cosa viendo,  
de ira mortal y fiera envidia ardiendo.

#### BERARDO

Un día al campo vino  
aserenando el cielo,  
la luz de perfectísimas mujeres,  
las hebras de oro fino,  
cubiertas con un velo,  
prendido con dorados alfileres.  
Mil juegos y placeres  
pasaba con su esposo;  
yo tras un mirto estaba,  
y vi que él alargaba

la mano al blanco velo, y el hermoso  
cabello quedó suelto,  
y yo de verlo en triste miedo envuelto.

En acabando los pastores de cantar, comenzaron a recoger su ganado, que por el bosque derramado andaba. Y viniendo hacia donde Marcelio y Diana estaban, fue forzado haberlos de ver, porque no tuvieron forma de esconderse, aunque mucho lo trabajaron. Gran contento recibieron de tan alegre y no pensada vista. Y aunque Berardo quedó con ella atemorizado, el ardiente Tauriso, con ver la causa de su pena, encendió más su deseo. Saludaron cortésmente las pastoras rogándoles que, pues la Fortuna allí los había encaminado, se fuesen todos de compañía hacia la aldea. Diana no quiso ser descortés, porque no lo acostumbraba, mas fue contenta de hacerlo así. De modo que Tauriso y Berardo encargaron a otros pastores que con ellos estaban que los recogidos ganados hacia la aldea poco a poco llevasen, y ellos, en compañía de Marcelio y Diana adelantándose, tomaron el camino. Rogóle Tauriso a Diana que a la canción que él diría respondiese; ella dijo que era contenta, y así cantaron esta canción:

TAURISO

Zagala, ¿por qué razón  
no me miras, di, enemiga?

DIANA

Porque los ojos fatiga  
lo que ofende al corazón.

TAURISO

¿Qué pastora hay en la vida  
que se ofenda de mirar?

DIANA

La que pretende pasar  
sin querer ni ser querida.

TAURISO

No hay tan duro corazón  
que un alma tanto persiga.

DIANA

Ni hay pastor que contradiga  
tan adrede a la razón.

TAURISO

¿Cómo es esto que no tuerza  
el Amor tu crueldad?

DIANA

Porque Amor es voluntad,  
y en la voluntad no hay fuerza.

TAURISO

Mira que tienes razón  
de remediar mi fatiga.

DIANA

Esa misma a mí me obliga  
a guardar mi corazón.

TAURISO

¿Por qué me das tal tormento,  
ya que guardas tu hermosura?

DIANA

Porque tú el seso y cordura  
llamas aborrecimiento.

TAURISO

Será porque sin razón  
tu braveza me castiga.

DIANA

Antes porque de fatiga  
defiendo mi corazón.

TAURISO

Cata, que no soy tan feo  
como te cuidas, pastora.

DIANA

Conténtate por agora  
con que digo que te creo.

TAURISO

¿Después de darme pasión  
me escarneces, di, enemiga?

DIANA

Si otro quieres que te diga,  
pides más de la razón.

En extremo contentó la canción de Tauriso y Diana, y aunque Tauriso por ella sintió las crudas respuestas de su pastora, y con ellas grande pena, quedó tan alegre con que ella le había respondido, que olvidó el dolor que de la crueldad de sus palabras pudiera recibir.

A este tiempo el temeroso Berardo, esforzando el corazón, hincando sus ojos en los de Diana, a guisa de congojado cisne que, cercano a su postrimería, junto a las claras fuentes va suavemente cantando, levantó la débil y medrosa voz que con gran pena del sobresaltado pecho le salía, y al son de su zampoña cantó así:

Tenga fin mi triste vida,  
pues por mucho que lloré,  
no es mi pena agradecida,  
ni dan crédito a mi fe.

Estoy en tan triste estado  
que tomara por partido,  
de ser mal gualardonado,  
solo que fuera creído.

Mas aunque pene mi vida,  
y en mi mal constante esté,  
no es mi pena agradecida  
ni dan crédito a mi fe.

Después de haber dicho Berardo su canción, pusieron los dos pastores los ojos en Marcelio y como era hombre no conocido, no osaban decirle que cantase. Pero en fin el atrevido Tauriso le rogó les dijese su nombre, y, si era posible, dijese alguna canción, porque lo uno y lo otro les sería muy agradable. Y él sin darles otra respuesta, volviéndose a Diana y señalándole que su zampoña tocase, quiso con una canción contentarlos de entrambas las cosas. Y después de dado un suspiro, dijo así:

Tal estoy después que vi  
la crueldad de mi pastora,  
que ni sé quién soy agora  
ni lo que será de mí.

Sé muy bien que si hombre fuera,  
el dolor me hubiera muerto;  
y si piedra, está muy cierto  
que el llorar me deshiciera.

Llámanme Marcelio a mí,  
pero soy de una pastora,  
que ni sé quién soy agora  
ni lo que será de mí.

Ya la luz del sol comenzaba a dar lugar a las tinieblas, y estaban las aldeas con los domésticos fuegos humeando, cuando los pastores y pastoras, estando muy cerca de su lugar, dieron fin a sus cantares. Llegaron todos a sus casas contentos de la pasada conversación, pero Diana no hallaba sosiego, mayormente cuando supo que no estaba en la aldea su querido Sireno. Dejó a Marcelio aposentado en casa de Melibeo, primo de Delio, donde fue hospedado con mucha cortesía; y ella viniendo a su casa, convocados sus parientes y los de su esposo, les dio razón de cómo Delio la había dejado en la fuente de los alisos yendo tras una extranjera pastora. Sobre ello mostró hacer grandes llantos y sentimientos, y al cabo de todos ellos les dijo que su determinación era ir luego por la mañana al templo de Diana por saber de la sabia Felicia nuevas de su esposo. Todos fueron muy contentos de su voluntad, y para el cumplimiento de ella le ofrecieron su favor, y ella, pues, supo que en el templo de Diana hallaría su Sireno, quedó muy alegre del concierto; y con la esperanza del venidero placer dio aquella noche a su cuerpo algún reposo, y tuvo en el corazón un no acostumbrado sosiego.

FIN del libro primero

## LIBRO SEGUNDO

Es el injusto amor tan bravo y poderoso que de cuanto hay en el mundo se aprovecha para su crueldad, y las cosas de más valor le favorecen en sus empresas. Especialmente la Fortuna le da tanto favor con sus mudanzas, cuanto él ha menester para dar graves tormentos.

Claro está lo que digo en el desastre de Marcelio, pues la Fortuna ordenó tal acontecimiento que su esposa Alcida forzado hubo de dar crédito a una sospecha tal que, aunque falsa, tenía muy cierto, o a lo menos aparente, fundamento; y de ello se siguió abor[r]ecer su esposo que más que a su vida la quería, y en nada la había ofendido. De aquí se puede colegir cuán cierta ha de ser una presunción para que un hombre sabio le deba dar entera fe, pues esta que tenía muestra de certidumbre, era tan ajena de verdad.

Pero ya que el Amor y Fortuna trataron tan mal a Marcelio, una cosa tuvo que agradecerles, y fue que el amor hirió el corazón de Diana, y Fortuna hizo que Marcelio en la fuente la hallase para que entrambos fuesen a la casa de Felicia, y el triste pasase sus penas en agradable compañía.

Pues llegado el tiempo que la rubicunda aurora con su dorado gesto ahuyentaba las nocturnas estrellas, y las aves con suave canto anunciaban el cercano día, la enamorada Diana, fatigada ya de la prolija noche, se levantó para emprender el camino deseado. Y encargadas ya sus ovejas a la pastora Polintia, salió de su aldea, acompañada de su rústica zampoña, engañadora de trabajos; y proveído el zurrón de algunos mantenimientos, bajó por una cuesta que de la aldea a un espeso bosque descendía, y a la fin de ella se paró sentada debajo unos alisos, esperando que Marcelio su compañero viniese, según que con

él la noche antes lo había concertado. Mas en tanto que no venía, se puso a tañer su zampoña y cantar esta canción:

Madruga un poco, luz del claro día,  
con apacible y blanda mansedumbre  
para engañar un alma entristecida.  
Extiende, hermoso Apolo, aquella lumbre  
que a los desiertos campos da alegría  
y a las muy secas plantas fuerza y vida.  
En esta amena silva que convida  
a muy dulce reposo,  
verás de un congojoso  
dolor mi corazón atormentado,  
por verse así olvidado  
de quien mil quejas daba de mi olvido;  
la culpa es de Cupido,  
que a posta quita y da aborrecimiento  
do vee que ha de causar mayor tormento.  
¿Qué fiera no enternece un triste canto?  
¿Y qué piedra no ablandan los gemidos  
que suele dar un fatigado pecho?  
¿Qué tigres o leones conducidos  
no fueran a piedad, oyendo el llanto  
que casi tiene mi ánimo deshecho?  
Sólo a Sireno cuento sin provecho  
mi triste desventura,  
que de ella tanto cura  
como el furioso viento en mar insano,  
las lágrimas que en vano derrama el congojado marinero,  
pues cuanto más le ruega, más es fiero.

No ha sido fino Amor, Sireno mío,  
el que por estos campos me mostrabas,  
pues un descuido mío así lo ofende.  
¿Acuérdate traidor lo que jurabas,  
sentado en este bosque y junto al río?  
Pues tu dureza agora ¿qué pretiende?  
¿No bastará que el simple olvido enmiende  
con un amor sobrado?  
Y tal, que si al pasado  
olvido no aventaja de gran parte,  
pues más no puedo amarte,  
ni con mayor ardor satisfacerte;  
por remedio tomar quiero la muerte.  
Mas viva yo en tal pena, pues la siento  
por ti que haces menor toda tristura,

aunque más dañe el ánima mezquina.  
Porque tener presente tu figura  
da gusto aventajado al pensamiento  
de quien por ti penando en ti imagina.  
Mas tú a mi ruego ardiente un poco inclina  
el corazón altivo,  
pues vees que en penas vivo,  
con un solo deseo sostenida,  
de oír de ti en mi vida  
siquiera un no en aquello que más quiero.  
Mas ¿qué se ha de esperar de hombre tan fiero?

¿Cómo agradeces, dime, los favores  
de aquel tiempo pasado que tenías  
más blando el corazón, duro Sireno,  
cuando, traidor, por causa mía hacías  
morir de pura envidia mil pastores?  
¡Ay, tiempo de alegría; ay, tiempo bueno!  
Será testigo el valle y prado ameno,  
a do de blancas rosas  
y flores olorosas, [g]uirnalda a tu cabeza componía,  
do a veces añadía  
por sólo contentarte algún cabello,  
que muero de dolor pensando en ello.  
Agora andas exento aborreciendo  
la que por ti en tal pena se consume,  
pues guarte de las mañas de Cupido.  
Que el corazón soberbio que presume  
del bravo Amor estarse defendiendo,  
cuánto más armas hace, es más vencido.  
Yo ruego que tan preso y tan herido  
estés como me veo.  
Mas siempre a mi deseo  
no desear el bien le es buen aviso,  
pues cuantas cosas quiso,  
por más que tierra y cielos importuna,  
se las negó el Amor y la Fortuna.

Canción, en algún pino o dura encina  
no quise señalarte,  
mas antes entregarte  
al sordo campo y al mudable viento,  
porque de mi tormento se pierda la noticia y la memoria,  
pues ya perdida está mi vida y gloria.



La delicada voz y gentil gracia de la hermosa Diana hacía muy clara ventaja a las habilidades de su tiempo, pero más espanto daba ver las agudezas con que matizaba sus cantares, porque eran tales que parecían salidas de la avisada corte. Mas esto no ha de maravillar tanto los hombres que lo tengan por imposible, pues está claro que es bastante el amor para hacer hablar a los más simples pastores avisos más encumbrados, mayormente si halla aparejo de entendimiento vivo e ingenio despierto que en las pastoriles cabañas nunca faltan.

Pues estando ya la enamorada pastora al fin de su canción, al tiempo que el claro sol ya comenzaba a dorar las cumbres de los más altos collados, el desamado Marcelo, de la pastoril posada despedido para venir al lugar que con Diana tenía concertado, descendía la cuesta a cuyo pie ella sentada estaba. Violo ella de lejos y calló su voz porque no entendiese la causa de su mal. Cuando Marcelo llegó donde Diana lo esperaba, le dijo:

–Hermosa pastora, el claro día de hoy que con la luz de tu gesto amaneció más resplandeciente, sea tan [a]legre para ti como fuera triste para mí sino lo hubiese de pasar en tu compañía. Corrido estoy en verdad de ver que mi tardanza haya sido causa que recibieses pesadumbre con esperarme, pero no será éste el primer yerro que le has de perdonar a mi descuido, en tanto que tratarás conmigo.

–Sobrado sería el perdón –dijo Diana– donde el yerro falta. La culpa no la tiene tu descuido, sino mi cuidado, pues me hizo levantar antes de hora, y venir acá, donde hasta ahora he pasado el tiempo, a veces cantando, a veces imaginando y, en fin, entendiendo en los tratos que a un angustiado espíritu pertenecen. Mas no hace tiempo de deternos aquí, que aunque el camino hasta el templo de Diana es poco, el deseo que tenemos de llegar allá es mucho. Y allende de esto me parece que conviene en tanto que el sol envía más mitigados los rayos, y no son tan fuertes sus ardores, adelantar el camino para después, a la hora de la siesta, en algún lugar fresco y sombrío, tener buen rato de sosiego.

Dicho esto tomaron entrambos el camino travesando aquel espeso bosque, y por alivio del camino cantaban de este modo:

MARCELIO

Mudable y fiero Amor que mi ventura  
pusiste en l'alta cumbre do no llega mortal merecimiento,  
mostraste bien tu natural costumbre,  
quitando mi tristura  
para doblarla y dar mayor tormento;  
dejarás descontento  
el corazón, que menos daño fuera  
vivir en pena fiera  
que recibir un gozo no pensado,  
con tan penosas lástimas borrado.

DIANA

No te debe espantar que de tal suerte  
el niño poderoso  
tras un deleite envíe dos mil penas,  
que a nadie prometió firme reposo,  
sino terrible muerte,  
llantos, congojas, lágrimas, cadenas.  
En Libia las arenas  
ni en el hermoso abril las tiernas flores  
no igualan los dolores  
con que rompe el Amor un blando pecho,  
y aún no queda con ello satisfecho.

#### MARCELIO

Antes del amoroso pensamiento,  
ya tuve conocidas  
las mañas con que Amor cautiva y mata.  
Mas él no sólo aflige nuest[r]as vidas,  
mas el conocimiento  
de los vivos juicios arrebatá.  
Y el alma así maltrata,  
que tarde y mal y por incierta vía  
allega una alegría,  
y por dos mil caminos los pesares  
sobre el perdido cargan a millares.

#### DIANA

Si son tan manifiestos los engaños  
con que el amor nos prende,  
¿por qué a ser presa el alma se presenta?  
Si el blando corazón no se defiende  
de los terribles daños,  
¿por qué después se queja y se lamenta?  
Razón es que consienta  
y sufra los dolores de Cupido  
aquel que ha consentido  
al corazón la flecha y la cadena,  
que el mal no puede darnos sino pena.

Esta canción y otras cantaron, al cabo de las cuales estuvieron ya fuera del bosque y comenzaron a caminar por un florido y deleitoso prado. Entonces dijo Diana estas palabras:

—Cosas son maravillosas las que la industria de los hombres en las pobladas ciudades ha inventado, pero más espanto dan las que la naturaleza en los solitarios campos ha producido. ¿A quién no admira la frescura de este sombroso bosque? ¿Quién no se espanta de la lindeza de este espacioso prado? Pues ver los matices de las libreadas flores

y oír el concierto de las cantadoras aves es cosa de tanto contento, que no iguala con ello de gran parte la pompa y abundancia de la más celebrada corte.

—Ciertamente —dijo Marcelo— en esta alegre soledad hay gran aparejo de contentamiento, mayormente para los libres, pues les es lícito gozar a su voluntad de tan admirables dulzuras y entretenimientos. Y tengo por muy cierto que si el amor que ahora, morando en estos desiertos, me es tan enemigo, me diera en la villa donde yo estaba la mitad del dolor que ahora siento, mi vida no osara esperarlo, pues no pudiera con semejantes deleites amansar la braveza del tormento.

A esto no respondió Diana palabra, sino que puesta la blanca mano delante sus ojos, sosteniendo con ella la dorada cabeza, estuvo gran rato pensosa dando de cuando en cuando muy angustiados suspiros, y a cabo de gran pieza dijo así:

—Ay de mí, pastora desdichada, ¿qué remedio será bastante a consolar mi mal, si los que quitan a los otros gran parte del tormento, me acarrearán más ardiente dolor? No tengo ya sufrimiento para encubrir mi pena, Marcelo, mas ya que la fuerza del dolor me constriñe a publicarla, una cosa le agradezco: que me fuerza a decirla en tiempo y en parte que tú sólo estés presente, pues por tus generosas costumbres, y por la experiencia que tienes de semejante mal, no tendrás por sobrada mi locura, principalmente sabiendo la causa de ella. Yo estoy maltratada del mal que te atormenta, y olvidada como tú de un pastor llamado Sireno, del cual en otro tiempo fui querida. Mas la Fortuna, que pervierte los humanos intentos, quiso que, obedeciendo más a mi padre que a mi voluntad, dejase de casarme con él, y a mi pesar me hiciese esclava de un marido que cuando otro mal no tuviera con él, sino el que causan sus continos e importunos celos, bastaba para matarme. Mas yo me tuviera por contenta de sufrir las sospechas de Delio, con que viera la presencia de Sireno, el cual, creo que por no verme tomando de mi forzado casamiento ocasión para olvidarme, se apartó de nuestra aldea, y está según he sabido en el templo de Diana, donde nosotros imos. De aquí puedes imaginar cuál puedo estar, fatigada de los celos del marido y atormentada con la ausencia del amado.

Dijo entonces Marcelo:

—Graciosa pastora, lastimado quedo de saber tu dolor, y corrido de no haberlo hasta ahora sabido. Nunca yo me vea con el deseado contento, sino querría verlo tanto en tu alma como en la mía. Mas, pues sabes cuán generales son las flechas del Amor, y cuán poca cuenta tienen con los más fuertes, libres y más honestos corazones, no tengas afrenta de publicar sus llagas, pues no quedará por ellas tu nombre denostado, sino en mucho más tenido. Lo que a mí me consuela es saber que el tormento que de los celos del marido recibías, el cual suele dar a veces mayor pena que la ausencia de la cosa amada, te dejará algún rato descansar, en tanto que Delio, siguiendo la fugitiva pastora, estará apartado de tu compañía. Goza, pues, del tiempo y ocasión que te concede la Fortuna, y alégrate que no será poco alivio para ti pasar la ausencia de Sireno libre de la importunidad del celoso marido.

–No tengo yo –dijo Diana– por tan dañosos los celos, que si como son de Delio, fueran de Sireno, no los sufriera con sólo imaginar que tenían fundamento en amor. Porque cierto está que quien ama, huelga de ser amado, y ha de tener los celos de la cosa amada por muy buenos, pues son claros señales de Amor, nacen de él y siempre van con él acompañados. De mí a lo menos te puedo decir que nunca me tuve por tan enamorada como cuando me vi celosa, y nunca me vi celosa sino estando enamorada.

A lo cual replicó Marcelo:

–Nunca pensé que la pastoril llaneza fuese bastante a formar tan avisadas razones como las tuyas en cuestión tan dificultosa como es ésta. Y de aquí vengo a condenar por yerro muy reprobado, decir, como muchos afirman, que en solas las ciudades y cortes está la viveza de los ingenios, pues la hallé también entre las espesuras de los bosques y en las rústicas e inartificiosas cabañas. Pero con todo quiero contradecir a tu parecer, con el cual hiciste los celos tan ciertos mensajeros y compañeros del Amor, como si no pudiese estar en parte donde ellos no estén; porque, puesto que hay pocos enamorados que no sean celosos, no por eso se ha de decir que el enamorado que no lo fuere no sea más perfecto y verdadero amador, antes muestra en ello el valor, fuerza, y quilate de su deseo, pues está limpio y sin la escoria de frenéticas sospechas. Tal estaba yo en el tiempo venturoso, y me preciaba tanto de ello, que con mis versos lo iba publicando. Y una vez, entre las otras que mostró Alcida maravillarse de verme enamorado y libre de celos, le escribí sobre ello este soneto:

Soneto

Dicen que Amor juró que no estaría  
sin los mortales celos un momento,  
y la belleza nunca hacer asiento  
do no tenga soberbia en compañía.

Dos furias son que el bravo infierno envía,  
bastantes a enturbiar todo contento:  
la una el bien de amor vuelve en tormento,  
la otra de piedad l'alma desvía.

Perjuro fue el Amor y la hermosura  
en mí y en vos, haciendo venturosa  
y singular la suerte de mi estado;

porque después que vi vuestra figura,  
ni vos fuistes altiva, siendo hermosa,  
ni yo celoso, siendo enamorado.

Fue tal el contento que tuvo mi Alcida cuando le dije este soneto entendiéndolo por él la fineza de mi voluntad, que mil veces se lo cantaba, sabiendo que con ello le era muy agradable. Y verdaderamente, pastora, tengo por muy grande engaño que un monstruo

tan horrendo como los celos se tenga por cosa buena, con decir que son señales de amor y que no están sino en el corazón enamorado. Porque a esa cuenta podremos decir que la calentura es buena, pues es señal de vida, y nunca está sino en el cuerpo vivo. Pero lo uno y lo otro son manifiestos errores, pues no dan menor pesadumbre los celos que la fiebre. Porque son pestilencia de las almas, frenesía de los pensamientos, rabia que los cuerpos debilita, ira que el espíritu consume, temor que los ánimos acobarda y furia que las voluntades enloquece. Mas para que juzgues ser los celos cosa abominable, imagina la causa de ellos, y hallarás que no es otra sino un apocado temor de lo que no es ni será, un vil menosprecio del propio merecimiento y una sospecha mortal que pone en duda la fe y la bondad de la cosa querida. No pueden, pastora, con palabras encarecerse las penas de los celos, porque son tales que sobrepujan de gran parte los tormentos que acompañan el amor. Porque, en fin, todos sino él pueden y suelen parar en admirables dulzuras y contentos, que así como la fatigosa sed en el tiempo caluroso hace parecer más sabrosas las frescas aguas, y el trabajo y sobresalto de la guerra hace que tengamos en mucho el sosiego de la paz, así los dolores de Cupido sirven para mayor placer en la hora que se recibe un pequeño favor, y cuando quiera que se goza de un simple contentamiento. Mas estos rabiosos celos esparcen tal veneno en los corazones que corrompe y gasta cuantos deleites se le llegan. A este propósito me acuerdo que oí cantar un día a un excelente músico en Lisboa delante el rey de Portugal un soneto que decía así:

### *Soneto*

Cuando la brava ausencia un alma hiere,  
se ceba imaginando el pensamiento  
que el bien que está más lejos, más contento  
el corazón hará, cuando viniere.

Remedio hay al dolor de quien tuviere  
en esperanza puesto el fundamento,  
que al fin tiene algún premio del tormento  
o al menos en su amor contento muere.

Mil penas con un gozo se descuentan,  
y mil reproches ásperos se vengán  
con sólo ver la angélica hermosura.

Mas cuando celos l'ánima atormentan,  
aunque después mil bienes sobrevengan,  
se tornan rabia, pena y amargura.

¡Oh, cuán verdadero parecer! ¡Oh, cuán cierta opinión es ésta! Porque, a la verdad, esta pestilencia de los celos no deja en el alma parte sana donde pueda recogerse una alegría. No hay en amor contento cuando no hay esperanza, y no lo habrá en tanto que los celos están de por medio. No hay placer que de ellos esté seguro, no hay deleite que con ellos no se gaste, y no hay dolor que con ellos no nos fatigue. Y llega a tanto la rabia y furor de

los venenosos celos que el corazón donde ellos están recibe pesadumbre en escuchar alabanzas de la cosa amada, y no querría que las perfecciones que él estima fuesen de nadie vistas ni conocidas, haciendo en ello gran perjuicio al valor de la gentileza que le tiene cautivo. Y no sólo el celoso vive en este dolor, mas a la que bien quiere le da tan continua y trabajosa pena que no le diera tanta si fuera su capital enemigo. Porque claro está que un marido celoso como el tuyo, antes querría que su mujer fuese la más fea y abominable del mundo, que no que fuese vista ni alabada por los hombres, aunque sean honestos y moderados. ¿Qué fatiga es para la mujer ver su honestidad agraviada con una vana sospecha? ¿Qué pena le es estar sin razón en los más secretos rincones encerrada? ¿Qué dolor ser ordinariamente con palabras pesadas, y aun a veces con obras combatida? Si ella está alegre, el marido la tiene por deshonesto; si está triste, imagina que se enoja de verlo; si está pensando, la tiene por sospechosa; si lo mira, parece que lo engaña; si no lo mira, piensa que lo aborrece; si le hace caricias, piensa que las finge; si está grave y honesta, cree que lo desdeña; si se ríe, la tiene por desenvuelta; si suspira, la tiene por mala; y, en fin, en cuantas cosas se meten estos celos, las convierten en dolor, aunque de suyo agradables. Por donde está claro que no tiene el mundo pena que iguale con ésta, ni salieron del infierno harpías que más ensucien y corrompan los sabrosos manjares del alma enamorada. Pues no tengas en poco, Diana, tener ausente el celoso Delio, que no importa poco para pasar más ligeramente las penas del amor.

A esto Diana respondió:

—Yo vengo a conocer que esta pasión, que has tan al vivo dibujado, es disforme y espantosa, y que no merece estar en los amorosos ánimos, y creo que esta pena era la que Delio tenía. Mas quiero que sepas que semejante dolencia no pretendí yo defenderla, ni jamás estuvo en mí, pues nunca tuve pesar del valor de Sireno, ni fui atormentada de semejantes pasiones y locuras como las que tú me has contado, mas sólo tuve un miedo de ser por otra desechada. Y no me engañó de mucho este recelo, pues he probado tan a costa mía el olvido de Sireno.

—Ese miedo —dijo Marcelio— no tiene nombre de celos, antes es ordinario en los buenos amadores. Porque averiguado está que lo que yo amo, lo estimo y tengo por bueno y merecedor de tal amor, y siendo ello tal, he de tener miedo que otro no conozca su bondad y merecimiento, y no lo ame como yo. Y así el amador está metido en medio del temor y la esperanza. Lo que el uno le niega, la otra se lo promete; cuando el uno lo acobarda, la otra lo esfuerza; y, en fin, las llagas que hace el temor se curan con la esperanza, durando esta reñida pelea hasta que la una parte de las dos queda vencida, y si acontece vencer el temor a la esperanza, queda el amador celoso; y si la esperanza vence al temor, queda alegre y bien afortunado. Mas yo en el tiempo de mi ventura tuve siempre una esperanza tan fuerte, que no sólo el temor no la venció, pero nunca osó acometerla; y así recibía con ella tan grandes gustos, que a trueque de ellos no me pesaba recibir los continos dolores. Y fui tan agradecido a la que mi esperanza en tanta firmeza sostenía, que no había pena que viniese de su mano, que no la tuviese por alegría. Sus reproches tenía por favores, sus desdenes por caricias, y sus airadas respuestas por corteses prometimientos.

Estas y otras razones pasaron Diana y Marcelio prosiguiendo su camino. Acabado de travesar aquel prado en muy dulce conversación, y subiendo una pequeña cuesta, entraron por un ameno bosquecillo, donde los espesos alisos hacían muy apacible sombrío. Allí sintieron una suave voz que de una dulce lira acompañada resonaba con extraña melodía y parándose a escuchar, conocieron que era voz de una pastora que cantaba así:

*Soneto*

Cuantas estrellas tiene el alto cielo  
fueron en ordenar mi desventura,  
y en la tierra no hay prado ni verdura  
que pueda en mi dolor darme consuelo.

Amor sujeto al miedo, en puro hielo  
convierte el alma triste. ¡Ay, pena dura,  
que a quien fue tan contraria la ventura,  
vivir no puede un hora sin recelo!

La culpa de mi pena es justo darte  
a ti, Montano; a ti mis quejas digo,  
alma cruel, do no hay piedad alguna.

Porque si tú estuvieras de mi parte,  
no me espantara a mí serme enemigo  
el cielo, tierra, Amor y la Fortuna.

Después de haber la pastora suavemente cantado, soltando la rienda al amargo y doloroso llanto derramó tanta abundancia de lágrimas y dio tan tristes gemidos, que por ellos y por las palabras que dijo, conocieron ser la causa de su dolor un engaño cruel de su sospechoso marido. Pero por certificarse mejor de quién era y de la causa de su pasión, entraron donde ella estaba y la hallaron metida en un sombrío que la espesura de los ramos había compuesto, asentada sobre la menuda hierba junto a una alegre fuentecilla que, de entre unas matas graciosamente saliendo, por gran parte del bosquecillo por diversos caminos iba corriendo. Saludáronla con mucha cortesía, y ella aunque tuvo pesar que impidiesen su llanto, pero juzgando por la vista ser pastores de merecimiento, no recibió mucha pena esperando con ellos tener agradable compañía, y así les dijo:

—Después que de mi cruel esposo fui sin razón desamparada, no me acuerdo, pastores, haber recibido contento que de gran parte iguale con el que tuve de veros. Tanto que aunque el continuo dolor me obliga a hacer perpetuo llanto, lo dejaré por ahora un rato para gozar de vuestra apacible y discreta conversación.

A esto respondió Marcelio:

–Nunca yo vea consolado mi tormento sino me pesa tanto del tuyo como se puede encarecer, y lo mismo puedes creer de la hermosa Diana que vees en mi compañía.

Oyendo entonces la pastora el nombre de Diana, corriendo con grande alegría la abrazó haciéndole mil caricias y fiestas, porque mucho tiempo había que deseaba conocerla por la relación que tenía de su hermosura y discreción. Diana estuvo espantada de verse acariciada de una pastora no conocida, mas todavía le respondía con iguales cortesías y, deseando saber quién era, le dijo:

–Los aventajados favores que me hiciste, juntamente con la lástima que tengo de tu mal, hacen que desee conocerte; por eso decláranos, pastora, tu nombre y cuéntanos tu pena, que, después de contada, verás nuestros corazones ayudarte a pasarla, y nuestros ojos a lamentar por ella.

La pastora entonces se excusó con sus graciosas palabras de emprender el cuento de su desdicha, pero en fin importunada se volvió a sentar sobre la hierba y comenzó así:

–Por relación de la pastora Selvagia, que era natural de mi aldea, y en la tuya, hermosa Diana, está casada con el pastor Silvano, creo que serás informada del nombre de la desdichada Ismenia, que su desventura te está contando. Yo tengo por cierto que ella en tu aldea contó largamente cómo yo en el templo de Minerva, en el reino de lusitanos arrebozada la engañé, y cómo con mi propio engaño quedé burlada. Habrá contado también cómo por vengarme del traidor Alanio que, enamorado de ella, a mí me había puesto en olvido, fingí querer bien a Montano, su mortal enemigo, y como este fingido amor, con el conocimiento que tuve de su perfección, salió tan verdadero, que a causa de él estoy en las fatigas de que me quejo. Pues pasando adelante en la historia de mi vida, sabréis que como el padre de Montano, nombrado Fileno, viniese algunas veces a casa de mi padre a causa de ciertos negocios que tenía con él sobre una compañía de ganados y me viese allí, aunque era algo viejo se enamoró de mí de tal suerte que andaba hecho loco. Mil veces me importunaba, cada día sus dolores me decía, mas nada le aproveché para que lo quisiese escuchar, ni tener cuenta con sus palabras. Porque aunque tuviera más perfección y menos años de los que tenía, no olvidara yo por él a su hijo Montano, cuyo amor me tenía cautiva. No sabía el viejo el amor que Montano me tenía, porque le era hijo tan obediente y temeroso, que excusó todo lo posible que no tuviese noticia de ello, temiendo ser por él con ásperas palabras castigado. Ni tampoco sabía Montano la locura de su padre, porque él, por mejor castigar y reprehender los errores del hijo, se guardaba mucho de mostrar que tenía semejantes y aún mayores faltas. Pero nunca dejaba el enamorado viejo de fatigarme con sus importunaciones que le quisiese tomar por marido. Decíame dos mil requiebros, hacíame grandes ofrecimientos, prometíame muchos vestidos y joyas, y enviábame muchas cartas, pretendiendo con ello vencer mi propósito y ablandar mi condición. Era pastor que en su tiempo había sido señalado en todas las habilidades pastoriles, muy bien hablado, avisado y entendido. Y porque mejor lo creáis, quiero deciros una carta que una vez me escribió, la cual, aunque no mudó mi intención, me contentó en extremo y decía así:

Carta de Fileno a Ismenia



Pastora, el amor fue parte  
que por su pena decirte,  
tenga culpa en escribirte  
quien no la tiene en amarte.

Mas si a ti fuere molesta  
mi carta, ten por muy cierto  
que a mí me tiene ya muerto  
el temor de la respuesta.

Mil veces cuenta te di  
del tormento que me das,  
y no pagas con más  
de con burlarte de mí.

Ríeste a boca llena  
de verme amando morir,  
yo alegre en verte reír,  
aunque ríes de mi pena.

Y así el mal en que me hallo  
pienso, cuando miro en ello,  
que porque huelgas de vello,  
no has querido remediallo.

Pero mal remedio veo,  
y esperar lo será en vano,  
pues mi vida está en tu mano,  
y mi muerte en tu deseo.

Vite estar, pastora, un día  
cabe el Duero caudaloso,  
dando con el gesto hermoso  
a todo el campo alegría.  
Sobre el cayado inclinada  
en la campaña desierta,  
con la cerviz descubierta  
y hasta el codo arremangada,

pues decir que un corazón  
puesto que de mármol fuera,  
no te amara si te viera,  
es simpleza y sinrazón.

Por eso en ver tu valor,

sin tener descanso un poco,  
vine a ser de amores loco,  
y a ser muerto de dolor.

Si dices que ando perdido,  
siendo enamorado y viejo,  
deja de darme consejo,  
que yo remedio te pido.  
Porque tanto en bien quererte  
no pretiendo haber errado,  
como en haberme tardado  
tanto tiempo a conocerte.

Muy bien sé que viejo estó,  
pero a más mal me condena,  
ver que no tenga mi pena  
tantos años como yo.

Porque quisiera quererte  
dende el día que nací,  
como después que te vi  
he de amarte hasta la muerte.

No te espante verme cano,  
que a nadie es justo quitar  
el merecido lugar  
por ser venido temprano.

Y aunque mi valor excedes,  
no parece buen consejo  
que, por ser soldado viejo,  
pierda un hombre las mercedes.  
Los edificios humanos,  
cuanto más modernos son,  
no tienen comparación  
con los antiguos romanos.

Y en las cosas de primor,  
gala, aseo y valentía,  
suelen decir cada'l día:  
lo pasado es lo mejor.

No me dio Amor su tristeza  
hasta agora porque vio  
que en un viejo como yo  
suele haber mayor firmeza.

Firme estoy, desconocida,  
para siempre te querer,  
y viejo, para no ser  
querido en toda mi vida.

Los mancebos que más quieren  
falsos y doblados van,  
porque más vivos están,  
cuando más dicen que mueren.

Y su mudable afición  
es segura libertad,  
es gala y no voluntad:  
es costumbre y no pasión.

No hayas miedo que yo sea  
como el mancebo amador,  
que en recibir un favor  
lo sabe toda el aldea.

Que aunque reciba trescientos,  
he de ser en los amores  
tan piedra en callar favores,  
como en padecer tormentos.  
Mas según te veo estar  
puesta en hacerme morir,  
mucho habrá para sufrir  
y poco para callar.

Que el mayor favor que aquí,  
pastora, pretiendo haber,  
es morir por no tener  
mayores quejas de ti.  
Tiempo, amigo de dolores,  
sólo a ti quiero inculparte,  
pues quien tiene en ti más parte,  
menos vale en los amores.

Tarde amé cosa tan bella,  
y es muy justo que pues yo  
no nací cuando nació,  
en dolor muera por ella.

Si yo en tu tiempo viniera,  
pastora, no me faltara

con que a ti te contentara,  
y aun favores recibiera.

Que en apacible tañer  
y en el gracioso bailar,  
los mejores del lugar  
tomaban mi parecer.

Pues en cantar, no me espanto  
de Amphión el escogido,  
pues mejores que él han sido  
confundidos con mi canto.

Aro muy grande comarca,  
y en montes propios y extraños  
pacen muy grandes rebaños  
almagrados de mi marca.

Mas ¿qué vale, ay cruda suerte,  
lo que es ni lo que ha sido  
al sepultado en olvido  
y entregado a dura muerte?

Pero valga para hacer  
más blanda tu condición  
viendo que tu perfección  
al fin dejara de ser.

Dura estás como las peñas,  
mas quizá en la vieja edad  
no tendrás la libertad  
con que agora me desdeñas.

Porque toma tal venganza  
de vosotras el Amor,  
que entonces os da dolor,  
cuando os falta la esperanza.

Esta y otras muchas cartas y canciones me envió, las cuales si tanto me movieran, como me contentaban, él se tuviera por dichoso y yo quedara mal casada. Mas ninguna cosa era bastante a borrar de mi corazón la imagen del amado Montano, el cual, según mostraba, respondía a mi voluntad con iguales obras y palabras. En esta alegre vida pasamos algunos años, hasta que nos pareció dar cumplimiento a nuestro descanso con honesto y casto matrimonio. Y aunque quiso Montano antes de casar conmigo, dar razón de ello a su padre, por lo que, como buen hijo, tenía obligación de hacer, pero como yo le dije que su padre no vernía bien en ello a causa de la locura que tenía de casarse conmigo, por eso,

teniendo más cuenta con el contento de su vida que con la obediencia de su padre, sin darle razón cerró mi desdichado matrimonio. Esto se hizo con voluntad de mi padre, en cuya casa se hicieron por ello grandes fiestas, bailes, juegos y tan grandes regocijos, que fueron nombrados por todas las aldeas vecinas y apartadas. Cuando el enamorado viejo supo que su propio hijo le había salteado sus amores, se volvió tan frenético contra él y contra mí, que a entrambos aborreció como la misma muerte, y nunca más nos quiso ver. Por otra parte, una pastora de aquella aldea, nombrada Felisarda, que moría de amores de Montano, la cual él, por quererme bien a mí, y por ser ella no muy joven ni bien acondicionada, la había desechado, cuando vido a Montano casado conmigo vino a perderse de dolor. De manera que con nuestro casamiento nos ganamos dos mortales enemigos. El maldito viejo, por tener ocasión de desheredar el hijo, determinó casarse con mujer hermosa y joven a fin de haber hijos en ella. Mas aunque era muy rico, de todas las pastoras de mi lugar fue desdeñado, sino fue de Felisarda, que por tener oportunidad y manera de gozar deshonestamente de mi Montano, cuyos amores tenía frescos en la memoria, se casó con el viejo Fileno. Casada ya con él, entendió luego por muchas formas en requerir mi esposo Montano por medio de una criada nombrada Silveria, enviándole a decir que si condescendía a su voluntad, le alcanzaría perdón de su padre, y haciéndole otros muchos y muy grandes ofrecimientos. Mas nada pudo bastar a corromper su ánimo ni a pervertir su intención. Pues como Felisarda se viese tan menospreciada, vino a tenerle a Montano una ira mortal, y trabajó luego en indignar más a su padre contra él, y no contenta con esto imaginó una traición muy grande. Con promesas, fiestas, dádivas y grandes caricias, pervirtió de tal manera el ánimo de Silveria, que fue contenta de hacer cuanto ella le mandase, aunque fuese contra Montano, con quien ella tenía mucha cuenta por el tiempo que había servido en casa de su padre. Las dos secretamente concertaron lo que se había de hacer y el punto que había de ejecutarse; y luego salió un día Silveria de la aldea, y viniendo a una floresta orilla de Duero donde Montano apacentaba sus ovejas, le habló muy secretamente y muy turbada, como quien trata un caso muy importante, le dijo: «¡Ay, Montano amigo, cuán sabio fuiste en despreciar los amores de tu maligna madrastra, que aunque yo a ellos te movía, era por pura importunación! Mas ahora que sé lo que pasa, no será ella bastante para hacerme mensajera de sus deshonestidades. Yo he sabido de ella algunas cosas que tocan en lo vivo, y tales que si tú las supieses, aunque tu padre es contigo tan cruel, no dejarías de poner la vida por su honra. No te digo más en esto, porque sé que eres tan discreto y avisado, que no son menester contigo muchas palabras ni razones.» Montano a esto quedó atónito, y tuvo sospecha de alguna deshonestidad de su madrastra. Pero por ser claramente informado, rogó a Silveria le contase abiertamente lo que sabía. Ella se hizo de rogar mostrando no querer descubrir cosa tan secreta; pero, al fin, declarando lo que Montano le preguntaba y lo que ella misma decirle quería, le explicó una fabricada y bien compuesta mentira diciendo de este modo: «Por ser cosa que tanto importa a tu honra y a la de Fileno, mi amo, saber lo que yo sé, te lo diré muy claramente, confiando que a nadie dirás que yo he descubierto este secreto. Has de saber que Felisarda, tu madrastra, hace traición a tu padre con un pastor cuyo nombre no te diré, pues está en tu mano conocerlo. Porque si quisieres venir esta noche y entrar por donde yo te guiare, hallarás la traidora con el adúltero en casa del mismo Fileno. Así lo tienen concertado porque Fileno ha de ir esta tarde a dormir en su majada por negocios que allí se le ofrecen, y no ha de volver hasta mañana a mediodía, Por eso apercíbete muy bien, y ven a las once de la noche

conmigo, que yo te entraré en parte donde podrás fácilmente hacer lo que conviene a la honra de tu padre, y aun quizá por medio de esto alcanzar que te perdone.» Esto dijo Silveria tan encarecidamente y con tanta disimulación, que Montano determinó de ponerse en cualquier peligro por tomar venganza de quien tal deshonra hacía a Fileno su padre. Y así la traidora Silveria, contenta del engaño que de consejo de Felisarda había urdido, se volvió a su casa donde dio razón a Felisarda, su señora, de lo que dejaba concertado. Ya la oscura noche había extendido su tenebroso velo cuando, venido Montano al aldea, tomó un puñal que heredó del pastor Palemón, su tío, y al punto de las once se fue a casa de Fileno, su padre, donde Silveria ya lo estaba esperando como estaba ordenado. ¡Oh, traición nunca vista! ¡Oh, maldad nunca pensada! Tomólo ella por la mano y, subiendo muy quedo una escalera, lo llevó a una puerta de una cámara donde Fileno, su padre, y su madrastra Felisarda estaban acostados; y cuando lo tuvo allí le dijo: «Ahora estás, Montano, en el lugar donde has de señalar el ánimo y esfuerzo que semejante caso requiere; entra en esa cámara que en ella hallarás tu madrastra acostada con el adúltero.» Dicho esto se fue de allí huyendo a más andar. Montano engañado de la alevosía de Silveria, dando crédito a sus palabras, esforzando el ánimo y sacando el puñal de la vaina, con un empujón abriendo la puerta de la cámara, mostrando una furia extraña, entró en ella diciendo a grandes voces: «¡Aquí has de morir, traidor, a mis manos; aquí te han de hacer mal provecho los amores de Felisarda!» Y diciendo esto furioso y turbado, sin conocer quién era el hombre que estaba en la cama, pensando herir al adúltero, alzó el brazo para dar de puñaladas a su padre. Mas quiso la ventura que el viejo con la lumbre que allí tenía, conociendo su hijo y pensando que, por haberlo con palabras y obras tan maltratado, lo quería matar, alzándose presto de la cama, con las manos plegadas le dijo: «¡Oh, hijo mío, qué crueldad te mueve a ser verdugo de tu padre! Vuelve en tu seso, por Dios, y no derrames ahora mi sangre, ni des fin a mi vida; que si yo contigo usé de algunas asperezas, aquí de rodillas te pido perdón por todas ellas, con propósito de ser para contigo de hoy adelante el más blando y benigno padre de todo el mundo.» Montano entonces, cuando conoció el engaño que se le había hecho y el peligro en que había venido de dar muerte a su mismo padre, se quedó allí tan pasmado, que el ánimo y los brazos se le cayeron, y el puñal se le salió de las manos sin sentirlo. De atónito no pudo ni supo hablar palabra, sino que corrido y confuso se salió de la cámara y aun también de la casa, aterrado de la traición que Silveria le había hecho y de la que él hiciera, sino fuera tan venturoso. Felisarda, como estaba advertida de lo que había de suceder, en ver entrar a Montano, saltó de la cama, y se metió en otra cámara que estaba más adentro y, cerrando tras sí la puerta, se aseguró de la furia de su alnado. Mas cuando se vio fuera del peligro por estar Montano fuera de la casa, volviendo donde Fileno, temblando aún del pasado peligro, estaba, incitando el padre contra el hijo, y levantándose a mí un falso testimonio, a grandes voces decía así: «Bien conocerás ahora, Fileno, el hijo que tienes, y sabrás si es verdad lo que yo de sus malas inclinaciones muchas veces te dije. ¡Oh, cruel, oh, traidor Montano! ¿Cómo el cielo no te confunde? ¿Cómo la tierra no te traga? ¿Cómo las fieras no te despedazan? ¿Cómo los hombres no te persiguen? Maldito sea tu casamiento, maldita tu desobediencia, malditos tus amores, maldita tu Ismenia, pues te ha traído a usar de tan bestial cruera y acometer tan horrendo pecado. ¿No castigaste, traidor, al pastor Alanio que con tu mujer Ismenia a pesar y deshonor tuya deshonestamente trata, y a quien ella quiere más que a ti, y has querido dar muerte a tu padre que con tu vida y honra ha tenido tanta cuenta? Por haberte castigado

¿le has querido herir? Por haberte aconsejado ¿le has querido matar? ¡Ay, triste padre, ay desdichadas canas, ay angustiada senectud! ¿Qué yerro tan grande cometiste para que quisiese matarte tu propio hijo? ¡Aquel que tú engendraste, aquel que regalaste, aquel por quien mil trabajos padeciste! Esfuerza ahora tu corazón, cese ahora el amor paternal, dése lugar a la justicia, hágase el debido castigo, que si quien hizo tan nefanda crueldad no recibe la merecida pena, los desobedientes hijos no quedarán atemorizados, y el tuyo con efecto vendrá después de pocos días a darte de su mano cumplida muerte.» El congojado Fileno con el pecho sobresaltado y temeroso, oyendo las voces de su mujer y considerando la traición del hijo, recibió tan grande enojo que tomando el puñal que a Montano, como dije se le había caído, luego en la mañana saliendo a la plaza, convocó la justicia y los principales hombres de la aldea, y cuando fueron todos juntos, con muchas lágrimas y sollozos, les dijo de esta manera: «A Dios pongo por testigo, señalados pastores, que me lastima y aflige tanto lo que quiero deciros que tengo miedo que el alma no se me salga tras haberlo dicho. No me tenga nadie por cruel porque saco a la plaza las maldades de mi hijo, que por ser ellas tan extrañas y no tener remedio para castigarlas, os quiero dar razón de ellas, porque veáis lo que conviene hacer para darle a él justa pena, y a los otros hijos, provechoso ejemplo. Muy bien sabéis con qué regalos le crié, con qué amor lo traté, qué habilidades le enseñé, qué trabajos por él padecí, qué consejos le di, con cuánta blandura lo castigué. Casóse a mi pesar con la pastora Ismenia, y porque de ello le reprehendí, en lugar de vengarse del pastor Alanio que con la dicha Ismenia, su mujer, como toda la aldea sabe, trata deshonestamente, volvió su furia contra mí y me ha querido dar la muerte. La noche pasada tuvo mañas para entrar en la cámara donde yo con mi Felisarda dormía, y con este puñal desnudo quiso matarme, y lo hiciera, sino que Dios le cortó las fuerzas, y le atajó el poder de tal manera que, medio tonto y pasmado, se fue de allí sin efectuar su dañado intento, dejando el puñal en mi cámara. Esto es lo que verdaderamente pasa, como mejor de mi querida mujer podréis ser informados. Mas porque tengo por muy cierto que Montano, mi hijo, no hubiere cometido tal traición contra su padre si de su mujer Ismenia no fuera aconsejado, os ruego que miréis lo que en esto se debe hacer para que mi hijo de su atrevimiento quede castigado, y la falsa Ismenia, así por el consejo que dio a su marido, como por la deshonestidad y amores que tiene con Alanio, reciba digna pena.» Aún no había Fileno acabado su razón, cuando se movió entre la gente tan gran alboroto que pareció hundirse toda la aldea. Alteráronse los ánimos de todos los pastores y pastoras, y concibieron ira mortal contra Montano. Unos decían que fuese apedreado, otros que en la mayor profundidad de Duero fuese echado, otros que a las hambrientas fieras fuese entregado y en fin no hubo allí persona que contra él no se embraveciese. Movióles también mucho a todos lo que Fileno de mi vida falsamente les había dicho, pero tanta ira tenían por el negocio de Montano, que no pensaron mucho en el mío. Cuando Montano supo la relación que su padre públicamente había hecho, y el alboroto y conjuración que contra él se había movido, cayó en grande desesperación. Y allende de esto, sabiendo lo que su padre delante de todos contra mí había dicho, recibió tanto dolor, que más grave no se puede imaginar. De aquí nació todo mi mal, ésta fue la causa de mi perdición y aquí tuvieron principios mis dolores. Porque mi querido Montano, como sabía que yo en otro tiempo había amado y sido querida de Alanio, sabiendo que muchas veces reviven y se renuevan los muertos y olvidados amores, y viendo que Alanio, a quien yo por él había aborrecido, andaba siempre enamorado de mí, haciéndome importunas fiestas, sospechó por todo esto que lo que su

padre Fileno había dicho era verdad, y cuanto más imaginó en ello, más lo tuvo por cierto. Tanto, que bravo y desesperado, así por el engaño que de Silveria había recibido, como por el que sospechaba que yo le había hecho, se fue de la aldea y nunca más ha parecido. Yo, que supe de su partida y la causa de ella por relación de algunos pastores amigos suyos, a quien él había dado larga cuenta de todo, me salí de la aldea por buscarlo; y mientras viva, no pararé hasta hallar mi dulce esposo para darle mi disculpa, aunque sepa después morir a sus manos. Mucho ha que ando peregrinando en esta demanda, y por más que en todas las principales aldeas y cabañas de pastores he buscado, jamás la Fortuna me ha dado noticia de mi Montano. La mayor ventura que en este viaje he tenido fue que dos días después que partí de mi aldea, hallé en un valle la traidora Silveria que, sabiendo el voluntario destierro de Montano, iba siguiéndolo por descubrirle la traición que le había hecho y pedirle perdón por ella, arrepentida de haber cometido tan horrenda alevosía. Pero hasta entonces no lo había hallado y como a mí me vido, me contó abiertamente cómo había pasado el negocio, y fue para mí gran descanso saber la manera con que se nos había hecho la traición. Quise darle la muerte con mis manos, aunque flaca mujer, pero dejé de hacerlo porque sola ella podía remediar mi mal, declarando su misma maldad. Roguéle que con gran priesa fuese a buscar a mi amado Montano para darle noticia de todo el hecho, y despedíme de ella para buscarlo yo por otro camino. Llegué hoy a este bosque donde, convidada de la amenidad y frescura del lugar, hice asiento para tener la siesta, y pues la fortuna acá por mi consuelo os ha guiado, yo le agradezco mucho este favor, y a vosotros os ruego que, pues es ya casi mediodía, si posible es, me hagáis parte de vuestra graciosa compañía, mientras durare el ardor del sol que en semejante tiempo se muestra riguroso.

Diana y Marcelio holgaron en extremo de escuchar la historia de Ismenia y saber la causa de su pena. Agradecieronle mucho la cuenta que les había dado de su vida, y dijéronle algunas razones para consuelo de su mal, prometiéndole el posible favor para su remedio. Rogáronle también que fuese con ellos a la casa de la sabia Felicia, porque allí sería posible hallar alguna suerte de consolación. Fueron asimismo de parecer de reposar allí en tanto que durarían los calores de la siesta, como Ismenia había dicho. Pero como Diana era muy plática en aquella tierra, y sabía los bosques, fuentes, florestas, lugares amenos y sombríos de ella, les dijo que otro lugar había más ameno y deleitoso que aquél, que no estaba muy lejos, y que fuesen allá pues aún no era llegado el mediodía.

De manera que, levantándose todos, caminaron un poco despacio y luego llegaron a una floresta donde Diana los guió; y era la más deleitosa, la más sombría y agradable que en los más celebrados montes y campañas de la pastoral Arcadía puede haber. Había en ella muy hermosos alisos, sauces y otros árboles que, por las orillas de las cristalinas fuentes y por todas partes, con el fresco y suave airecillo blandamente movidas, deleitosamente murmuraban. Allí de la concertada armonía de las aves que por los verdes ramos bulliciosamente saltaban, el aire tan dulcemente resonaba, que los ánimos con un suave regalo enternecía. Estaba sembrada toda de una verde y menuda hierba, entre la cual se levantaban hermosas y variadas flores que, con diversos matices el campo dibujando, con suave olor el más congojado espíritu recreaban. Allí solían los cazadores hallar manadas enteras de temerosos ciervos, cabras montesinas y de otros animales, con cuya prisión y muerte se toma alegre pasatiempo.



Entraron en esta floresta siguiendo todos a Diana, que iba primera, y se adelantó un poco para buscar una espesura de árboles que ella para su reposo en aquel lugar tenía señalada, donde muchas veces solía recrearse. No habían andado mucho, cuando Diana, llegando cerca del lugar que ella tenía por el más ameno de todos y donde quería que tuviesen la siesta, puesto el dedo sobre los labios señaló a Marcelio e Ismenia que viniesen a espacio y sin ruido. La causa era porque había oído dentro aquella espesura cantos de pastores. En la voz le parecieron Tauriso y Berardo, que por ella entrambos penados andaban, como está dicho. Pero por saberlo más cierto, llegándose más cerca un poco por entre unos acebos y lantiscos, estuvo acechando por conocerlos, y vido que eran ellos y que tenían allí en su compañía una hermosa dama y un preciado caballero, los cuales, aunque parecían estar algo congojados y maltratados del camino, pero todavía en el gesto y disposición descubrían su valor. Después de haber visto los que allí estaban, se apartó por no ser vista. En esto llegaron Marcelio e Ismenia, y todos juntos se sentaron tras unos jarales donde no podían ser vistos y podían oír distinta y claramente el cantar de los pastores, cuyas voces por toda la floresta resonando, movían concertada melodía, como oiréis en el siguiente libro.

FIN del segundo libro

### LIBRO TERCERO

La traición y maldad de una ofendida y maliciosa mujer suele emprender cosas tan crueles y abominables que no hay ánimo del más bravo y ariscado varón que no dudase de hacerlas y no temblase de sólo pensarlas. Y lo peor es que la Fortuna es tan amiga de mudar los buenos estados, que les da a ellas cumplido favor en sus empresas, pues sabe que todas se encaminan a mover extrañas novedades y revueltas, y vienen a ser causa de mil tristezas y tormentos. Gran crueldad fue la de Felisarda en ser causa que un padre con tan justa, aunque engañosa causa, aborreciese su propio hijo, y que un marido, con tan vana y aparente sospecha, desechase su querida mujer, pero mayor fue la ventura que tuvo en salir con su fiero y malicioso intento. No sirva esto para que nadie tenga de las mujeres mal parecer, sino para que viva cada cual recatado, guardándose de las semejantes a Felisarda, que serán muy pocas, pues muchas de ellas son dechado del mundo y luz de vida, cuya fe, discreción y honestidad merece ser con los más celebrados versos alabada. De lo cual dan clarísima prueba Diana e Ismenia, pastoras de señalada hermosura y discreción, cuya historia publica manifiestamente sus alabanzas.

Pues prosiguiendo en el discurso de ella, sabréis que cuando Marcelio y ellas estuvieron tras los jarales asentadas, oyeron que Tauriso y Berardo cantaban de esta manera.

Tercetos esdruciolos

BERARDO

Tauriso, el fresco viento que alegrándonos

murmura entre los árboles altísimos,  
la vista y los oídos deleitándonos,  
las chozas y sombríos amenísimos,  
las cristalinas fuentes que abundancia  
derraman de licores sabrosísimos,  
la colorada flor, cuya fragancia  
a despedir bastara la tristicia  
que hace al corazón más fiera instancia,  
no vencen la braveza y la malicia  
del crudo rey, tan áspero y mortífero,  
cuyo castigo es pura sinjusticia.  
Ningún remedio ha sido salutífero  
a mi dolor, pues siempre embraveciéndose  
está el veneno y tóxico pestífero.

#### TAURISO

Al que en amores anda consumiéndose,  
nada lo alegrará, porque fatígale  
tal mal que en el dolor vive muriéndose.

Amor le da más penas y castígale,  
cuando en deleites anda recreándose,  
porque él a suspirar contino oblígale.

Las veces que está un ánima alegrándose  
le ofrece allí un dolor, cuya memoria  
hace que luego vuelva a estar quejándose.

Amor quiere gozar de su victoria,  
y al hombre que venció, mávalo o préndelo,  
pensando en ello haber famosa gloria.

El preso, a la Fortuna entrega, y véndelo  
al gran dolor, que siempre está matándolo,  
y al que arde, en más ardiente llama enciéndelo.

#### BERARDO

El sano vuelve enfermo, maltratándolo,  
y el corazón alegre hace tristísimo,  
matando el vivo, el libre cautivándolo.

Pues, alma, ya que sabes cuán bravísimo  
es este niño Amor, sufre y conténtate  
con verte puesta en un lugar altísimo.

Recibe los dolores, y preséntate

al daño que estuviere amenazándote;  
goza del mal y en el dolor susténtate.

Porque cuanto más fueres procurándote  
medio para salir de tu miseria,  
irás más en los lazos enredándote.

#### TAURISO

En mí halla Cupido más materia  
para su honor, que en cuantos lamentándose  
guardan ganado en una y otra Hesperia.

Siempre mis males andan aumentándose;  
de lágrimas derramo mayor copia  
que Biblis cuando en fuente iba tornándose.

Extraño me es el bien, la pena propia;  
Diana quiero ver, y en verla muérome,  
junto al tesoro estó, y muero de inopia.

Si estoy delante de ella, peno y quiérome  
morir de sobresalto y de cuidado,  
y cuando estoy ausente, desesperóme.

#### BERARDO

Murmura el bosque y ríe el verde prado  
y cantan los parleros ruseñores,  
mas yo en dos mil tristezas sepultado.

#### TAURISO

Espiran suave olor las tiernas flores,  
la hierba reverdece al campo ameno,  
mas yo viviendo en ásperos dolores.

#### BERARDO

El grave mal de mí me tiene ajeno,  
tanto, que no soy bueno  
para tener diez versos de cabeza.

#### TAURISO

Mi lengua en el cantar siempre tropieza;  
por eso, amigo, empieza  
algún cantar de aquellos escogidos,  
los cuales, estorbados con gemidos,  
con lloro entrer[r]ompidos,  
te hicieron de pastores alabado.

BERARDO

En el cantar contigo acompañado,  
iré muy descansado;  
respóndeme. Mas no sé que me cante.

TAURISO

Di la que dice: «Estrella radiante»...,  
o la de: «Oh, triste amante»...,  
o aquella: «No sé cómo se decía»...,  
que la cantaste un día  
bailando con Diana en el aldea.

BERARDO

No hay tigre ni leona que no sea  
a compasión movida  
de mi fatiga extraña y peligrosa,  
mas no la fiera hermosa,  
fiera devoradora de mi vida.

TAURISO

Fiera devoradora de mi vida,  
¿quién si no tú estuviera  
con la dureza igual a la hermosura?  
Y en tanta desventura,  
¿cómo es posible, ay, triste, que no muera?

BERARDO

¿Cómo es posible, ay, triste, que no muera?  
Dos mil veces muriendo;  
mas ¿cómo he de morir viendo a Diana?  
El alma tengo insana;  
cuanto más trato Amor, menos lo entiendo.

TAURISO

Cuanto más trato Amor, menos lo entiendo,  
que al que le sirve mata,  
y al que huyendo va de su cadena,  
con redoblada pena  
las míseras entrañas le maltrata.

BERARDO

Pastora, a quien el alto cielo ha dado  
beldad más que a las rosas coloradas,  
más linda que en Abril el verde prado  
do están las florecillas matizadas,

así prospere el cielo tu ganado,  
y tus ovejas crezcan a manadas,  
que a mí que a causa tuya gimo y muero,  
no me muestres el gesto airado y fiero.

#### TAURISO

Pastora soberana, que mirando  
los campos y florestas aserenas,  
la nieve en la blancura aventajando,  
y en la beldad las frescas azucenas,  
así tus campos vayan mejorando,  
y de ellos cojas fruto a manos llenas,  
que mires a un pastor, que en sólo verte  
piensa alcanzar muy venturosa suerte.

A este tiempo el caballero y la dama que los cantares de los pastores escuchaban, con gran cortesía atajaron su canto y les hicieron muchas gracias por el deleite y recreación que con tan suave y deleitosa música les habían dado.

Y después de esto el caballero, vuelto a la dama, le dijo:

—¿Oíste jamás, hermana, en las soberbias ciudades música que tanto contente al oído, y tanto deleite el ánimo como la de estos pastores?

—Verdaderamente —dijo ella— más me satisfacen estos rústicos y pastoriles cantos de una simple llaneza acompañados, que en los palacios de reyes y señores las delicadas voces con arte curiosa compuestas, y con nuevas invenciones y variedades requiebradas. Y cuando yo tengo por mejor esta melodía que aquélla, se puede creer que lo es, porque tengo el oído hecho a las mejores músicas que en ciudad del mundo ni corte de rey pudiesen hacerse. Que en aquel buen tiempo que Marcelio servía a nuestra hermana Alcida, cantaba algunas noches en la calle al son de una vihuela tan dulcemente que si Orpheo hacía tan apacible música, no me espanto que las fieras conmoviese, y que la cara Eurídice del averno oscurísimo sacase. ¡Ay, Marcelio! ¿dónde estás ahora? ¿Ay, dónde estás, Alcida? Ay, desdichada de mí, que siempre la Fortuna me trae a la memoria cosas de dolor, en el tiempo que me ve gozar de un simple pasatiempo.

Oyó Marcelio que con las dos pastoras tras las matas estaba las razones del caballero y la dama, y como entendió que le nombraron a él y a Alcida, se alteró. No se fió de sus mismos oídos, y estuvo imaginando si era quizá otro Marcelio y Alcida los que nombraban. Levantóse presto de donde asentado estaba y, por salir de duda, llegándose más y acechando por entre las matas, conoció que el caballero y la dama eran Polidoro y Clenarda, hermanos de Alcida. Corrió súbitamente a ellos y con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos, ahora a Polidoro, ahora a Clenarda abrazando, estuvo gran rato que el interno dolor no le dejaba hablar palabra. Los dos hermanos, espantados de esta novedad, no sabían qué les había acontecido. Y como Marcelio iba en hábito de pastor

nunca lo conocieron hasta que, dándole lugar los sollozos y habida licencia de las lágrimas, les dijo:

—¡Oh, hermanos de mi corazón, no tengo en nada mi desventura, pues he sido dichoso de veros! ¿Cómo Alcida no está en vuestra compañía? ¿Está por ventura escondida en alguna espesura de este bosque? ¡Sepa yo nuevas de ella si vosotros las sabéis, remediad, por Dios, esta mi pena y satisfaced a mi deseo!

En esto los dos hermanos conocieron a Marcelio, y abrazados con él, llorando de placer y dolor, le decían:

—¡Oh, venturoso día! ¡Oh, bien nunca pensado! ¡Oh, hermano de nuestra alma! ¿Qué desastre tan bravo ha sido causa que tú no goces de la compañía de Alcida ni nosotros de su vista? ¿Por qué con tan nuevo traje te disimulas? ¡Ay, áspera Fortuna! En fin, no hay en ningún bien cumplido contentamiento.

Por otra parte, Diana e Ismenia, visto que tan arrebatadamente Marcelio había entrado donde cantaban los pastores, fueron allá tras él, y halláronlo pasando con Polidoro y Clenarda la plática que habéis oído. Cuando Tauriso y Berardo vieron a Diana, no se puede encarecer el gozo que recibieron de tan improvisa vista. Y así, Tauriso, señalando en el gesto y palabras la alegría del corazón, le dijo:

—Grande favor es éste de la Fortuna, hermosa Diana, que la que huye siempre de nuestra compañía, por casos y sucesos nunca imaginados venga tantas veces donde nosotros estamos.

—No es causa de ello la Fortuna, señalados pastores —dijo Diana—, sino ser vosotros en el cantar y tañer tan ejercitados, que no hay lugar de recreación donde no os halléis y donde no hagáis sentir vuestras canciones. Pero, pues, aquí llegué sin saber de vosotros, y el sol toca ya la raya de mediodía, me holgaré de tener en este deleitoso lugar la siesta en vuestra compañía, que aunque me importa llegar con tiempo a la casa de Felicia, tendré por bien de detenerme aquí con vosotros por gozar de la fresca vereda y escuchar vuestra deleitosa música. Por eso, aparejaos a cantar y tañer y a toda suerte de regocijo, que no será bien que falte semejante placer en tan principal ajuntamiento. Y vosotros, generosos caballeros y dama, poned fin por ahora a vuestras lágrimas, que tiempo tenéis para contaros las vidas los unos a los otros y para doleros o alegraros de los malos o buenos sucesos de Fortuna.

A todos pareció muy bien lo dicho por Diana, y así en torno de una clara fuente sobre la menuda hierba se asentaron. Era el lugar el más apacible de aquel bosque, y aun de cuantos en el famoso Parthenio celebrado con la clara zampona del neapolitano Sincero pueden hallarse. Había en él un espacio casi que cuadrado, que tuviera como cuarenta pasos por cada parte, rodeado de muchedumbre de espesísimos árboles. Tanto que a la manera de un cercado castillo, a los que allá iban a recrearse, no se les concedía la entrada sino por sola una parte. Estaba sembrado este lugar de verdes hierbas y olorosas flores, de los pies de ganados no pisadas ni con sus dientes descomedidamente tocadas.

En medio estaba una limpia y clarísima fuente que del pie de un antiquísimo roble saliendo, en un lugar hondo y cuadrado, no con maestra mano fabricado, mas por la próspera naturaleza allí para tal efecto puesto, se recogían: haciendo allí la abundancia de las aguas un gracioso ajuntamiento que los pastores lo nombraban «la Fuente Bella». Eran las orillas de esta fuente de una piedra blanca tan igual, que no creyera nadie que con artificiosa mano no estuviese fabricada, si no desengañaran la vista las naturales piedras allí nacidas, y tan fijas en el suelo como en los ásperos montes las fragosas peñas y durísimos pedernales. El agua que de aquella abundantísima fuente sobresalía por dos estrechas canales derramándose, las hierbas vecinas y árboles cercanos regaba, dándoles continua fertilidad y vida, y sosteniéndolas en muy apacible y graciosísima verdura. Por estas lindezas que tenía esta hermosa fuente, era de los pastores y pastoras tan visitada, que nunca en ella faltaban pastoriles regocijos. Pero teníanla los pastores en tanta veneración y cuenta que, viniendo a ella, dejaban fuera sus ganados por no consentir que las claras y sabrosas aguas fuesen enturbiadas, ni el ameno pradecillo de las mal miradas ovejas hollado ni apacentado. En torno de esta fuente, como dije, todos se asentaron y, sacando de los zurrones la necesaria provisión, comieron con más sabor que los grandes señores la muchedumbre y variedad de curiosos manjares. Al fin de la cual comida, como Marcelio por una parte, y Polidoro y Clenarda por otra deseaban en extremo darse y tomarse cuenta de sus vidas, Marcelio fue primero a hablar, y dijo:

—Razón será, hermanos, que yo sepa algo de lo que os ha sucedido después que no me vistes que como os veo del padre Egerio y de la hermana Alcida desacompañados, tengo el corazón alterado por no saber la causa de ello.

—A lo cual —respondió Polidoro— porque me parece que este lugar queda muy perjudicado con que se traten en él cosas de dolor, y no es razón que estos pastores con oír nuestras desdichas queden ofendidos, te contaré con las menos palabras que será posible las muchas y muy malas obras que de la Fortuna hemos recibido. Después que por sacar al fatigado Egerio de la peligrosa nave esperando buena ocasión para saltar en el batel, de los marineros fui estorbado y juntamente con el temeroso padre a mi pesar hube de quedar en ella; estaba el triste viejo con tanta angustia como se puede esperar de un amoroso padre que al fin de su vejez vee en tal peligro su vida y la de sus amados hijos. No tenía cuenta con los golpes que las bravas ondas daban en la nave, ni con la furia con que los iracundos vientos por todas partes la combatían, sino que mirando el pequeño batel donde tú, Marcelio, con Alcida y Clenarda estabas (que a cada movimiento de las inconstantes aguas, en la mayor profundidad de ellas parecía trastornarse) cuanto más lo vía de la nave alejándose, se le desapegaba el corazón de las entrañas. Y cuando os perdió de vista, estuvo en peligro de perder la vida. La nave, siguiendo la braveza de la fortuna, fue errando por el mar por espacio de cinco días después que nos departimos, al cabo de los cuales al tiempo que el sol estaba cerca del ocaso, nos vimos cerca de tierra. Con cuya vista se regocijaron mucho los marineros, tanto por haber cobrado la perdida confianza, como por conocer la parte donde iba la nave encaminada, porque era la más deleitosa tierra y más abundante de todas maneras de placer de cuantas el sol con sus rayos escalfa. Tanto que uno de los marineros, sacando de un arca un rabel con que solía en la pesadumbre de los prolijos y peligrosos viajes deleitarse, se puso a tañer y cantar así:

*Soneto*

Recoge a los que aflige el mar airado  
¡oh, valentino, oh venturoso suelo  
donde jamás se cuaja el duro hielo,  
ni da Phebo el trabajo acostumbrado!

Dichoso el que seguro y sin recelo  
de ser en fieras ondas anegado,  
goza de la belleza de tu prado  
y del favor de tu benigno cielo.

Con más fatiga el mar sulca la nave,  
que el labrador cansado tus barbechos,  
¡oh, tierra!, antes que el mar se ensoberbezca,

recoge a los perdidos y deshechos  
para que, cuando en Turia yo me lave,  
estas malditas aguas aborrezca.

Por este cantar del marinero entendimos que la ribera que íbamos a tomar era del reino de Valencia, tierra por todas las partes del mundo celebrada. Pero en tanto que este canto se dijo, la nave, impelida de un poderoso viento, se llegó tanto a la tierra, que si el esquife no nos faltara, pudiéramos saltar en ella. Mas de lejos por unos pescadores fuimos divisados, los cuales, viendo nuestras velas perdidas, el árbol caído a la una parte, las cuerdas destrozadas y los castillos hechos pedazos, conocieron nuestra necesidad. Por lo cual algunos de ellos, metiéndose en un barco de los que para su ordinario ejercicio en la ribera tenían amarrados, se vinieron para nosotros, y con grande amor y no poco trabajo nos sacaron de la nave, a todos los que en ella veníamos. Fue tanto el gozo que recibimos, cuanto se puede y debe imaginar. A los marineros que en su barco tan amorosamente y sin ser rogados nos habían recogido, Eugerio y yo les dimos las gracias e hicimos los ofrecimientos que a tan singular beneficio se debían. Mas ellos, como hombres de su natural piadosos y de entrañas simples y benignas, no curaban de nuestros agradecimientos, antes, no queriendo recibirlos, nos dijo el uno de ellos:

—No nos agradezcáis, señores, esta obra a nosotros, sino a la obligación que tenemos a socorrer necesidades, y al buen ánimo y voluntad que nos fuerza a tales hechos. Y tened por cierto que toda hora que se nos ofreciere semejante ocasión como ésta, haremos lo mismo, aunque peligren nuestras vidas. Porque esta mañana nos sucedió un caso que a no haber hecho otro tal como ahora hicimos, nos pesara después hasta la muerte. El caso fue que al despuntar del día salimos de nuestras chozas con nuestras redes y ordinarios aparejos para entrar a pescar, y antes que llegásemos a la ribera, vimos el cielo oscurecido, sentimos el mar alterado y el viento embravecido, y dos veces nos quisimos volver del camino, desconfiados de podernos encomendar a las peligrosas ondas en tan



malicioso tiempo. Pero pareció a algunos de nosotros que era conveniente llegar a la ribera para ver en qué pararía la braveza del mar, y para esperar si tras la rigurosa fortuna sucedería, como suele, alguna súbita bonanza. Al tiempo que llegamos allá, vimos un batel lidiando con las bravas ondas, sin vela, árbol ni remos, y puesto en el peligro en que vosotros os habéis visto. Movidos a compasión, metimos en el mar uno de aquellos barcos muy bien apercebido y saltando de presto en él, sin temor de la fortuna, fuimos hacia el batel que en tal peligro estaba, y a cabo de poco rato llegamos a él. Cuando estuvimos tan cerca de él, que pudimos conocer los que en él estaban, vimos una doncella, cuyo nombre no sabré decirte, que con lágrimas en los ojos se dolía, con los brazos abiertos nos esperaba, y con palabras dolorosas nos decía: «¡Ay, hermanos, ruégoos que me libréis del peligro de la fortuna, pero más os suplico que me saquéis de poder de este traidor que conmigo viene, que contra toda razón me tiene cautiva, y a pura fuerza quiere maltratar mi honestidad!» Oído esto, con toda la posible diligencia y no sin mucho peligro, los sacamos de su batel y, metidos en nuestro barco, los llevamos a tierra. Contónos ella la traición que a ella y una hermana y cuñado suyo se le había hecho, que sería larga de contar. Tenémosla en compañía de nuestras mujeres, libre de la malicia y deshonestidad de los dos marineros que con ella venían, y a ellos los metimos en una cárcel de un lugar que está vecino, donde antes de muchos días serán debidamente castigados. Pues habiéndonos acontecido esto, ¿quién de nosotros dejará de aventurarse a semejantes peligros por recobrar los perdidos y hacer bien a los maltratados?» Cuando Eugerio oyó decir esto al marinero, le dio un salto el corazón y pensó si era esta doncella alguna de sus hijas. Lo mismo me pasó a mí por el pensamiento, pero a entrambos nos consolaba pensar que presto habíamos de saber si era verdadera nuestra presunción. En tanto que el pescador nos contó este suceso, el barco, movido con la fuerza de los remos, caminó de manera que llegamos a poder desembarcar. Saltaron aquellos pescadores con los pies descalzos en el agua, y sobre sus hombros nos sacaron a la deseada tierra. Cuando estuvimos en tierra, conociendo que teníamos necesidad de reposo, uno de ellos, que más anciano parecía, trabando a mi padre por la mano y haciendo señal a mí y a los otros que le siguiésemos, tomó el camino de su choza, que no muy lejos estaba, para darnos en ella el fresco y sosiego necesario. Siendo llegados allá, sentimos dentro cantos de mujeres, y no entráramos allá antes de oír y entender desde afuera sus canciones, si el trabajo que llevábamos nos consintiera detenernos para escucharlas. Pero Eugerio y yo no vimos la hora de entrar allá por ver quién era la doncella que, libre de la tempestad y de las manos del traidor, allí tenían. Entramos en la casa de improviso, y en vernos, luego dejaron sus cantares las turbadas mujeres; y eran ellas la mujer del pescador y dos hermosas hijas que, cantando suavemente hacían las ñudosas redes con que los descuidados peces se cautivan; y en medio de ellas estaba la doncella que luego fue conocida, porque era mi hermana Clenarda que está presente. Lo que en esta ventura sentimos y lo que ella sintió, quería que ella misma lo dijese, porque yo no me atrevo a tan gran empresa. Allí fueron las lágrimas, allí los gemidos, allí los placeres revueltos con las penas, allí los dulzores mezclados con las amarguras, y allí las obras y palabras que puede juzgar una persona de discreción. Al fin de lo cual mi padre, vuelto a las hijas del pescador, les dijo: «Hermosas doncellas, siendo verdad que yo vine aquí para descansar de mis trabajos, no es razón que mi venida estorbe vuestros regocijos y canciones, pues ellas solas serían bastantes para darme consolación.» «Ésa no te faltara, dijo el pescador, en tanto que estuvieres en mi casa, a lo menos yo procuraré de dártela por las maneras

posibles. Piensa ahora en tomar refresco, que la música no faltará a su tiempo.» Su mujer en esto nos sacó para comer algunas viandas, y mientras en ello estábamos ocupados, la una de aquellas doncellas, que se nombraba Nerea, cantó esta canción.

#### Canción de Nerea

En el campo venturoso  
donde con clara corriente  
Guadalaviar hermoso,  
dejando el suelo abundoso,  
da tributo al mar potente,

Galatea, desdeñosa  
del dolor que a Licio daña,  
iba, alegre y bulliciosa,  
por la ribera arenosa  
que el mar con sus ondas baña.

Entre la arena cogiendo  
conchas y piedras pintadas,  
muchos cantares diciendo  
con el son del ronco estruendo  
de las ondas alteradas,

junto al agua se ponía,  
y las ondas aguardaba,  
y en verlas llegar, huía,  
pero a veces no podía  
y el blanco pie se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento  
amador ninguno iguala,  
suspendió allí su tormento,  
mientras miraba el contento  
de su polida zagala.

Mas, cotejando su mal  
con el gozo que ella había,  
el fatigado zagal  
con voz amarga y mortal  
de esta manera decía:

«Ninfa hermosa, no te vea  
jugar con el mar horrendo  
y aunque más placer te sea,  
huye del mar, Galatea,

como estás de Licio huyendo.

Deja agora de jugar  
que me es dolor importuno,  
no me hagas más penar,  
que en verte cerca del mar,  
tengo celos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado  
que a mi pensamiento crea,  
porque ya está averiguado  
que, si no es tu enamorado,  
lo será cuando te vea.

Y está cierto, porque Amor  
sabe, desde que me hirió,  
que para pena mayor  
me falta un competidor  
más poderoso que yo.

Deja la seca ribera  
do está el [alga] infructuosa;  
guarda que no salga afuera  
alguna marina fiera  
enroscada y escamosa.

Huye ya y mira que siento  
por ti dolores sobrados,  
porque con doble tormento  
celos me da tu contento  
y tu peligro, cuidados.

En verte regocijada,  
celos me hacen acordar  
de Europa, ninfa preciada,  
del toro blanco engañada  
en la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado  
hace que piense contino,  
de aquel desdeñoso alnado  
orilla el mar arrastrado,  
visto aquel monstruo marino.

Mas no veo en ti temor  
de congoja y pena tanta,

que bien sé por mi dolor  
que a quien no teme al Amor,  
ningún peligro lo espanta.

Guarte, pues, de un gran cuidado,  
que el vengativo Cupido,  
viéndose menospreciado,  
lo que no hace de grado  
suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno  
y al apacible sombrío  
de olorosas flores lleno,  
do en el día más sereno  
no es enojoso el estío.

Si el agua te es placentera,  
hay allí fuente tan bella  
que, para ser la primera  
entre todas, sólo espera  
que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo,  
a guardar tu hermosa cara  
no basta sombrero o velo,  
que estando al abierto cielo  
el sol morena te para.

No escuchas dulces concetos,  
sino el espantoso estruendo  
con que los bravosos vientos  
con soberbios movimientos  
van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera,  
son las vistas más suaves,  
ver llegar a la ribera  
la destrozada madera  
de las anegadas naves.

Ven a la dulce floresta  
do natura no fue escasa,  
donde, haciendo alegre fiesta,  
la más calorosa siesta,  
con más deleite se pasa.

Huye los soberbios mares;  
ven, verás cómo cantamos  
tan deleitosos cantares  
que los más duros pesares  
suspendemos y engañamos.

Y aunque quien pasa dolores,  
Amor le fuerza a cantarlos,  
yo haré que los pastores  
no digan cantos de amores,  
porque huelgues de escucharlos.

Allí por bosches y prados  
podrás leer todas horas  
en mil robles señalados  
los nombres más celebrados  
de las ninfas y pastoras.

Mas seráte cosa triste  
ver tu nombre allí pintado,  
en saber que escrita fuiste  
por el que siempre tuviste  
de tu memoria borrado.

Y aunque mucho estás airada,  
no creo yo que te asombre  
tanto el verte allí pintada,  
como el ver que eres amada  
del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar  
fuera triste desplacer,  
mas ¿qué tormento o pesar  
te puede, ninfa, causar  
ser querida y no querer?

Mas desprecia cuanto quieras  
a tu pastor, Galatea,  
solo que en esas riberas  
cerca de las ondas fieras  
con mis ojos no te vea.

¿Qué pasatiempo mejor  
orilla el mar puede hallarse  
que escuchar el rui señor,  
coger la olorosa flor

y en clara fuente lavarse?

Pluguiera a Dios que gozaras  
de nuestro campo y ribera;  
y porque más lo preciaras,  
ojalá tú lo probaras  
antes que yo lo dijera.

Porque a cuanto alabo aquí  
de su crédito le quito,  
pues el contentarme a mí,  
bastará para que a ti  
no te venga en apetito.»

Licio mucho más le hablara,  
y tenía más que hablalle,  
si ella no se lo estorbara,  
que con desdeñosa cara  
al triste dice que calle.

Volvió a sus juegos la fiera,  
y a sus llantos el pastor,  
y de la misma manera  
ella queda en la ribera  
y él, en su mismo dolor.

El canto de la hermosa doncella y nuestra cena se acabó a un mismo tiempo, la cual fenecida, preguntamos a Clenarda de lo que le había sucedido después que nos departimos, y ella nos contó la maldad de Bartofano, la necesidad de Alcida, tu prisión y su cautividad y, en fin, todo lo que tú muy largamente sabes. Lloramos amargamente nuestras desventuras, oídas las cuales, nos dijo el pescador muchas palabras de consuelo; y especialmente nos dijo cómo en esta parte estaba la sabia Felicia, cuya sabiduría bastaba a remediar nuestra desgracia dándonos noticia de Alcida y de ti, que en esto venía a parar nuestro deseo. Y así pasando allí aquella noche lo mejor que pudimos, luego por la mañana, dejados allí los marineros que en la nave con nosotros habían venido, nos partimos solos los tres, y por nuestras jornadas llegamos al templo de Diana, donde la sapientísima Felicia tiene su morada. Vimos el maravilloso templo, los amenísimos jardines, el suntuoso palacio, conocimos la sabiduría de la prudentísima dueña y otras cosas que nos han dado tal admiración que aun ahora no tenemos aliento para contarlas. Allí vimos las hermosísimas ninfas que son ejemplo de castidad, allí muchos caballeros y damas, pastores y pastoras, y particularmente un pastor, nombrado Sireno, al cual todos tenían en mucha cuenta. A éste y a los demás la sabia había dado diversos remedios en sus amores y necesidades. Mas a nosotros en la nuestra hasta ahora el que nos ha dado es hacer quedar a nuestro padre Eugerio en su compañía, y a nosotros mandarnos venir hacia estas partes, y que no volviésemos hasta hallarnos más contentos. Y según el gozo que de tu vista recibimos, me parece que ya habrá ocasión para la vuelta, mayormente

dejando allá nuestro padre solo y desconsolado. Bien sé que buscarle su Alcida importa mucho para su descanso, pero ya que la Fortuna en tantos días no nos ha dado noticia de ella, será bien que no le hagamos a nuestro padre carecer tanto tiempo de nuestra compañía.

Después que Polidoro dio fin a sus razones, quedaron todos admirados de tan tristes desventuras, y Marcelio, después de haber llorado por Alcida, brevísimamente contó a Polidoro y Clenarda lo que, después que no los había visto, le había acontecido. Diana e Ismenia, cuando acabaron de oír [a] Polidoro, desearon llegar más presto a la casa de Felicia; la una, porque supo cierto que Sireno estaba allí, y la otra, porque, oyendo tales alabanzas de la sabia, concibió esperanza de haber de su mano algún remedio. Con este deseo que tenían, aunque fue la intención de Diana recrearse en aquel deleitoso lugar algunas horas, mudó el parecer estimando más la vista de Sireno que la lindeza y frescura del bosque. Y por esa, levantada en pie, dijo a Tauriso y Berardo:

–Goza, pastores, de la suavidad y deleite de esta amenísima vereda, porque el cuidado que tenemos de ir al templo de Diana no nos consiente detenernos aquí más. Harto nos pesa dejar un aposento tan agradable y una tan buena compañía, pero somos forzados a seguir nuestra ventura.

–¿Tan cruda serás, pastora –dijo Tauriso– que tan presto te ausentes de nuestros ojos, y tan poco rato nos dejes gozar de tus palabras?

Marcelio entonces dijo a Diana:

–Razón los acompaña a estos pastores, hermosa zagala, razón es que tan justa demanda se les conceda. Que su fe constante y amor verdadero merece que les otorgues un rato de tu conversación en este apacible lugar, mayormente habiendo bastantísimo tiempo para llegar al templo antes que el sol esconda su lumbre.

Todos fueron de este parecer, y por eso Diana no quiso más contradecirles, sino que, sentándose donde antes estaba, mostró querer complacer en todo a tan principal ajuntamiento. Ismenia entonces dijo a Berardo y Tauriso:

–Pastores, pues la hermosa Diana no os niega su vista, no es justo que vosotros nos neguéis vuestras canciones. Cantad, enamorados zagales, pues en ello mostráis tan señalada destreza y tan verdadero amor, que por lo uno sois en todas partes alabados, y con lo otro movéis a piedad los corazones.

–Todos sino el de Diana –dijo Berardo y comenzó a llorar, y Diana a sonreírse. Lo cual visto por el pastor, al son de su zampoña con lágrimas en sus ojos cantó glosando una canción que dice:

Las tristes lágrimas más  
en piedras hacen señal,  
y en vos nunca, por mi mal.

## Glosa

Vuestra rara gentileza  
no se ofende con serviros,  
pues mi mal no os da tristeza,  
ni jamás vuestra dureza  
dio lugar a mis suspiros.

No fueron con mis porfías  
vuestras entrañas mudadas,  
aunque veis noches y días  
con gran dolor derramadas  
las tristes lágrimas mías.

Fuerte es vuestra condición  
que en acabarme porfía,  
y más fuerte el corazón  
que, viviendo en tal pasión,  
no le mata la agonía.

Que si un rato afloja un mal,  
aunque sea de los mayores,  
no da pena tan mortal,  
mas los continos dolores  
en piedras hacen señal.

Amor es un sentimiento  
blando, dulce y regalado;  
vos causáis el mal que siento,  
que Amor solo da tormento  
al que vive desamado.

Y ésta es mi pena mortal,  
que el Amor después que os vi,  
como cosa natural,  
por mi bien siempre está en mí,  
y en vos nunca, por mi mal.

Contentó mucho a Diana la canción de Berardo, pero viendo que en ella hacía más duro su corazón que las piedras, quiso volver por su honra y dijo:

—Donosa cosa es, por mi vida, nombrar dura la recogida, y tratar de cruel la que guarda su honestidad. ¡Ojalá, pastor, no tuviera más tristeza mi alma que dureza mi corazón! Mas ¡ay, dolor! que la Fortuna me cautivó con tan celoso marido que fui forzada muchas veces en los montes y campos ser descortés con los pastores por no tener en mi casa



amarga vida. Y con todo esto el ñudo del matrimonio y la razón me obligan a buscar el rústico y mal acondicionado marido, aunque espere innumerables trabajos de su enojosa compañía.

A este tiempo Tauriso con la ocasión de las quejas que Diana daba de su casamiento, comenzó a tocar su zampoña y a cantar hablando con el Amor, y glosando la canción que dice:

La bella malmaridada  
de las más lindas que vi,  
si has de tomar amores,  
vida, no dejes a mí.

Glosa

Amor, cata que es locura  
padecer, que en las mujeres  
de aventajada hermosura  
pueda hacer la desventura  
más que tú, siendo quien eres.

Porque estando a tu poder  
la belleza encomendada,  
te deshonras, a mi ver,  
en sufrir que venga a ser  
la bella malmaridada.

Haces mal, pues se mostró  
beldad ser tu amiga entera,  
porque siempre al que la vio  
a causa tuya le dio  
el dolor que no le diera.

Y así mi constancia y fe  
y la pena que está en mí,  
por haber visto no fue,  
mas por ser la que miré  
de las más lindas que vi.

Amor, das a tantos muerte  
que, pues matar es tu bien,  
algún día espero verte  
que a ti mismo has de ofenderte,  
porque no tendrás a quien.

¡Oh, qué bien parecerás

herido de tus dolores!  
Cautivo tuyo serás,  
que a ti mismo tomarás,  
si has de tomar amores.

Entonces dolor doblado  
podrás dar a las personas,  
y quedarás excusado  
de haberme a mí maltratado,  
pues a ti no te perdonas.

Y si quiero reprehenderte,  
dirás, volviendo por ti,  
razón forzarte y moverte  
que a ti mismo dando muerte,  
vida, no dejes a mí.

El cantar de Tauriso pareció muy bien a todos, y en particular a Ismenia, que, aunque la canción, por hablar de malcasadas, era de Diana, la glosa de ella, por tener quejas del Amor, era común a cuantos de él estaban atormentados. Y por eso Ismenia, como aquella que daba alguna culpa a Cupido de su pena, no sólo le contentaron las quejas que de él hizo Tauriso, mas ella al mismo propósito al son de la lira dijo este soneto que le solía cantar Montano en el tiempo que por ella penaba:

### *Soneto*

Sin que ninguna cosa te levante,  
Amor, que de perderme has sido parte,  
haré que tu crueldad en toda parte  
se suene de Poniente hasta Levante.

Aunque más sople el ábrego o levante,  
mi nave de aquel golfo no se parte,  
do tu poder furioso la abre y parte,  
sin que en ella un suspiro se levante.

Si vuelvo el rostro estando en la tormenta,  
tu furia allí enflaquece mi deseo,  
y tu fuerza mis fuerzas cansa y corta.

Jamás al puerto iré ni lo deseo;  
y ha tanto que esta pena me tormenta,  
que un mal tan largo hará mi vida corta.

No tardó mucho Marcelio a responderle con otro soneto hecho al mismo propósito y de la misma suerte, salvo que las quejas que daba eran no sólo del Amor, pero de la Fortuna y de sí mismo:

### *Soneto*

Voy tras la muerte sorda paso a paso  
siguiéndola por campo, valle y sierra,  
y al bien así el camino se me cierra,  
que no hay por donde guíe un solo paso.

Pensando el mal que de contino paso,  
una navaja aguda y cruda sierra  
de modo el corazón me parte y sierra,  
que de la vida dudo en este paso.

La diosa cuyo ser contino rueda,  
y Amor, que ora consuela, ora fatiga,  
son contra mí, y aun yo mismo me daño.

Fortuna en no mudar su varia rueda,  
y Amor y yo, creciendo mi fatiga,  
sin darme tiempo a lamentar mi daño.

El deseo que tenía Diana de ir a la casa de Felicia no le sufría detenerse allí más, ni esperar otros cantares, sino que acabando Marcelio su canción se levantó. Lo mismo hicieron Ismenia, Clenarda y Marcelio, conociendo ser aquélla la voluntad de Diana, aunque sabían que la casa de Felicia estaba muy cerca y había sobrado tiempo para llegar a ella antes de la noche. Despedidos de Tauriso y Berardo, salieron de la Fuente Bella por la misma parte por donde habían entrado y, caminando por el bosque su paso a paso gozando de las gentilezas y deleites que en él había, a cabo de rato salieron de él y comenzaron a andar por un ancho y espacioso llano, alegre para la vista. Pensaron entonces con qué darían regocijo a sus ánimos, en tanto que duraba aquel camino, y cada uno dijo sobre ello su parecer. Pero Marcelio, como estaba siempre con la imagen de su Alcida en el pensamiento, de ninguna cosa más holgaba que de mirar los gestos y escuchar las palabras de Polidoro y Clenarda. Y así, por gozar a su placer de este contento, dijo:

—No creo yo, pastores, que todos vuestros regocijos igualen con el que podéis haber, si Clenarda os cuenta alguna cosa de las que en los campos y riberas de Guadalaviar ha visto. Yo pasé por allí andando en mi peregrinación, pero no pude a mi voluntad gozar de aquellos deleites por no tenerle yo en mi corazón. Pero pues para llegar adonde imos tenemos de tiempo largas dos horas, y el camino es de media, podremos ir a espacio, y ella nos dirá algo de lo mucho que de aquella amenísima tierra se puede contar.

Diana e Ismenia a esto mostraron alegres gestos señalando tener contento de oírlo, y aunque Diana moría por llegar temprano al templo, por no mostrar en ello sobrada pasión, hubo de acomodarse a la voluntad de todos. Clenarda entonces, rogada por Marcelio, prosiguiendo su camino, de esta manera comenzó a hablar:

—Aunque decir yo con mal orden y rústicas palabras las extrañezas y beldades de la valentina tierra, será agraviar su merecimiento y ofender vuestros oídos, quiero deciros algo de ella por no perjudicar a vuestras voluntades. No contaré particularmente la fertilidad del abundoso suelo, la amenidad de la siempre florida campaña, la belleza de los encumbrados montes, los sombríos de las verdes silvas, la suavidad de las claras fuentes, la melodía de las cantadoras aves, la frescura de los suaves vientos, la riqueza de los provechosos ganados, la hermosura de los poblados lugares, la blandura de las amigables gentes, la extrañeza de los suntuosos templos ni otras muchas cosas con que es aquella tierra celebrada, pues para ello es menester más largo tiempo y más esforzado aliento. Pero porque de la cosa más importante de aquella tierra seáis informados, os contaré lo que al famoso Turia, río principal en aquellos campos, le oí cantar. Venimos un día Polidoro y yo a su ribera para preguntar a los pastores de ella el camino del templo de Diana y casa de Felicia, porque ellos son los que en aquella tierra lo saben, y llegando a una cabaña de vaqueros, los hallamos que deleitosamente cantaban. Preguntámosles lo que deseábamos saber y ellos con mucho amor nos informaron largamente de todo y después nos dijeron que, pues a tan buena sazón habíamos llegado, no dejásemos de gozar de un suavísimo canto que el famoso Turia había de hacer no muy lejos de allí, antes de media hora. Contentos fuimos de ser presentes a tan deleitoso regocijo, y nos aguardamos para ir con ellos. Pasado un rato en su compañía, partimos caminando riberas del río arriba, hasta que llegamos a una espaciosa campaña donde vimos un grande ajuntamiento de ninfas, pastores y pastoras, que todos aguardaban que el famoso Turia comenzase su canto. No mucho después vimos al viejo Turia salir de una profundísima cueva, en su mano una urna o vaso muy grande y bien labrado, su cabeza coronada con hojas de roble y de laurel, los brazos vellosos, la barba limosa y encanecida. Y sentándose en el suelo, reclinado sobre la urna y derramando de ella abundancia de clarísimas aguas, levantando la ronca y congojada voz cantó de esta manera:

### *Canto de Turia*

Regad el venturoso y fértil suelo,  
corrientes aguas, puras y abundosas,  
dad a las hierbas y árboles consuelo,  
y frescas sostened flores y rosas;  
y así con el favor del alto cielo,  
tendré yo mis riberas tan hermosas,  
que grande envidia habrán de mi corona  
el Pado, el Mincio, el Ródano y Garona.

Mientras andáis el curso apresurando,  
torciendo acá y allá vuestro camino,

el valentino suelo hermosteando,  
con el licor sabroso y cristalino,  
mi flaco aliento y débil esforzando,  
quiero con el espíritu adivino,  
cantar la alegre y próspera ventura  
que el cielo a vuestros campos asegura.

Oidme, claras ninfas y pastores,  
que sois hasta la Arcadia celebrados:  
no cantaré las coloradas flores,  
la deleitosa fuente y verdes prados,  
bosques sombríos, dulces ruseñores,  
valles amenos, montes encumbrados,  
mas los varones célebres y extraños  
que aquí serán después de largos años.

De aquí los dos pastores estoy viendo,  
Calixto y Alexandre, cuya fama  
la de los grandes Césares venciendo,  
desde el Atlante al Mauro se derrama;  
a cuya vida el cielo respondiendo,  
con una suerte altísima los llama  
para guardar del Báratro profundo  
cuanto ganado paze en todo el mundo.

De cuya ilustre cepa veo nacido  
aquel varón de pecho adamantino,  
por valerosas armas conocido,  
César romano y Duque valentino,  
valiente corazón, nunca vencido,  
al cual le aguarda un hado tan malino  
que aquel raro valor y ánimo fuerte  
tendrá fin con sangrienta y cruda muerte.

La misma ha de acabar en un momento  
al Hugo, resplandor de los Moncadas,  
dejando ya con fuerte atrevimiento  
las mauritanas gentes sujetadas,  
ha de morir por Carlos muy contento,  
después de haber vencido mil jornadas,  
y pelear con poderosa mano  
contra el francés y bárbaro africano.

Mas no miréis la gente embravecida  
con el furor del iracundo Marte;  
mirad la luz que aquí veréis nacida,

luz de saber, prudencia, ingenio y arte,  
tanto en el mundo todo esclarecida  
que ilustrará la más oscura parte:  
Vives, que vivirá mientras al suelo  
lumbre ha de dar el gran señor de Delo.

Cuyo saber altísimo heredando,  
el Honorato Juan subirá tanto  
que, a un alto Rey las letras enseñando,  
dará a las sacras musas grande espanto;  
páreceme que ya le está adornando  
el obispa! cayado y sacro manto.  
¡Ojalá un mayoral tan excelente  
sus greyes en mis campos apaciente!

Cuasi en el mismo tiempo ha de mostrarse  
Núñez, que en la doctrina en tiernos años  
al grande Stagirita ha de igualarse  
y ha de ser luz de patrios y de extraños.  
No sentiréis Demóstenes loarse,  
orando él. Mas ¡ay, ciegos engaños,  
ay, patria ingrata, a causa tuya siento  
que orillas de Ebro ha de mudar su asiento!

¿Quién os dirá la excelsa melodía,  
con que las dulces voces levantando,  
resonarán por la ribera mía  
poetas mil? Ya estoy de aquí mirando  
que Apolo sus favores les envía,  
porque, con alto espíritu cantando,  
hagan que el nombre de este fértil suelo  
del uno al otro polo extienda el vuelo.

Ya veo al gran varón que celebrado  
será con clara fama en toda parte,  
que en verso al rojo Apolo está igualado,  
y en armas está a par del fiero Marte:  
Ausias March, que a ti, florido prado,  
Amor, Virtud y Muerte ha de cantarte,  
llevando por honrosa y justa empresa  
dar fama a la honestísima Teresa.

Bien mostrará ser hijo del famoso  
y grande Pedro March que en paz y en guerra,  
docto en el verso, en armas poderoso,  
dilatará la fama de su tierra;

cuyo linaje ilustre y valeroso,  
donde valor clarísimo se encierra,  
dará un Jaime y Arnau, grandes poetas  
a quien son favorables los planetas.

Jorge del Rey con verso aventajado  
ha de dar honra a toda mi ribera,  
y, siendo por mis ninfas coronado,  
resonará su nombre por do quiera;  
el revolver del cielo apresurado  
propicio le será de tal manera  
que Italia de su verso terná espanto,  
y ha de morir de envidia de su canto.

Ya veo, Franci Oliver, que el cielo hieres  
con voz que hasta las nubes te levanta,  
y a ti también, clarísimo Figueres,  
en cuyo verso habrá lindeza tanta;  
y a ti, Martín García, que no mueres  
por más que tu hilo Lachesis quebranta.  
Innocent de Cubells también te veo,  
que en versos satisfaces mi deseo.

Aquí tendréis un gran varón, pastores,  
que con virtud de hierbas escondidas  
presto remediará v[uestros] dolores  
y enmendará con versos vuestras vidas;  
pues, ninfas, esparcid hierbas y flores,  
al grande Jaime Roig agradecidas,  
coronad con laurel, serpilló y apio,  
el gran siervo de Apolo y de Esculapio.

Y al gran Narcís Viñoles que pregona  
su gran valor con levantada rima,  
tejed de verde lauro una corona  
haciendo al mundo pública su estima.  
Tejed otra a la altísima persona,  
que el verso subirá a la excelsa cima,  
y ha de igualar al amador de Laura:  
Crespí celebratísimo Valldaura.

Paréceme que veo un excelente  
Conde que el claro nombre de su Oliva  
hará que entre la extraña y patria gente,  
mientras que mundo habrá, florezca y viva;  
su hermoso verso irá resplandeciente

con la perfecta lumbre que deriva  
del encendido ardor de sus centellas  
que en luz competirán con las estrellas.

Ninfas, haced del resto cuando el cielo  
con Juan Fernández os hará dichosas,  
lugar no quede en todo aqueste suelo,  
do no sembréis los lirios y las rosas;  
y tú, ligera Fama, alarga el vuelo,  
emplea aquí tus fuerzas poderosas  
y dale aquel renombre soberano  
que diste al celebrado mantuano.

Mirando estoy aquel poeta raro  
Jaime Gazull que en rima valentina  
muestra el valor del vivo ingenio y claro  
que a las más altas nubes se avecina;  
y el Fenollar que a Títiro acomparo,  
mi consagrado espíritu adivina, que,  
resonando aquí su dulce verso,  
se escuchará por todo el universo.

Con abundosos cantos del Pineda  
resonarán también estas riberas,  
con cuyos versos Pan vencido queda,  
y amansan su rigor las tigres fieras;  
hará que su famoso nombre pueda  
subir a las altísimas esferas:  
por este mayor honra haber espero,  
que la soberbia Smirna por Homero.

La suavidad, la gracia y el asiento  
mirad, con que el gravísimo Vincente  
Ferrandis mostrará el supremo aliento,  
siendo en sus claros tiempos excelente;  
pondrá freno a su furia el bravo viento,  
y detendrán mis aguas su corriente  
oyendo el son armónico y suave,  
de su gracioso verso, excelso y grave.

El cielo y la razón no han consentido  
que hable con mi estilo humilde y llano,  
del escuadrón intacto y elegido  
para tener oficio sobrehumano:  
Ferrán, Sans, Valdellós, y el escogido  
Cordero, y Blasco, ingenio soberano,



Gacet, lumbres más claras que la aurora,  
de quien mi canto calla por agora.

Cuando en el grande Borja, de Montesa  
Maestre, tan magnánimo imagino,  
que en versos y en cualquier excelsa  
empresa ha de mostrar valor alto y divino;  
páreceme que más importa y pesa  
mi buena suerte y próspero destino,  
que cuanta fama el Tíber ha tenido,  
por ser allí el gran Rómulo nacido.

A ti, del mismo padre y mismo nombre  
y misma sangre altísima engendrado  
clarísimo don Juan, cuyo renombre  
será en Parnaso y Pindo celebrado;  
pues ánimo no habrá que no se asombre  
de ver tu verso al cielo levantado;  
las Musas de su mano en Helicon  
te están aparejando la corona.

Con sus héroes el gran pueblo romano  
no estuvo tan soberbio y poderoso,  
cuanto ha de estar mi fértil suelo ufano  
cuando el magno Aguilón me hará dichoso;  
que en guerra y paz consejo soberano,  
verso sutil y esfuerzo valeroso,  
lo han de encumbrar en el supremo estado,  
donde Marón ni Fabio no han llegado.

Al Serafín Centellas voy mirando,  
que el canto altivo y militar destreza  
a la región etérea sublimando,  
al verso añadirá la fortaleza,  
y en un extremo tal se irá mostrando  
su habilidad, su esfuerzo y su nobleza,  
que ya comienza en mí el dulce contento  
de su valor y gran merecimiento.

A don Luis Milán recelo y temo  
que no podré alabar como deseo,  
que en música estará en tan alto extremo,  
que el mundo le dirá segundo Orfeo;  
tendrá estado famoso y tan supremo  
en las heroicas rimas, que no creo  
que han de poder nombrársele delante

Cino Pistoya y Guido Cavalcante.

A ti, que alcanzarás tan larga parte  
del agua poderosa de Pegaso,  
a quien de poesía el estandarte  
darán las moradoras de Parnaso,  
noble Falcón, no quiero aquí alabarte,  
porque de ti la fama hará tal caso  
que ha de tener particular cuidado  
que desde el Indo al Mauro estés nombrado.

Samper, loando el ínclito imperante  
Carlos, gran rey, tan grave canto mueve  
que, aunque la fama al cielo lo levante,  
será poco a lo mucho que le debe;  
veréis que ha de pasar tan adelante  
con el favor de las hermanas nueve,  
que hará con famosísimo renombre  
que Hesíodo en sus tiempos no se nombre.

Al que romanas leyes declarando  
y delicados versos componiendo,  
irá al sabio Licurgo aventajando,  
y al veronés poeta antecediendo,  
ya desde aquí le estoy pronosticando  
gran fama en todo el mundo, porque entiendo  
que, cuando de Oliver se hará memoria,  
ha de callar antigua y nueva historia.

Ninfas, vuestra ventura conociendo,  
haced de interno gozo mil señales,  
que casi ya mi espíritu está viendo  
que aquí están dos varones principales:  
el uno, militar, y el otro, haciendo  
cobrar salud a míseros mortales,  
Ciurana y el Ardevol, que levantan  
al cielo el verso altísimo que cantan.

¿Queréis ver un juicio agudo y cierto  
un general saber, un grave tiento;  
queréis mirar un ánimo despierto,  
un sosegado y claro entendimiento;  
queréis ver un poético concierto  
que en fieras mueve blando sentimiento?  
Felipe Catalán mirad, que tiene  
posesión de la fuente de Hipocrene.

Veréis aquí un ingenio levantado  
que gran fama ha de dar al campo nuestro,  
de soberano espíritu dotado,  
y en toda habilidad experto y diestro:  
el Pellicer, doctísimo letrado,  
y en los poemas único maestro,  
en quien han de tener grado excesivo  
grave saber y entendimiento vivo.

Mirad aquel en quien pondrá su asiento  
la rara y general sabiduría;  
con éste, Orphea muestra estar contento,  
y Apolo influjo altísimo le envía;  
dale Minerva grave entendimiento,  
Marte nobleza, esfuerzo y gallardía:  
hablo del Romaní que ornado viene  
de todo lo mejor que el mundo tiene.

Dos soles nacerán en mis riberas  
mostrando tanta luz como el del cielo;  
habrá en un año muchas primaveras,  
dando atavío hermoso al fértil suelo;  
no se verán mis sotos y praderas  
cubiertas de intratable y duro hielo,  
oyéndose en mi selva o mi vereda  
los versos de Vadillo y de Pineda.

Los metros de Artieda y de Clemente  
tales serán en años juveniles  
que los de quien presume de excelente  
vendrán a parecer bajos y viles.  
Ambos tendrán entre la sabia gente  
ingenios sosegados y sutiles,  
y prometernos han sus tiernas flores  
frutos entre los buenos los mejores.

La fuente que a Parnaso hace famoso  
será a Juan Pérez tanto favorable  
que de la Tana al Gange caudaloso  
por siglos mil tendrá nombre admirable;  
ha de enfrenarse el viento presuroso  
y detenerse ha la agua deleznable,  
mostrando allí maravilloso espanto  
la vez que escucharán su grave canto.

Aquel a quien de drecho le es debido  
por su destreza un nombre señalado,  
de mis sagradas ninfas conocido,  
de todos mis pastores alabado,  
hará un metro sublime y escogido,  
entre los más perfectos estimado;  
éste será Almudévar, cuyo vuelo  
ha de llegar hasta el supremo cielo.

En lengua patria hará clara la historia  
de Nápoles el célebre Espinosa,  
después de eternizada la memoria  
de los Centellas, casa generosa,  
con tan excelso estilo que la gloria  
que le dará la fama poderosa,  
hará que este poeta sin segundo  
se ha de nombrar allá en el nuevo mundo.

Recibo un regalado sentimiento  
en l'alma de alegría enternecida,  
tan solo imaginando el gran contento  
que me ha de dar el sabio Bonavida;  
tan gran saber, tan grave entendimiento  
tendrá la gente atónita y vencida,  
y el verso, tan sentido y elegante,  
se oirá desde Poniente hasta Levante.

Tendréis un don Alonso que el renombre  
de ilustres Rebolledos dilatando  
en todo el universo irá su nombre  
sobre Marón famoso levantando;  
mostrará no tener ingenio de hombre,  
antes con verso altísimo cantando,  
parecerá del cielo haber robado  
l'arte sutil y espíritu elevado.

Por fin de este apacible y dulce canto  
y extremo fin de general destreza,  
os doy aquel con quien extraño espanto  
al mundo ha de causar naturaleza;  
nunca podrá alabarse un valor tanto,  
tan rara habilidad, gracia, nobleza,  
bondad, disposición, sabiduría,  
fe, discreción, modestia y valentía.

Éste es Aldana, el único monarca,

que en cuanto el ancho mar ciñe y abarca;  
con gran razón los hombres señalados  
en gran duda pondrán si él es Petrarca,  
o si Petrarca es él, maravillados  
de ver que, donde reina el fiero Marte,  
tenga el facundo Apolo tanta parte.

Tras éste no hay persona a quien yo pueda  
con mis versos dar honra esclarecida,  
que, estando junto a Febo, luego queda  
la más lumbrosa estrella oscurecida;  
y allende de esto el corto tiempo veda  
a todos dar la gloria merecida.  
Adiós, adiós, que todo lo restante  
os lo diré la otra vez que cante.

Éste fue el canto del río Turia, al cual estuvieron muy atentos los pastores y ninfas, así por su dulzura y suavidad como por los señalados hombres que en él a la tierra de Valencia se prometían. Muchas otras cosas os podría contar que en aquellos dichos campos he visto, pero la pesadumbre que de mi prolijidad habéis recibido, no me da lugar a ello.

Quedaron Marcelio y las pastoras con gran maravilla de lo que Clenarda les había contado, pero cuando llegó a la fin de su razón, vieron que estaban muy cerca del templo de Diana y comenzaron a descubrir sus altos chapiteles que por encima de los árboles sobrepujaban. Mas antes que al gran palacio llegasen, vieron por aquel llano cogiendo flores una hermosa ninfa, cuyo nombre y lo que de su vista sucedió, sabréis en el libro que se sigue.

FIN del libro tercero

## LIBRO CUARTO

Grandes son las quejas que los hombres dan ordinariamente de la Fortuna, pero no serían tantas ni tan ásperas, si se tuviese cuenta con los bienes que muchas veces nos vienen de sus mudanzas. El que estando en ruín estado huelga que la Fortuna se mude, no tiene mucha razón de increparla y afrentarla con el nombre de mudable, cuando algún contrario suceso le acontece. Mas pues ella en el bien y en el mal tiene por tan natural la inconstancia, lo que toca al hombre prudente es no vivir confiado en la posesión de los bienes ni desesperado en el sufrimiento de los males, antes vivir con tanta prudencia que se pasen los deleites como cosa que no ha de durar, y los tormentos como cosa que puede ser fenecida.

De semejantes hombres tiene Dios particular cuidado, como del triste y congojado Marcelio, librándolo de su necesidad por medio de la sapientísima Felicia, la cual, como con su espíritu adivinase que Marcelio, Diana y los otros venían a su casa, hizo de manera que aquella hermosa ninfa saliese en aquel llano para que les diese ciertas nuevas y sucediesen cosas que con su extraña sabiduría vio que mucho convenían. Pues como Marcelio y los demás llegasen donde la ninfa estaba, saludáronla con mucha cortesía, y ella les respondió con la misma. Preguntóles para dónde caminaban, y dijéronle que para el templo de Diana. Entonces Arethea, que éste era el nombre de la ninfa, les dijo:

–Según en vuestra manera mostráis tener mucho valor, no podrá dejar Felicia, cuya ninfa soy, de holgar con vuestra compañía. Y pues ya el sol está cercano del ocaso, volveré con vosotros allá donde seréis recibidos con la fiesta posible.

Ellos le agradecieron mucho las amorosas ofertas, y juntamente con ella caminaron hacia el templo. Grande esperanza recibieron de las palabras de esta ninfa, y aunque Polidoro y Clenarda habían estado en casa de Felicia, no la conocían ni se acordaban haberla visto. Esto era por la muchedumbre de ninfas que tenía la sabia, las cuales, obedeciendo su mandado, entendían en diversos hechos en diferentes partes. Por eso le preguntaron su nombre, y ella dijo que se llamaba Arethea. Diana le preguntó qué había de nuevo en aquellas partes, y ella respondió:

–Lo que más nuevo hay por acá es que habrá dos horas que llegó a la casa de Felicia una dama en hábito de pastora, que vista por un hombre anciano que allí hay, fue conocida por su hija; y como había mucho tiempo que andaba perdida por el mundo, fue tanto el gozo que recibió, que ha redundado en cuantos están en aquella casa. El nombre del viejo, si bien me acuerdo, es Eugerio, y el de la hija, Alcida. Marcelio, oyendo esto, quedó tal como un discreto puede presumir, y dijo:

–¡Oh, venturosos trabajos los que alcanzan fin con tan próspera ventura! ¡Ay, ay...!

Y queriendo pasar adelante se le añudó el corazón y se le trabó la lengua cayendo en el suelo desmayado. Diana, Ismenia y Clenarda sentándose cabe él lo esforzaron y le dijeron palabras para darle ánimo. Y así tornando luego en sí, se levantó. No se holgaron poco Polidoro y Clenarda con semejante nueva viendo que sus desventuras con la venida de su hermana Alcida habían de acabarse, y Diana e Ismenia también recibieron grande alegría, así por la que sus compañeros tenían, como por la que ellas esperaban de mano de la que sabía hacer tales maravillas. Diana, por saber algo de Sireno, a la ninfa preguntó así:

–Ninfa hermosa, gran confianza me distes de contento con decirme el que hay en el palacio de Felicia por la venida de Alcida, pero más cumplido lo recibiré si me contáis los pastores más señalados que en ella están.

Respondió entonces Arethea:

—Muchos pastores hallaréis allí de singular merecimiento, pero los que ahora se me acuerdan son Silvano y Selvagia, Arsileo y Belisa, y un pastor, el más principal de todos, llamado Sireno, de cuyas habilidades hace Felicia mucho caso; mas tiene un ánimo tan enemigo de Amor, que a cuantos están allí tiene maravillados. De la misma condición es Alcida, tanto que después que ella ha llegado los dos no se han partido, tratando del olvido y platicando cosas de desamor. Y así tengo por muy cierto que Felicia los hizo venir a su casa para casarlos, pues son entrambos de un mismo parecer y están sus ánimos en las condiciones tan avenidos. Que aunque él es pastor y ella dama, puede Felicia añadirle a él más valor del que tiene dándole muchísima riqueza y sabiduría, que es la verdadera nobleza.

Y prosiguiendo su razón, Arethea, vuelta a Marcelio, dijo:

—Por eso tú, pastor, pues ves tu bien en peligro de venir a manos ajenas, no te detengas un punto, que si llegas a tiempo, podrás hurtarle la ventura a Sireno.

Diana, después de haber oído estas palabras, sintió bravísima pena, y la señalara con voces y lágrimas, si la vergüenza y honestidad no se lo impidieran. El mismo dolor y por la misma causa sintió Marcelio, y quedó de él tan atormentado, que pensó morirle haciendo grandísimos extremos. De manera que un mismo cuchillo travesó los corazones de Marcelio y Diana, y un mismo recelo les fatigó las almas: Marcelio temía el casamiento de Alcida con Sireno, y Diana el de Sireno con Alcida. La hermosa ninfa bien conocía a Marcelio y Diana y todos los demás, pero por orden sapientísimo que Felicia [e] había dado, había disimulado con ellos, y había dicho una verdad para darle a Marcelio una no pensada alegría, y una mentira, para más avivar su deseo y el de Diana; y para que con esta amargura después les fuesen más dulces los placeres que allí habían de recibir.

Llegados ya a una plaza ancha y hermosísima que está delante la puerta de aquel palacio, vieron salir por ella una venerable dueña, con una saya de terciopelo negro, tocada con unos largos y blancos velos, acompañada de tres hermosísimas ninfas, representando una honestísima Sibila. Ésta era la sabia Felicia, y las ninfas eran Dórida, Cinthia y Polidora. Llegando Arethea delante su señora, avisada primero su compañía como aquella era Felicia, se le arrodilló a los pies y le besó las manos, y lo mismo hicieron todos. Mostró Felicia tener gran contento de su venida, y con gesto muy alegre les dijo:

—Preciados caballeros, dama y pastoras señaladas, aunque es muy grande el placer que tengo de vuestra llegada, no será menor el que recibiréis de mi vista. Mas porque venís algo fatigados, id a tomar descanso y olvidad vuestro tormento, pues lo primero no podrá faltaros en mi casa, y lo segundo con mi poderoso saber será presto remediado.

Mostraron todos allí muchas señales y palabras de agradecimiento, y al fin de ellas se despidieron de Felicia. Hizo la sabia que Polidoro y Clenarda quedasen allí diciendo tener que hablar con ellos; y los demás, guiados por Arethea, se fueron a un aposento del rico palacio donde fueron aquella noche festejados y proveídos de lo que convenía para su descanso.

Era esta casa tan suntuosa y magnífica, tenía tanta riqueza, era poblada de tantos jardines, que no hay cosa que de gran parte se le pueda comparar. Mas no quiero detenerme en contar particularmente su hermosura y riqueza, pues largamente fue contada en la primera parte. Sólo quiero decir que Marcelio, Diana e Ismenia fueron aposentados en dos piezas del palacio entapizadas con paños de oro y seda ricamente labrados, cosa no acostumbrada para las simples pastoras. Fueron allí proveídos de una abundante y delicada cena, servidos con vasos de oro y de cristal; y al tiempo del dormir se acostaron en tales camas que, aunque los cuerpos de sus penas y cansancios venían fatigados, la blandura y limpieza de ellas y la esperanza que Felicia les había dado, les convidó a dulce y reposado sueño.

Por otra parte, Felicia, en compañía de sus tres ninfas y de Polidoro y Clenarda, y avisándoles que no dijese nada de la venida de Marcelio, Diana e Ismenia, fue a un amenísimo jardín, donde vieron que en un corredor Eugerio con su hija Alcida estaba paseando. Don Felis y Felismena, Sireno, Silvano y Selvagia, Arsileo y Belisa y otro pastor estaban más apartados, sentados en torno de una fuente. Estaba aún Alcida con los mismos vestidos de pastora con que aquel día había llegado, pero luego por sus hermanos fue conocida. La alegría que todos tres hermanos recibieron de verse juntos, y la que el padre tuvo de ver a sí y a ellos con tanto contento, el gozo con que se abrazaron, las lágrimas que vertieron, las razones que pasaron y las preguntas que se hicieron no se pueden con palabras declarar. Grandes fiestas hizo Alcida a los hermanos, pero muchas más a Polidoro que a Clenarda, por la presunción que tenía que con Marcelio se había ido dejándola en la desierta isla, como habéis oído. Pero queriendo Felicia aclarar estos errores y dar fin a tantas desdichas, habló así:

—Hermosa Alcida, por más que la Fortuna con desventuras muy grandes se ha mostrado tu enemiga, no negarás que con el contento que ahora tienes, de todas sus injurias no estés cumplidamente vengada. Y porque el engaño que hasta ahora tuviste aborreciendo sin razón a tu Marcelio, si vives más en él, es bastante para alterar tu corazón y darle mucho desabrimiento, será menester que de tu error y sospecha quedes desengañada. Lo que de Marcelio presumes es al revés de lo que piensas: porque dejarte allí en la isla no fue culpa suya, sino de un traidor y de la Fortuna, la cual, por satisfacer el daño que te hizo, te ha encaminado a mí, en cuya boca no hallarás cosa ajena de verdad. Todo lo que acerca de esto pasa, tu hermana Clenarda largamente lo dirá; oye su razón y da crédito a sus palabras, que por mi fe te juro que cuantas cosas sobre ello te contará serán certísimas y verdaderas.

Comenzó entonces Clenarda a contar el caso como había pasado, disculpando a Marcelio y a sí, recitando largamente la grande traición y maldad de Bartofano, y todo lo demás que está contado. Oído lo cual, Alcida quedó muy satisfecha y, junto con el engaño, salió de su corazón el aborrecimiento. Y tanto por estar fuera del error pasado como por la obra que las poderosas palabras de Felicia hacían en su alma, comenzó a despertarse en ella el adormido amor y a avivarse el sepultado fuego; y como tal le dijo a Felicia:



–Sabia señora, bien conozco el yerro mío y la merced que me hiciste en librarme de él, pero si yo desengañada amo a Marcelio, estando él ausente como está, no tendré el cumplimiento de alegría que de tu mano espero, antes recibiré tan extremada pena que para el remedio de ella será menester que me hagas nuevos favores.

Respondió a esto Felicia:

–Buena señal es de Amor tener miedo de la ausencia, pero ésta no te dañará mucho, pues yo tomé a cargo tu salud. El sol ya sus rayos ha escondido y es hora de recogerse; vete con tu padre y hermanos a reposar que mañana hablaremos en lo demás.

Dicho esto se salió del jardín, y lo mismo hicieron Eugerio y sus hijas, yendo a los aposentos del palacio que Felicia les tenía señalados, que estaban apartados de los de Marcelio y sus compañeras. Quedaron un rato don Felis y Felismena, los otros pastores y pastoras en torno de la fuente, pero luego se fueron a cenar dejando concertado de volver allí el día siguiente, una hora antes del día, para gozar de la frescura de la mañana.

Pues como la esperanza del placer les hiciese pasar la noche con cuidado, todos madrugaron tanto que antes de la hora concertada acudieron con sus instrumentos a la fuente. Eugerio con el hijo e hijas, avisado de la música, madrugó y fue también allá. Comenzaron a tañer, cantar y mover grandes juegos y bullicios a la lumbre de la luna que con lleno y resplandeciente gesto los alumbraba como si fuera día. Marcelio, Diana e Ismenia dormían en dos aposentos el uno al lado del otro, cuyas ventanas daban en el jardín. Y aunque por ellas no podían ver la fuente a causa de unos espesos y altos álamos que lo estorbaban, pero podían oír lo que en torno de ella se hablaba. Pues como al bullicio, regocijo y cantares de los pastores Ismenia recordase, despertó a Diana; y luego Diana, dando golpes en la pared que los dos aposentos dividía, despertó a Marcelio, y todos se asomaron a las ventanas, donde estuvieron sin ser vistos ni conocidos. Marcelio se paró a escuchar si por ventura sentiría la voz de Alcida. Diana estaba muy atenta por oír la de Sireno. Sola Ismenia no tenía confianza de oír a Montano, pues no sabía que allí estuviese. Pero ella tuvo más ventura porque a la sazón un pastor, al son de su zampoña, cantaba de este modo:

Sextina

La hermosa, rubicunda y fresca Aurora  
ha de venir tras la importuna noche;  
sucede a la tiniebla el claro día;  
las ninfas salirán al verde prado,  
y el aire sonará del suave canto  
y dulce son de cantadoras aves.

Yo soy menos dichoso que las aves,  
que saludando están l'alegre Aurora  
mostrando allí regocijado canto,

que al alba triste estoy como a la noche,  
o esté desierto o muy florido el prado,  
o esté ñubloso o muy sereno el día.

En hora desdichada y triste día  
tan muerto fui que no podrán las aves  
que en la mañana alegran monte y prado,  
ni el rutilante gesto de la Aurora  
de mi alma desterrar la oscura noche,  
ni de mi pecho el lamentable canto.

Mi voz no mudará su triste canto,  
ni para mí jamás será de día,  
antes me perderé en perpetua noche,  
aunque más canten las parleras aves,  
y más madrugue la purpúrea Aurora  
para alumbrar y hacer fecundo el prado.

¡Ay, enfadosa huerta! ¡Ay, triste prado!  
Pues la que oír no puede este mi canto,  
y con rara beldad vence la Aurora,  
no alumbra con su gesto vuestro día;  
no me canséis, ¡ay, importunas aves!,  
porque sin ella vuestra Aurora es noche.

En la quieta y sosegada noche,  
cuando en poblado, monte, valle y prado  
reposan los mortales y las aves,  
esfuerzo más el congojoso canto,  
haciendo lloro igual la noche y día,  
en la tarde, en la siesta y en la aurora.

Sola una Aurora ha de vencer mi Noche,  
y si algún Día ilustrara este Prado,  
darme ha contento el Canto de las Aves.

Luego Ismenia, que por la ventana estuvo escuchando, conoció que el que cantaba era su esposo Montano y recibió tanto gozo de oírlo, como dolor en sentir lo que cantaba. Porque presumió que la pena de que en su canción decía estar atormentado era por otra y no por ella. Pero luego quedó desengañada, porque oyó que, en acabando de cantar, Montano dio un suspiro y dijo:

—¡Ay, fatigado corazón, cuán mal te fue en dar crédito a tu sospecha, y cuán justamente padeces los males que tu misma liviandad te ha procurado! ¡Ay, mi querida Ismenia, cuánto mejor fuera para mí que tu sobrado amor no te forzara a buscarme por el mundo para que, cuando yo, conocido mi error, a la aldea volviera, en ella te hallara! ¡Ay,

engañoso Silveria, cuán mala obra hiciste al que de su niñez te las hizo tan buenas! Mas yo te agradeciera el desengaño que después me diste declarándome la verdad si no llegara tan tarde que no aprovecha sino para mayor pena.

Ismenia, oído esto, se tuvo por bienaventurada y recibió tanto gozo que no se puede imaginar. Las lágrimas le salieron por los ojos de placer, y como aquella que vio cercana la fin de sus fatigas, dijo:

—Ciertamente ha llegado el tiempo de mi ventura; verdaderamente esta casa es hecha para remedio de penados.

Marcelio y Diana se holgaron en extremo de la alegría de Ismenia y tuvieron esperanza de la suya. Quería Ismenia en todo caso salir de su aposento y bajar al jardín; y al tiempo que Marcelio y Diana la detenían pareciéndoles que debía esperar la voluntad de Felicia, oyeron nuevos cantos en la fuente, y conoció Diana que eran de Sireno. Ismenia y todos se sosegaron por no estorbar a Diana el oír la voz de su amado, y sintieron que decía así:

Sireno

Goce el amador contento  
de verse favorecido;  
yo, con libre pensamiento  
de ver ya puesto en olvido  
todo el pasado tormento.

Que, tras mucho padecer,  
los favores de mujer  
tan tarde solemos vellos,  
que el mayor de todos ellos  
es no haberlos menester.

A Diana regrad,ad,  
ojos, todo el bien que os vino;  
vida os dio su crueldad;  
su desdén abrió el camino  
para vuestra libertad.

Que si, penando por ella,  
fuera tres veces más bella  
y en todo extremo me amara,  
tan contento no quedara  
como estoy de no querella.

Vea yo, Diana, en ti  
un dolor sin esperanza;  
hiérate el Amor así,

que yo en ti tenga venganza  
de la que tomaste en mí.

Porque sería tan fiero  
a tu dolor lastimero,  
que si allí a mis pies tendida  
me demandases la vida,  
te diría que no quiero.

Dios ordene que, pastora,  
tú me busques, yo me esconda;  
tú digas: «Mírame agora.»  
Y que yo entonces responda:  
«Zagala, vete en buen hora.»

Tú digas: «Yo estoy penando,  
y tú me vas desechando;  
¿qué novedad es aquesta?»  
Y yo te dé por respuesta  
irme y dejarte llorando.

Si lo dudas, yo te ofrezco  
que esto y aun peor haré,  
que por ti ya no padezco,  
porque tanto no te amé,  
cuanto agora te aborrezco.

Y es bien que te eche en olvido  
quien por tí tan loco ha sido,  
que, de haberte tanto amado,  
estuvo entonces penado,  
y agora queda corrido.

Porque los casos de amores  
tienen tan triste ventura  
que es mejor a los pastores  
gozar libertad segura  
que aguardar vanos favores.

¡Oh, Diana, si me oyese  
para que claro entendiese  
lo que siente el alma mía!  
¡Qué mejor te lo diría  
cuando presente estuvieses!

Pero mejor será estarte

en lugar de mí apartado,  
porque perderé gran parte  
del placer de estar vengado  
con el pesar de mirarte.

No te vea yo en mis días,  
porque a las entrañas mías  
les será dolor más fiero  
verte cuando no te quiero,  
que cuando no me querías.

Acontecióle a Diana como a los que acechan su mismo mal, pues, de oír los reproches y determinaciones de Sireno, sintió tanto dolor que no me hallo bastante para contarlo, y tengo por mejor dejarlo al juicio de los discretos. Basta saber que pensó perder la vida, y fue menester que Ismenia y Marcelio la consolasen y esforzasen con las razones que a tan encarecida pena eran suficientes; y una de ellas fue decirle que no era tan poca la sabiduría de Felicia, en cuya casa estaban, que a mayores males no hubiese dado remedio, según en Ismenia desdeñada de Montano poco antes se había mostrado. Con lo cual Diana un tanto se consoló.

Estando en estas pláticas, comenzando ya la dorada aurora a descubrirse, entró por aquella cámara la ninfa Arethea y con gesto muy apacible les dijo:

—Preciado caballero y hermosas pastoras, tan buenos y venturosos días tengáis como a vuestro merecimiento son debidos. La sabia Felicia me envía acá para que sepa si os hallastes esta noche con más contento del acostumbrado, y para que vengáis conmigo al ameno jardín donde tiene que hablaros. Mas conviene que tú, Marcelio, dejes el hábito de pastor y te vistas estas ropas que aquí traigo, a tu estado pertenecientes.

No esperó Ismenia que Marcelio respondiese, de placer de la buena nueva, sino que dijo:

—Los buenos y alegres días, venturosa ninfa, que con tu vista nos diste, Dios por nosotros te los pague, pues nosotros no bastamos a satisfacer por tanta deuda. El contento que de nosotros quieres saber, con sólo estar en esta casa sería muy grande, cuanto más que habemos sido esta mañana en ella tan dichosos que yo he cobrado vida, y Marcelio y Diana, esperanza de tenerla. Mas porque a la voluntad de tan sabia señora como Felicia en todo se obedezca, vamos al jardín donde dices, y ordene Felicia de nosotros a su contento.

Tomó entonces Arethea de las manos de otra ninfa que con ella venía las ropas que Marcelio había de ponerse, y de su mano le ayudó a vestirlas, y eran tan ricas y tan guarnecidas de oro y piedras preciosas, que tenían infinito valor.

Salieron de aquella cuadra y, siguiendo todos a Arethea, por una puerta del palacio entraron al jardín. Estaba este verjel por la una parte cerrado con la corriente de un caudaloso río; tenía a la otra parte los suntuosos edificios de la casa de Felicia, y a las

otras dos partes unas paredes almenadas, cubiertas de jazmín, madreSelva y otras hierbas y flores agradables a la vista. Pero de la amenidad de este lugar se trató abundantemente en el cuarto libro de la Primera Parte. Pues como entrasen en él, vieron que Silvano y Selvagia, apartados de los otros pastores estaban en un pradecillo que junto a la puerta estaba. Allí Arethea se despidió de ellos diciéndoles que aguardasen allí a Felicia, porque ella había de volver al palacio para darle razón de lo que por su mandado había hecho. Silvano y Selvagia, que allí estaban, conocieron luego a Diana y se maravillaron de verla. Conoció también Selvagia a Ismenia, que era de su mismo lugar, y así se hicieron grandes fiestas y se dieron muchos abrazos, alegres de verse en tan venturoso lugar después de tan largo tiempo. Selvagia entonces con faz regocijada les dijo:

–Bienvenida sea la bella Diana, cuyo desamor dio ocasión para que Silvano fuese mío; y bien llegada la hermosa Ismenia que con su engaño me causó tanta pena que por remedio de ella vine aquí, donde la troqué con un felice estado. ¿Qué buena ventura aquí os ha encaminado?

–La que recibimos –dijo Diana– de tu vista, y la que esperamos de la mano de Felicia. ¡Oh, dichosa pastora, cuán alegre estoy del contento que ganaste! ¡Hágate Dios de tan próspera fortuna que goces de él por muchísimos años!

Marcelio en estas razones no se travesó porque a Silvano y Selvagia no conocía. Pero en tanto que los pastores estaban entendiendo en sus pláticas y cortesías, estuvo mirando un caballero y una dama que, trabados de las manos, con mucho regocijo por un corredor del jardín iban paseando. Contentóse de la dama y le dio el espíritu que otras veces la había visto. Pero, por salir de duda, llegándose a Silvano le dijo:

–Aunque sea descomedimiento estorbar vuestra alegre conversación, quería, pastor, que me dijese quién son el caballero y dama que allí pasean.

–Aquellos son –dijo Silvano– don Felis y Felismena, marido y mujer.

A la hora Marcelio, oído el nombre de Felismena, se alteró y dijo:

–Dime, ¿cúya hija es Felismena? ¿Y dónde nació? Si acaso lo sabes, porque de don Felis no tengo mucho cuidado.

–Muchas veces le oí contar –respondió Silvano– que su tierra era Soldina, ciudad de la provincia Vandalia, su padre Andronio y su madre Delia. Mas hacedme placer de decirme quién sois y por qué causa me hacéis semejante pregunta.

–Mi nombre –respondió Marcelio– y todo lo demás lo sabrás después. Pero por me hacer merced, que pues tienes consciencia con ese Felis y Felismena, les digas que me den licencia para hablarlos, porque quiero preguntarles una cosa de que puede resultar mucho bien.

–Pláceme –dijo Silvano.

Y luego se fue para don Felis y Felismena, y les dijo que aquel caballero que allí estaba quería, si no les era enojoso, tratar con ellos ciertas cosas. No se detuvieron un punto, sino que vinieron donde Marcelio estaba. Después de hechas las debidas cortesías, dijo Marcelio hablando contra Felismena:

–Hermosa dama, a este pastor pregunté si sabía tu tierra y tus padres, y me dijo lo que acerca de ello por tu relación sabe, y porque conozco un hombre que es natural de la misma ciudad que, si no me engaño, es hijo de un caballero cuyo nombre se parece al de tu padre, te suplico me digas si tienes algún hermano y cómo se nombra, porque quizá es éste que yo conozco.

A esto Felismena dio un suspiro y dijo:

–¡Ay,preciado caballero, cómo me tocó en el alma tu pregunta! Has de saber que yo tuve un hermano, que él y yo nacimos de un mismo parto. Siendo de edad de doce años, lo envió mi padre Andronio a la Corte del rey de lusitanos, donde estuvo muchos años. Esto es lo que yo sé de él y lo que una vez conté a Silvano y Selvagia, que son presentes, en la fuente de los alisos, después que libré unas ninfas y maté ciertos salvajes en el prado de los laureles. Después acá no he sabido otra cosa de él, sino que el rey lo envió por capitán en la costa de África, y como yo tanto tiempo ha que ando por el mundo siguiendo mis desventuras, no sé si es muerto ni vivo.

Marcelio entonces no pudo detenerse más, sino que dijo:

–Muerto he sido hasta ahora, hermana Felismena, por haber carecido de tu vista, y vivo de hoy adelante, pues he sido venturoso de verte.

Y diciendo esto, estrecha y amorosamente la abrazó. Felismena, reconociendo el gesto de Marcelio, vio que era aquel mismo que ella desde la niñez tenía pintado en la memoria, y cayó luego en la cuenta que era su propio hermano. Fue grande el regocijo que pasó entre los hermanos y cuñado, y grande el placer que sintieron Silvano y las pastoras de verlos tan contentos. Allí se dijeron amorosas palabras, allí se derramaron tristes lágrimas, allí se hicieron muchas preguntas, allí se prometieron esperanzas, allí se hicieron determinaciones y se hablaron e hicieron cosas de mucho descanso. Gastaron en esto larga una hora, y aun era poco según lo mucho que, después de tan larga ausencia, tenían que tratar. Mas para mejor y con más sosiego entender en ello, se asentaron en aquel pradecillo, bajo de unos sauces cuyos entretejidos ramos hacían estanza sombría y deleitosa, defendiéndolos del radiante sol que ya con algún ardor asomaba por el hemisferio.

En tanto que Marcelio, don Felis, Felismena, Silvano y las pastoras entendían en lo que tengo dicho, al otro cabo del jardín, junto a la fuente, estaban, como tengo dicho, Eugerio, Polidoro, Alcida y Clenarda. Alcida aquel día había dejado las ropas de pastora por mandado de Felicia, vistiéndose y aderezándose ricamente con los vestidos y joyeles que para ello le mandó dar. Pues como allí estuviesen también Sireno, Montano, Arsileo

y Belisa cantando y regocijándose, holgaban mucho Eugerio y sus hijos de escucharlos. Y lo que más les contentó fue una canción que Sireno y Arsileo cantaron, el uno contra y el otro en favor de Cupido. Porque cantaron con más voluntad, con esperanza de una copa de cristal que Eugerio al que mejor pareciese había prometido. Y así Sireno, al son de su zampoña, y Arsileo, de un rabel, comenzaron de este modo:

#### SIRENO

Ojos, que estáis ya libres del tormento  
con que mi estrella pudo embelesaros,  
oh alegre, oh sosegado pensamiento,  
oh esquivo corazón: quiero avisaros  
que pues le dio a Diana descontento  
veros, pensar en vos y bien amaros,  
vuestro consejo tengo por muy sano,  
de no mirar, pensar ni amar en vano.

#### ARSILEO

Ojos, que mayor lumbré habéis ganado  
mirando el sol que alumbra en vuestro día,  
pensamiento en mil bienes ocupado,  
corazón, aposento de alegría:  
si no quisiera verme, ni pensado  
hubiera en me querer Belisa mía;  
tuviera por dichosa y alta suerte  
mirar, pensar y amar hasta la muerte.

Ya quería Sireno replicar a la respuesta de Arsileo, cuando Eugerio lo atajó y dijo:

—Pastores, pues habéis de recibir el premio de mi mano, razón será que el cantar sea de la suerte que a mí más me contenta. Canta tú primero, Sireno, todos los versos que tu Musa te dictare, y luego tú, Arsileo, dirás otros tantos o los que te pareciere.

—Plácenos —dijeron.

Y Sireno comenzó así:

#### SIRENO

Alégrenos la hermosa primavera,  
vístase el campo de olorosas flores  
y reverdezca el valle, el bosque y prado.  
Las reses enriquezcan los pastores,  
el lobo hambriento crudamente muera,  
y medre y multiplíquese el ganado.  
El río apresurado  
lleve abundancia siempre de agua clara,  
y tú, Fortuna avara,



vuelve el rostro de crudo y variable  
muy firme y favorable,  
y tú, que los espíritus engañas,  
maligno Amor, no aquejes mis entrañas.

Deja vivir la pastoril llaneza  
en la quietud de los desiertos prados,  
y en el placer de la silvestre vida.  
Descansen los pastores descuidados,  
y no pruebes tu furia y fortaleza,  
en l'alma simple, flaca y desvalida.  
Tu llama esté encendida  
en las soberbias cortes, y entre gentes  
bravosas y valientes;  
y para que, gozando un dulce olvido,  
descanso muy cumplido  
me den los valles, montes y campañas,  
maligno Amor, no aquejes mis entrañas.

¿En qué ley hallas tú que esté sujeto  
a tu cadena un libre entendimiento,  
y a tu crueldad un alma descansada?  
En quien más huye tu áspero tormento,  
haces, inicuo Amor, más crudo efeto.  
¡Oh, sinrazón jamás acostumbrada!  
¡Oh, crueldad sobrada!  
¿No bastaría, Amor, ser poderoso  
sin ser tan riguroso?  
¿No basta ser señor, sino tirano?  
¡Oh, niño ciego y vano!,  
¿por qué bravo te muestras  
y te ensañas con quien te da su vida y sus entrañas?

Recibe engaño y torpemente yerra  
quien dios te nombra, siendo cruda llama,  
ardiente, embravecida y furiosa.  
Y tengo por más simple el que te llama  
hijo de aquella Venus que en la tierra  
fue blanda, regalada y amorosa.  
Y a ser probada cosa  
que ella pariese un hijo tan malino,  
yo digo y determino  
que en la ocasión y causa de los males  
entrambos sois iguales:  
ella, pues te parió con tales mañas,  
y tú, pues tanto aquejas las entrañas.

Las mansas ovejuelas van huyendo  
los carniceros lobos, que pretenden  
sus carnes engordar con pasto ajeno.  
Las benignas palomas se defienden  
y se recogen todas, en oyendo  
el bravo son del espantoso trueno.  
El bosque y prado ameno,  
si el cielo la agua clara no le envía,  
la pide a gran porfía,  
y a su contrario cada cual resiste:  
sólo el amante triste  
sufre tu furia y ásperas hazañas,  
y deja que deshagas sus entrañas.

Una pasión que no puede encubrirse,  
ni puede con palabras declararse,  
y un alma entre temor y amor metida,  
un siempre lamentar sin consolarse,  
un siempre arder y nunca consumirse,  
y estar muriendo y no acabar la vida,  
una pasión crecida  
que pasa el que bien ama estando ausente,  
y aquel dolor ardiente  
que dan los tristes celos y temores,  
estos son los favores,  
Amor, con que las vidas acompañas,  
perdiendo y consumiendo las entrañas.

Arsileo, acabada la canción de Sireno, comenzó a tañer su rabel, y después de haber tañido un rato, respondiendo particularmente a cada estanza de su competidor, cantó de esta suerte:

#### ARSILEO

Mil meses dure el tiempo que colora  
matiza y pinta el seco y triste mundo,  
renascan hierbas, hojas, frutas, flores.  
El suelo estéril hágase fecundo.  
Eco, que en las espesas silvas mora,  
responda a mil cantares de pastores.  
Revivan los amores  
que el enojoso invierno ha sepultado,  
y porque en tal estado  
mi alma tenga todo cumplimiento  
de gozo y de contento,  
pues las fatigas ásperas engañas,

benigno Amor, no dejes mis entrañas.

No presumáis, pastores, de gozaros  
con cantos, flores, ríos, primaveras,  
sino está el pecho blando y amoroso:  
¿A quién cantáis canciones placenteras?  
¿A qué sirve de flores coronaros?  
¿Cómo os agrada el río caudaloso  
ni el tiempo deleitoso?  
Yo a mi pastora canto mis amores,  
y le presento flores,  
y asentado par de ella en la ribera  
gozo la primavera.  
Y pues son tus dulzuras tan extrañas,  
benigno Amor, no dejes mis entrañas.

La sabia antigüedad dios te ha nombrado  
viendo que con supremo poderío  
siempre ejecutas hechos milagrosos.  
Por ti está un corazón ardiente y frío,  
por ti se muda el torpe en avisado,  
por ti los flacos tornan animosos.  
Los dioses poderosos,  
en aves y alimañas convertidos,  
y reyes sometidos  
a la fuerza de un gesto y de unos ojos,  
han sido los despojos  
de tus proezas e ínclitas hazañas  
con que conquistas todas las entrañas.

Vivía en otro tiempo en gran torpeza,  
con simple y adormido entendimiento,  
en codiciosos tratos ocupado.  
Del dulce amar no tuve sentimiento,  
ni en gracia, habilidad y gentileza  
era de las pastoras alabado.  
Ahora coronado  
estoy de mil victorias alcanzadas  
en luchas esforzadas,  
en tiros de la honda muy certeros  
y en cantos placenteros,  
después que tú ennobleces y acompañas,  
benigno Amor, mi vida y mis entrañas.

¿Qué mayor gozo puede recibirse  
que estar la voluntad de Amor cautiva,

y a él los corazones sometidos?  
Que aunque algunos ratos se reciba  
algún simple disgusto, ha de sufrirse,  
a vueltas de mil bienes escogidos.  
Si viven afligidos  
los tristes, sin ventura, enamorados,  
de estar atormentados,  
echen la culpa al tiempo y la Fortuna,  
y no den queja alguna  
contra el Amor que, con benignas mañas,  
tiernas y blandas hace las entrañas.

Mirar un gesto hermoso y lindos ojos  
que imitan dos clarísimas estrellas  
que al alma envían lumbre esclarecida;  
el contemplar la perfección de aquellas  
manos que dan destierro a los enojos,  
de quien en ellas puso gloria y vida;  
y la alegría crecida,  
que siente el que bien ama y es amado;  
y aquel gozo sobrado  
de tener mi pastora muy contenta,  
lo tengo en tanta cuenta,  
que, aunque a veces te arrecias y te ensañas,  
Amor, huelgo que estés en mis entrañas.

A todos generalmente fueron muy agradables las canciones de los pastores. Pero viniendo Egerio a dar el prez al que mejor había cantado, no supo tan presto determinarse. Apartó a una parte a Montano para tomar su voto, y lo que a Montano le pareció fue que tan bien había cantado el uno como el otro. Vuelto entonces Egerio a Sireno y Arsileo, les dijo:

—Habilísimos pastores, mi parecer es que fuistes iguales en la destreza y sin igual en todas estas partes y aunque el antiguo Palemón resucitase, no hallaría mejoría entre vuestras habilidades. Tú, Sireno, eres digno de la copa de cristal, y tú también, Arsileo, la mereces. De manera que sería haceros agravio señalar a nadie vencedor ni vencido. Pues resolviéndome con el parecer de Montano, digo que tú, Sireno, tomes la copa cristalina, y a ti, Arsileo, te doy esta otra de calcedonia, que no vale menos. A entrambos os doy copas de un mismo valor, entrambas de la vajilla de Felicia, y a mí por su liberalidad presentadas.

Los pastores quedaron muy satisfechos del prudente juicio y de los ricos premios del liberal Egerio, y por ello le hicieron muchas gracias. A esta sazón Alcida, acordándose del tiempo pasado, dijo:

—Si el error que tanto tiempo me ha engañado, hasta ahora durara, no consintiera yo que Arsileo llevara premio igual con el de Sireno, mas ahora estoy libre de él, y cautiva del

amor de Marcelio, mi esposo. Por la pena que me da su ausencia, estoy bien con lo que cantó Sireno; y, por el deleite que espero, alabo la canción de Arsileo. Mas ¡ay, descuidado Sireno!, guarda no sean las quejas que tienes de Diana semejantes a las que tuve yo de Marcelio, porque no te pese, como a mí, del aborrecimiento.

Sonrióse a esto Sireno y dijo:

—¿Qué más justas quejas se pueden tener de una pastora después de haberme dejado por tomar un desastrado marido?

Respondió entonces Alcida:

—Harto desastrado ha sido él después que a mí me vido, y porque viene a propósito, quiero contarte lo que ayer, estorbada por Felicia, no pude decirte cuando hablábamos en las cosas de Diana. Y esto a fin que deseches el olvido, sabiendo la desventura que mi desamor le causó al malaventurado Delio. Ya te dije cómo estuve hablando y cantando con Diana en la fuente de los alisos, y cómo llegó allí el celoso Delio, y luego tras él en hábito de pastor el congojado Marcelio, de cuya vista quedé tan alterada que di a huir por una selva. Lo que después me aconteció fue que, cuando llegué a la otra parte del bosque, sentí de muy lejos una voz que decía muchas veces:

«¡Alcida, Alcida, espera, espera!» Pensé yo que era Marcelio que me seguía y por no ser alcanzada, con más ligera corrida iba huyendo. Pero, por lo que después sucedió, supe que era Delio, marido de Diana, que tras mí corriendo venía. Porque como yo de haber corrido mucho, viniese a cansarme, hube de ir tan a espacio que llegué en vista de mí. Conocíle y paréme para ver lo que quería, no pensando la causa de su venida, y él, cuando me estuvo delante, fatigado del camino y turbado de su congoja, no pudo hablarme palabra. Al fin con torpes y desbaratadas razones me dijo que estaba enamorado de mí, y que le quisiese bien, y no sé qué otras cosas me dijo, que mostraron su poco caudal. Yo reíme de él, a decir la verdad, y con las razones que supe decirle, procuré de consolarlo y hacerle olvidar su locura, pero nada aprovechó, porque cuanto más le dije, más loco estaba. Por mi fe, te juro, pastor, que no vi hombre tan perdido de amores en toda mi vida. Pues como yo proseguiese mi camino, y él siempre me siguiese, llegamos juntos a una aldea que una legua de la suya estaba, y como allí viese mi aspereza y lo desamparase del todo la esperanza, de puro enojo adoleció. Fue hospedado allí por un pastor que lo conocía, el cual luego en la mañana dio aviso a su madre de su enfermedad. Vino la madre de Delio con gran congoja y mucha presteza, y halló su hijo que estaba abrasándose con una ardentísima calentura. Hizo muchos llantos y le importunó le dijese la causa de su dolencia, pero nunca quiso dar otra respuesta, sino llorar y suspirar. La amorosa madre con muchas lágrimas le decía: «¡Oh, hijo mío! ¿Qué desdicha es ésta? No me encubras tus secretos, mira que soy tu madre, y aun podrá ser que sepa de ellos algo. Tu esposa me contó anoche que en la fuente de los alisos la dejaste, yendo tras no sé qué pastora; dime si nace de aquí tu mal, no tengas empacho de decirlo; mira que no puede bien curarse la enfermedad, sino se sabe la causa de ella. ¡Oh, triste Diana, tú partiste hoy para el templo de Felicia por saber nuevas de tu marido, y él estaba más cerca de tu lugar, y aun más enfermo de lo que pensabas!» Cuando Delio oyó las palabras de su madre, no

respondió palabra, sino que dio un gran suspiro, y de entonces se dobló su dolor, porque antes sólo el amor lo aquejaba, y entonces fue de amor y celos atormentado. Porque como él supiese que tú, Sireno, estabas aquí en casa de Felicia, oyendo que Diana era venida acá, temiendo que no reviviesen los amores pasados, vino en tanta frenecía y se le arreció el mal de tal manera que, combatido de dos bravísimos tormentos con un desmayo acabó la vida, con mucho dolor de su triste madre, parientes y amigos. Yo cierto me dolí de él por haber sido causa de su muerte, pero no pude hacer más, por lo que a mi contento y honra convenía. Sola una cosa mucho me pesa, y es que ya que no le hice buenas obras, no le di a lo menos buenas palabras, porque por ventura no viniera en tal extremo. En fin, yo me vine acá, dejando muerto al triste y a sus parientes llorando, sin saber la causa de su dolencia. Esto te dije a propósito del daño que hace un bravo olvido, y también para que sepas la viudez de tu Diana, y pienses si te conviene mudar intento, pues ella mudó el estado. Pero espántome, que, según la madre de Delio dijo, Diana partió ayer para acá y no veo que haya llegado. Atento estuvo Sireno a las palabras de Alcida, y como supo la muerte de Delio, se le alteró el corazón. Allí hizo gran obra el poder de la sabia Felicia, que, aunque allí no estaba, con poderosas hierbas y palabras y por muchos otros medios, procuró que Sireno comenzase a tener afición a Diana. Y no fue gran maravilla, porque los influjos de las celestes estrellas tanto a ello lo inclinaban, que pareció no ser nacido Sireno sino para Diana, ni Diana sino para Sireno.

Estaba la sapientísima Felicia en su riquísimo palacio, rodeada de sus castas ninfas obrando con poderosos versos lo que a la salud y remedio de todos estos amantes convenía. Y como vio desde allí con su sabiduría que ya los engañados Montano y Alcida habían conocido su error, y el esquivo Sireno se había ablandado, conoció ser ya tiempo de rematar los largos errores y trabajos de sus huéspedes con alegres y no pensados regocijos. Saliendo de la suntuosa casa en compañía de Dórida, Cintia, Polidora y otras muchas ninfas, vino al amenísimo jardín, donde los caballeros, damas, pastores y pastoras estaban. Los primeros que allí vio fueron Marcelio, don Felis, Felismena, Silvano, Selvagia, Diana e Ismenia, que a la una parte del vergel en el pradecillo, como dije, junto a la puerta principal estaban asentados. En ver llegar la venerable dueña, todos se levantaron y le besaron las manos, donde tenían puesta su esperanza. Hízoles ella benigno recogimiento y señalóles que la siguiesen, y ellos lo hicieron de voluntad. Felicia, seguida de la amorosa compañía, travesando todo el jardín, que grandísimo era, vino a la otra parte de él, a la fuente donde Eugerio, Polidoro, Alcida, Clenarda, Sireno, Arsileo, Belisa y Montano estaban. Alzáronse todos en pie por honra de la sabia matrona,» y cuando Alcida vio a Marcelio, Sireno a Diana, y Montano a Ismenia, se quedaron atónitos y les pareció sueño o encantamiento, no dando crédito a sus mismos ojos. La sabia, mandando a todos que se asentasen, mostrando querer hablar cosas importantes, sentada en medio de todos ellos en un escaño de marfil, habló de esta manera:

—Señalado y hermoso ajuntamiento, llegada es la hora que determino darlos a todos de mi mano el deseado contentamiento, pues a ese fin por diferentes medios y caminos os hice venir a mi casa. Todos estáis aquí juntos, donde mejor podré tratar lo que a vuestra vida satisface. Por eso yo os ruego que os contentéis de mi voluntad y obedezcáis a mis palabras. Tú, Alcida, quedaste de tu sospecha desengañada por relación de tu hermana

Clenarda. Conocido tenía que, después que desechaste aquel cruel aborrecimiento, sentías mucho estar ausente de Marcelio. Ofrecíste que esta ausencia no sería larga, y ha sido tan corta, que al tiempo que de ella te me quejabas, estaba ya Marcelio en mi casa. Ahora lo tienes delante, tan firme en su primera voluntad que, si a ti placirá, y a tu padre y hermanos les estará bien, se tendrá por dichoso de efectuar contigo el prometido casamiento. El cual, allende que por ser de tan principales personas, ha de dar grande regocijo, lo dará más cumplido a causa de la hermana Felismena, que Marcelio después de tantos años halló en mi casa. Tú, Montano, de la misma Silveria que te engañó quedaste avisado de tu error. Llorabas por haber perdido tu mujer Ismenia; ahora viene a vivir en tu compañía y a dar consuelo a tu congoja, después que por toda España con grandes peligros y trabajos te ha buscado. Falta ahora que te dé remedio, hermosa Diana. Mas para ello quiero primero avisarte de lo que Sireno y algunos de estos pastores por relación de Alcida saben, aunque sea cuento que ha de lastimar tu corazón. Tu marido Delio, hermosa pastora, como plugo a las inexorables Parcas, acabó sus días. Bien conozco que tienes alguna razón de lamentar por él, pero en fin todos los hombres están obligados a pagar este tributo; y lo que es tan común, no debe a nadie notablemente fatigar. No llores, hermosa Diana, que me rompes las entrañas en verte derramar esas dolorosas lágrimas; enjuga ahora tus ojos y consuela ahora tu dolor. No vistas ropas de luto, ni hagas sobrado sentimiento, porque en esta casa no se sufre largo ni demasiado llanto, y también porque mejor ventura de la que tenías, te tiene el cielo guardada.

Y pues a lo hecho no se puede dar remedio, a tu prudencia toca ahora olvidar lo pasado, y a mi poder conviene dar orden en lo presente. Aquí está tu amador antiguo Sireno, cuyo corazón por arte mía y por la razón que a ello le obliga, está tan blando y mudado de la pasada rebeldía, como es menester para que sea contento de casarse contigo. Lo que te ruego es que obedezcas a mi voluntad, en cosa que tanto te conviene, porque aunque parezca hacer agravio al marido muerto casarse tan prestamente, por ser cosa de mi mano y haber entrevenido en ella mi decreto y autoridad, no será tenida por mala. Y tú, Sireno, pues comenzaste a dar lugar en tu corazón al loable y honesto amor, acaba ya de entregarle tus entrañas, y efectúese este alegre y bien afortunado casamiento, al cumplimiento del cual son todas las estrellas favorables. Todos los restantes que en este deleitoso jardín tenéis aparejo de contentamiento, alegrad vuestros ánimos, moved regocijados juegos, tañed los concertados instrumentos, entonad apacibles cantares y entended en agradables conversaciones por honra y memoria de estos alegres desengaños y venturosos casamientos.

Acabada la razón de la sabia Felicia, todos fueron muy contentos de hacer su mandado, pareciéndoles bien su voluntad y maravillándose de su sabiduría. Montano tomó por la mano a su mujer Ismenia juzgándose entrambos dichosos y bienaventurados, y entre Marcelio y Alcida, y Sireno y Diana fue al instante solemnizado el honesto y casto matrimonio con la firmeza y ceremonia debida.

Los demás, alegres de los felices acontecimientos, movieron grandes cantos. Entre los cuales Arsileo por la voluntad que a Sireno tenía y por la amistad que había entre los dos, al son de su rabel cantó en memoria del nuevo casamiento de Sireno lo siguiente:

## Versos franceses

De flores matizadas se vista el verde prado,  
retumbe el hueco bosque de voces deleitosas,  
olor tengan más fino las coloradas rosas,  
floridos ramos mueva el viento sosegado;  
el río apresurado  
sus aguas acreciente,  
y pues tan libre queda la fatigada gente  
del congojoso llanto,  
moved, hermosas ninfas, regocijado canto.

Destierre los ñublados el prefulgente día,  
despida el alma triste los ásperos dolores,  
esfuercen más sus voces los dulces rui señores,  
la fuente pura y clara señale su alegría;  
y pues por nueva vía  
con firme casamiento  
de un desamor muy crudo se saca un gran contento,  
vosotras, entretanto,  
moved, hermosas ninfas, regocijado canto.

¿Quién puede hacer mudarnos la voluntad constante  
y hacer que l'alma trueque su firme presupuesto?  
¿Quién puede hacer que amemos aborrecido gesto  
y el corazón esquivo hacer dichoso amante?  
¿Quién puede a su talante  
mandar nuestras entrañas,  
sino la gran Felicia que obrado ha más hazañas  
que la tebana Manto?  
Moved, hermosas ninfas, regocijado canto.

Casados venturosos, el poderoso cielo  
derrame en vuestros campos influjo favorable,  
y con dobladas crías en número admirable  
vuestros ganados crezcan cubriendo el ancho suelo.  
No os dañe el crudo hielo  
los tiernos chivaticos,  
y tal cantidad de oro os haga entrambos ricos,  
que no sepáis el cuánto.  
Moved, hermosas ninfas, regocijado canto.

Tengáis de dulce gozo bastante cumplimiento,  
con la progenie hermosa que os salga parecida;  
más que el antiguo Néstor tengáis larga la vida  
y en ella nunca os pueda faltar contentamiento.



Moviendo tal conuento  
por campos y encinales  
que ablande duras peñas y a fieros animales  
cause crecido espanto,  
mover, hermosas ninfas, regocijado canto.

Remeden vuestras voces las aves amorosas,  
los ventecicos suaves os hagan dulce fiesta;  
alégrese con veros el campo y la floresta  
y os vengan a las manos las flores olorosas:  
los lirios y las rosas,  
jazmín y flor de Gnido,  
la madreSelva hermosa y el arrayán florido,  
narciso y amaranto.  
Mover, hermosas ninfas, regocijado canto.

Concorde paz os tenga contentos muchos años,  
sin ser de la rabiosa sospecha atormentados,  
y en el estado alegre viváis tan reposados  
que no os cause recelo Fortuna y sus engaños.  
En montes más extraños,  
tengáis nombre famoso,  
mas por que el ronco pecho tan flaco y temeroso  
repose ahora un cuanto,  
dad fin, hermosas ninfas, al deleitoso canto.

Al tiempo que Arsileo acabó su canción, se movió tan general regocijo que los más angustiados corazones alegrara. Comenzaron las deleitosas canciones a resonar por toda la huerta, los concertados instrumentos levantaron suave armonía, y aun parecía que los floridos árboles, el caudaloso río, la amena fuente y las cantadoras aves de aquella fiesta se alegrara [ba]n. Después que buen rato se hubieron empleado en esto, pareciéndole a Felicia ser hora de comer, mandó que allí a la fuente donde estaban se trajese la comida. Luego las ninfas obedeciéndole proveyeron lo necesario, y puestas las mesas y aparadores a la sombra de aquellos árboles, sentados todos conforme al orden de Felicia, comieron, servidos de sabrosas y delicadas viandas, en vasos de muchísimo valor. Acabada la comida, tornando al comenzado placer, hicieron las fiestas y juegos que en el siguiente libro se dirán.

FIN del libro cuarto

## LIBRO QUINTO

Tan contentos estaban estos amantes en el dichoso estado, viéndose cada cual con la deseada compañía, que los trabajos del tiempo pasado tenían olvidados. Mas los que desde aparte miramos las penas que les costó su contentamiento, los peligros en que se vieron y los desatinos que hicieron y dijeron antes de llegar a él, es razón que vamos advertidos de no meternos en semejantes penas, aunque más cierto fuese tras ellas el descanso; cuanto más siendo tan incierto y dudoso, que por uno que tuvo tal ventura, se hallan mil cuyos largos y fatigosos trabajos con desesperada muerte fueron gualardonados.

Pero, dejado esto aparte, vengamos a tratar de las fiestas que por los casamientos y desengaños en el jardín de Felicia se hicieron, aunque no será posible contarlas todas en particular. Felicia a cuyo mandamiento estaban todos obedientes y en cuya voluntad estaba el orden y concierto de la fiesta, quiso que el primer regocijo fuese bailar los pastores y pastoras al son de las canciones por ellos mismos cantadas. Y así, sentada con Eugerio, Polidoro, Clenarda, Marcelio, Alcida, don Felis y Felismena, declaró a los pastores su voluntad. Levantáronse a la hora todos, y tomando Sireno a Diana por la mano, Silvano a Selvagia, Montano a Ismenia y Arsileo a Belisa, concertaron un baile más gracioso que cuantos las hermosas dríadas o napeas, sueltas al viento las rubias madejas del oro finísimo de Arabia, en las amenísimas florestas suelen hacer. No se detuvieron mucho en cortesías sobre quién cantaría primero, porque como Sireno, que era principal en aquella fiesta, estuviese algo corrido del descuido que hasta entonces tuvo de Diana, y el empacho de ello le hubiese impedido el disculparse, quiso cantando decirle a Diana lo que la vergüenza no le había consentido razonar. Por eso sin más aguardar, respondiéndole los otros según la costumbre, cantó así:

#### Canción

Morir debiera sin verte,  
hermosísima pastora,  
pues que osé tan sola un hora  
estar vivo y no quererte.

De un dichoso amor gozara,  
dejado el tormento aparte,  
si en acordarme de amarte,  
de mi olvido me olvidara.

Que de morirme y perderte  
tengo recelo, pastora,  
pues que osé tan sola un hora,  
estar vivo y no quererte.

En diferente parecer estaba Diana porque como aquel antiguo olvido que tuvo de Sireno, con un ardentísimo amor lo había cumplidamente satisfecho y de sus pasadas fatigas se vio sobradamente pagada, no tenía ya por qué de sus descuidos se lamentase, antes

hallando su corazón abastado del posible contentamiento y libre de toda pena, mostrando su alegría e increpando el cuidado de Sireno, le respondió con esta canción:

### Canción

L'alma de alegría salte,  
que en tener mi bien presente,  
no hay descanso que me falte,  
ni dolor que me atormente.

No pienso en viejos cuidados,  
que agravia nuestros amores  
tener presentes dolores  
por los olvidados pasados.

Alma, de tu dicha valte,  
que, con bien tan excelente,  
no hay descanso que te falte,  
ni dolor que te atormente.

En tanto que Diana dijo su canción, llegó a la fuente una pastora de extremadísima hermosura que en aquella hora a la casa de Felicia había venido e, informada que la sabia estaba en el jardín, por verla y hablarla allí había venido. Llegada donde Felicia estaba, arrodillada delante de ella, le pidió la mano para se la besar, y después le dijo:

—Perdonármese debe, sabia señora, el atrevimiento de entrar aquí sin tu licencia, considerando el deseo que tenía de verte y la necesidad que tengo de tu sabiduría. Traigo una fatiga en el corazón, cuyo remedio está en tu mano, mas el darte cuenta de ella lo guardo para mejor ocasión, porque, en semejante tiempo y lugar, es descomedimiento tratar cosas de tristeza.

Estaba aún Melisea, que éste era el nombre de la pastora, delante Felicia arrodillada, cuando vido por un corredor de la huerta venir un pastor hacia la fuente, y en verlo dijo:

—Esta es otra pesadumbre, señora, tan molesta y enojosa que para librarme de ella, no menos he menester tus favores.

En esto el pastor, que Narciso se decía, llegó en presencia de Felicia y de aquellos caballeros y damas y, hecho el debido acatamiento, comenzó a dar quejas a Felicia de la pastora Melisea, que presente tenía, diciendo cómo por ella estaba atormentado, sin haber de su boca tan solamente una benigna respuesta. Tanto, que de lejos hasta allí había venido en su seguimiento, sin poder ablandar su rebelde y desdeñoso corazón. Hizo Felicia levantar a Melisea y atajando semejantes contenciones:

–No es tiempo –dijo– de escuchar largas historias; por ahora tú, Melisea, da a Narciso la mano y entrad entrambos en aquella danza, que en lo demás a su tiempo se pondrá remedio.

No quiso la pastora contradecir al mandamiento de la sabia, sino que en compañía de Narciso se puso a bailar juntamente con las otras pastoras. A este tiempo la venturosa Ismenia que, para cantar estaba apercebida, dando con el gesto señal del interno contentamiento que tenía después de tan largos cuidados, cantó de esta suerte:

#### Canción

Tan alegres sentimientos  
recibo, que no me espanto  
si cuesta dos mil tormentos  
un placer que vale tanto.

Yo aguardé y el bien tardó,  
mas cuando el alma lo alcanza,  
con su deleite pagó  
mi aguardar y su tardanza.

Vengan las penas a cuentos;  
no hago caso del llanto  
si me dan por mil tormentos  
un placer que vale tanto.

Ismenia, al tiempo que cantaba y aun antes y después, casi nunca partió los ojos de su querido Montano, pero él, como estaba algo afrentado del engaño en que tanto tiempo, con tal agravio de su esposa, había vivido, no osaba mirarla sino a hurto, al dar de la vuelta en la danza, estando ella de manera que no podía mirarlo; y esto porque algunas veces que había probado mirarla en el gesto, confundido con la vergüenza que le tenía y vencido de la luz de aquellos radiantes ojos que con afición de continuo lo miraban, le era forzado bajar los suyos al suelo. Y como en ello vio que tanto perdía, dejando de ver a la que tenía por su descanso, tomando esto por ocasión, encaminando su cantar a la querida Ismenia, de esta manera dijo:

#### Canción

Vuelve agora en otra parte,  
zagala, tus ojos bellos,  
que si me miras con ellos,  
es excusado mirarte.

Con tus dos soles me tiras  
rayos claros de tal suerte  
que, aunque vivo en sólo verte,

me matas cuando me miras.

Ojos que son de tal arte,  
guardados has de tenellos,  
que si me miras con ellos,  
es excusado mirarte.

Como nieve al sol caliente,  
como a flechas el terrero,  
como niebla al viento fiero,  
como cera al fuego ardiente,

ansí se consume y parte  
l'alma en ver tus ojos bellos,  
pues si me miras con ellos,  
es excusado mirarte.

Ved qué sabe hacer Amor,  
y la Fortuna qué ordena,  
que un gualardón de mi pena  
acreciente mi dolor.

A darme vida son parte  
esos ojos sólo en vellos;  
mas si me miras con ellos,  
es excusado mirarte.

Melisea, que harto contra su voluntad con el desamado Narciso hasta entonces había bailado, quiso de tal pesadumbre vengarse con una desamorada canción; y a propósito de las penas y muertes en que el pastor decía cada'l día estar a causa suya, burlándose de todo ello, cantó así:

Canción

Zagal, vuelve sobre ti,  
que por excusar dolor  
ni quiero matar de amor,  
ni que Amor me mate a mí.

Pues yo viviré sin verte,  
tú por amarme no mueras,  
que ni quiero que me quieras,  
ni determino quererte.

Que pues tú dices que así  
se muere el triste amador,

ni quiero matar de amor,  
ni que Amor me mate a mí.

No mediana pena recibió Narciso con el crudo cantar de su querida, pero esforzándose con la esperanza que Felicia le había dado de su bien, y animándose con la constancia y fortaleza del enamorado corazón, le respondió añadiendo dos coplas a una canción antigua que decía:

Si os pesa de ser querida,  
yo no puedo no os querer;  
pesar habréis de tener,  
mientras yo tuviere vida.

Sufrid que pueda quejarme,  
pues que sufro un tal tormento,  
o cumplid vuestro contento  
con acabar de matarme.

Que según sois descreída,  
y os ofende mi querer,  
pesar habréis de tener,  
mientras yo tuviere vida.

Si pudiendo conoceros,  
pudiera dejar de amaros,  
quisiera, por no enojaros,  
poder dejar de quererlos.

Más pues vos seréis querida,  
mientras yo podré querer,  
pesar habréis de tener,  
mientras yo tuviere vida.

Tan puesta estaba Melisea en su crueldad que apenas había Narciso dicho las postreras palabras de su canción, cuando antes que otro cantase, de esta manera replicó.

Canción

Mal consejo me parece,  
enamorado zagal,  
que a ti mismo quieras mal  
por amar quien te aborrece.

Para ti debes guardar  
ese corazón tan triste,  
pues aquella a quien lo diste,

jamás lo quiso tomar.

A quien no te favorece,  
no la sigas; piensa en él,  
y a ti no te quieras mal  
por querer quien te aborrece.

No consintió Narciso que la canción de Melisea quedase sin respuesta, y así con gentil gracia cantó haciendo nuevas coplas a un viejo cantar que dice:

Después que mal me quisistes,  
nunca más me quise bien,  
por no querer bien a quien  
vos, señora, aborrecistes.

Si cuando os miré, no os viera,  
o cuando os vi, no os amara,  
ni yo muriendo viviera,  
ni viviendo os enojara.

Mas bien es que angustias tristes  
penosa vida me den,  
que cualquier mal le está bien  
al que vos mal le quisistes.

Sepultado en vuestro olvido,  
tengo la muerte presente,  
de mí mismo aborrecido  
y de vos y de la gente.

Siempre contento me vistes  
con vuestro airado desdén,  
aunque nunca tuve bien  
después que mal me quisistes.

Tanto contento dio a todos la porfía de Narciso y Melisea, que aumentara mucho en el regocijo de la boda, sino quedara templado con el pesar que tuvieron de la crueldad que ella mostraba, y con la lástima que les causó la pena que él padecía. Después que Narciso dio fin a su cantar, todos volvieron los ojos a Melisea esperando si replicaría. Pero calló no porque le faltasen canciones crueles y ásperas con que lastimar el miserable enamorado, ni porque dejase de tener voluntad para decirlas, mas, según creo, por no ser enojosa a toda aquella compañía. Selvagia y Belisa fueron rogadas que cantasen, pero excusáronse diciendo que no estaban para ello.

–Bueno sería –dijo Diana– que saliédes de la fiesta sin pagar el escote.

–Eso –dijo Felismena– no se debe consentir por lo que nos importa escuchar tan delicadas voces.

–No queremos –dijeron ellas– dejar de servirlos en esta solemnidad con lo que supiéremos hacer, que será harto poco, pero perdonadnos el cantar, que en lo demás haremos lo posible.

–Por mi parte –dijo Alcida– no permitiré que dejéis de cantar, o que otros po[r] vosotras lo hagan.

–¿Quién mejor –dijeron ellas– que Silvano y Arsileo, nuestros maridos?

–Bien dicen las pastoras –respondió Marcelio– y aún sería mejor que ambos cantasen una sola canción, el uno cantando y el otro respondiendo, porque a ellos les será menos trabajoso y a nosotros muy agradable.

Mostraron todos que holgarían mucho de semejante manera de canción por saber que en ella se mostraba la viveza de los ingenios en preguntar y responder. Y así Silvano y Arsileo, haciendo señal de ser contentos, volviendo a proseguir la danza, cantaron de esta suerte:

Canción

SILVANO

Pastor, mal te está el callar;  
canta y dinos tu alegría.

ARSILEO

Mi placer poco sería  
si se pudiese contar.

SILVANO

Aunque tu ventura es tanta,  
dinos de ella alguna parte.

ARSILEO

En empresas de tal arte  
comenzar es lo que espanta.

SILVANO

Acaba ya de contar  
la causa de tu alegría.

ARSILEO

¿De qué modo acabaría



quien no basta a comenzar?

SILVANO

No es razón que se consienta  
tu deleite estar callado.

ARSILEO

L'alma que sola ha penado,  
ella sola el gozo sienta.

SILVANO

Si no se viene a tratar,  
no se goza una alegría.

ARSILEO

Si ella es tal como la mía,  
no se dejará contar.

SILVANO

¿Cómo en ese corazón  
cabe un gozo tan crecido?

ARSILEO

Téngolo donde he tenido  
mi tan sobrada pasión.

SILVANO

Donde hay bien, no puede estar  
escondido todavía.

ARSILEO

Cuando es mayor l'alegría,  
menos se deja contar.

SILVANO

Ya yo he visto que tu canto  
tu alegría publicaba.

ARSILEO

Decía que alegre estaba,  
pero no cómo ni cuánto.

SILVANO

Ella se hace publicar,  
cuando es mucha una alegría.

## ARSILEO

Antes muy poca sería,  
si se pudiese contar.

Otra copla querían decir los pastores en esta canción, cuando una compañía de ninfas por orden de Felicia llegó a la fuente, y cada cual con su instrumento tañiendo movían un extraño y deleitoso estruendo. Una tañía un laúd, otra una harpa, otra con una flauta hacía maravilloso contrapunto, otra con la delicada pluma las cuerda[s] de las cítara[s] hacía reteñir, otra las de la lira con las resinosas cerdas hacía resonar. Otras con los albogues y chapas hacían en el aire delicadas mudanzas, levantando allí tan alegre música que dejó los que presentes estaban atónitos y maravillados. Iban estas ninfas vestidas a maravilla, cada cual de su color, las madejas de los dorados cabellos encomendadas al viento, sobre sus cabezas puestas hermosas coronas de rosas y flores, atadas y envueltas con hilo de oro y plata. Los pastores, en ver este hermosísimo choro, dejando la danza comenzada, se sentaron atentos a la admirable melodía y concierto de los varios y suaves instrumentos, los cuales, algunas veces de dulces y delicadas voces acompañados, causaban extraño deleite. Salieron luego de través seis ninfas vestidas de raso carmesí, guarnecido con follajes de oro y plata, puestos sus cabellos en torno de la cabeza, cogidos con unas redes anchas de hilo de oro de Arabia, llevando ricos prendedores de rubines y esmeraldas, de los cuales sobre sus frentes caían unos diamantes de extremadísimo valor. Calzaban colorados borceguines, sutilmente sobredorados, con sus arcos en las manos, colgando de sus hombros las aljabas. De esta manera hicieron una danza al son que los instrumentos hacían, con tan gentil orden que era cosa de espantar.

Estando ellas en esto, salió un hermosísimo ciervo blanco, variado con unas manchas negras, puestas a cierto espacio, haciendo una graciosa pintura. Los cuernos parecían de oro, muy altos y partidos en muchos ramos. En fin era tal como Felicia le supo fingir para darles regocijo. A la hora, visto el ciervo, las ninfas lo tomaron en medio y danzando continuamente sin perder el son de los instrumentos, con gran concierto comenzaron a tirarle, y él con el mismo orden, después de salidas las flechas de los arcos, a una y otra parte moviéndose, con muy diestros y graciosos saltos, se apartaba. Pero después que buen rato pasaron en este juego, el ciervo dio a huir por aquellos corredores. Las ninfas, yendo tras él y siguiéndolo hasta salir con él de la huerta, movieron un regocijado alarido, al cual ayudaron las otras ninfas y pastores con sus voces, tomando de esta danza un singular contentamiento. Y en esto las ninfas dieron fin a su música.

La sabia Felicia, porque en aquellos placeres no faltase lición provechosa para el orden de la vida, probando si habían entendido lo que aquella danza había querido significar, dijo a Diana:

–Graciosa pastora, ¿sabrásme decir lo que por aquella caza del hermoso ciervo se ha de entender?

–No soy tan sabia –respondió ella– que sepa atinar tus sutilidades ni declarar tus enigmas.

–Pues yo quiero –dijo Felicia– publicarte lo que debajo de aquella invención se contiene.

El ciervo es el humano corazón, hermoso con los delicados pensamientos y rico con el sosegado contentamiento. Ofrécese a las humanas inclinaciones, que le tiran mortales saetas, pero con la discreción, apartándose a diversas partes y entendiendo en honestos ejercicios, ha de procurar de defenderse de tan dañosos tiros. Y cuando de ellos es muy perseguido, ha de huir a más andar y podrá de esta manera salvarse, aunque las humanas inclinaciones que tales flechas le tiraban, irán tras él y nunca dejarán de acompañarlo hasta salir de la huerta de la vida.

–¿Cómo hacía yo –dijo Diana– de entender tan dificultoso y moral enigma, si las preguntas en que las pastoras nos ejercitamos, aunque fuesen muy llanas y fáciles, nunca las supe adivinar?

–No te amengües tanto –dijo Selvagia– que lo contrario he visto en ti, pues ninguna vi que te fuese dificultosa.

–A tiempo estamos –dijo Felicia que lo podremos probar, y no será de menos deleite esta fiesta que las otras. Diga cada cual de vosotros una pregunta, que yo sé que Diana las sabrá todas declarar.

A todos les pareció muy bien, sino a Diana, que no estaba tan confiada de sí que se atreviese a cosa de tanta dificultad, pero por obedecer a Felicia y por complacer a Sireno, que mostró haber de tomar de ello placer, fue contenta de emprender el cargo que se le había impuesto. Silvano, que en decir preguntas tenía mucha destreza, fue el que hizo la primera diciendo:

–Bien sé, pastora, que las cosas escondidas tu viveza las descubre, y las cosas encumbradas tu habilidad las alcanza, pero no dejaré de preguntarte, porque tu respuesta ha de manifestar tu ingenio delicado. Por eso dime qué quiere decir esto:

Pregunta

Junto a un pastor estaba una doncella,  
tan flaca como un palo al sol secado,  
su cuerpo de ojos muchos rodeado,  
con lengua que jamás pudo movella.

A lo alto y bajo el viento vi traella,  
mas de una parte nunca se ha mudado;  
vino a besarla el triste enamorado,  
y ella movió tristísima querella.

Cuanto más le atapó el pastor la boca,  
más voces da por que la gente acuda,  
y abriendo está sus ojos y cerrando.

Ved qué costó forzar zagala muda,  
que al punto que el pastor la besa o toca,  
él queda enmudecido y ella hablando.

–Esta pregunta, –dijo Diana– aunque es buena, no me dará mucho trabajo, porque a ti mismo te la oí decir un día en la fuente de los alisos, y no sabiendo ninguna de las pastoras que allí estábamos adivinar lo que ella quería decir, nos la declaraste diciendo que la doncella era la zampoña o flauta tañida por un pastor. Y aplicaste todas las partes de la pregunta a los efectos que en tal música comúnmente acontecen.

Riéronse todos de la poca memoria de Silvano y de la mucha de Diana, pero Silvano, por disculparse y vengarse del corrimiento, sonriéndose dijo:

–No os maravilléis de mi desacuerdo, pues este olvido no parece tan mal como el de Diana, ni es tan dañoso como el de Sireno.

–Vengado estás –dijo Sireno– pero más lo estuvieras si nuestros olvidos no hubiesen parado en tan perfecto amor y en tan venturoso estado.

–No haya más –dijo Selvagia– que todo está bien dicho. Y tú, Diana, respóndeme a lo que quiero preguntar, que yo quiero probar a ver si hablaré más oscuro lenguaje que Silvano. La pregunta que quiero hacerte dice:

Pregunta

Vide un soto levantado,  
sobre los aires un día,  
el cual con sangre regado,  
con gran ansia cultivado,  
muchas hierbas producía.

De allí un manojo arrincando,  
y solo con él tocando,  
una sabia y cuerda gente,  
la dejé cabe una puente,  
sin dolores lamentando.

Vuelta a la hora Diana a su esposo, dijo:

–¿No te acuerdas, Sireno, haber oído esta pregunta, la noche que estuvimos en casa [de] Uranio, mi tío? ¿No tienes memoria cómo la dijo allí Maroncio, hijo de Fernaso?

–Bien me acuerdo que la dijo –respondió Sireno– pero no de lo que significaba.

–Pues yo –dijo Diana– tengo de ello memoria. Decía que el soto es la cola del caballo, de donde se sacan las cerdas, con que las cuerdas del rabel tocadas dan voces, aunque ningunos dolores padecen. Selvagia dijo que era así, y que el mismo Maroncio, autor de la pregunta, se la había dado como muy señalada, aunque había de mejores.

–Muchas hay más delicadas –dijo Belisa– y una de ellas es la que yo diré ahora. Por eso apercíbete, Diana, que de esta vez no escapas de vencida. Ella dice de este modo:

Pregunta

¿Cuál es el ave ligera  
que está siempre en un lugar  
y anda siempre caminando,  
penetra y entra do quiera,  
de un vuelo pasa la mar,  
las nubes sobrepujando?

Ansí verla no podemos,  
y quien la está descubriendo,  
sabio queda en sola un hora;  
mas tal vez la conocemos,  
las paredes solas viendo,  
de la casa donde mora.

–Más desdichada –dijo Diana– ha sido tu pregunta que las pasadas, Belisa, pues no declarara ninguna de ellas, sino las hubiera otras veces oído, y la que tú dijiste en ser por mí escuchada, luego fue entendida. Hácelo, creo yo, ser ella tan clara que a cualquier ingenio se manifestara. Porque harto es evidente que por el ave que tú dices se entiende el pensamiento, que vuela con tanta ligereza y no es visto de nadie, sino conocido y conjeturado por las señales del gesto y cuerpo donde habita.

–Yo me doy por vencida –dijo Belisa– y no tengo más que decir, sino que me rindo a tu discreción y me someto a tu voluntad.

–Yo te vengaré –dijo Ismenia– que sé un enigma que a los más avisados pastores ha puesto en trabajo; yo quiero decirlo, y verás cómo haré que no sea Diana tan venturosa con él como con los otros.

Y vuelta a Diana dijo:

Pregunta

Decí: ¿cuál es el maestro  
que su dueño le es criado,  
está como loco atado,  
sin habilidad es diestro

y sin doctrina letrado?

Cuando cerca lo tenía,  
sin oírlo lo entendía,  
y tan sabio se mostraba,  
que palabra no me hablaba  
y mil cosas me decía.

–Yo me tuviera por dichosa –dijo Diana– de quedar vencida de ti, amada Ismenia, mas pues lo soy en la hermosura y en las demás perfecciones, no me dará ahora mucha alabanza vencer el propósito que tuviste de enlazarme con tu pregunta. Dos años habrá que un médico de la ciudad de León vino a curar a mi padre de cierta enfermedad; y como un día tuviese en las manos un libro, toméselo yo y púsemme a leerlo. Y viniéndome a la memoria los provechos que se sacan de los libros, le dije que me parecían maestros mudos, que sin hablar eran entendidos. Y él a ese propósito me dijo esta pregunta, donde algunas extrañezas y excelencias de los libros están particularmente notadas.

–Con toda verdad –dijo Ismenia– no hay quien pueda vencerte, a lo menos las pastoras no tendremos ánimo para pasar más adelante en la pelea; no sé yo estas damas si tendrán armas que puedan derribarte.

Alcida, que hasta entonces había callado gozando de oír y ver las músicas, danzas y juegos, y de mirar y hablar a su querido Marcelio, quiso también travesar en aquel juego y dijo:

–Pues las pastoras has rendido, Diana, no es razón que nosotras quedemos en salvo. Bien sé que no menos adivinarás mi pregunta que las otras, pero quiero decirla, porque será posible que contente. Díjomela un patrón de una nave, cuando yo navegaba de Nápoles a España, y la encomendé a la memoria por parecerme no muy mala, y dice de esta suerte:

Pregunta

¿Quién jamás caballo vido  
que por extraña manera,  
sin jamás haber comido,  
con el viento sostenido,  
se le iguale en la carrera?

Obra muy grandes hazañas,  
y en sus corridas extrañas  
va ar[r]astrando el duro pecho,  
sus riendas, por más provecho  
metidas en sus entrañas.

Un rato estuvo Diana pensando, oída esta pregunta, y hecho el discurso que para declararla era menester y, consideradas las partes de ell[a], al fin resolviéndose dijo:

–Razón era, hermosa dama, que de tu mano quedase yo vencida, y que quien se rinde a tu gentileza, se rindiese a tu discreción, y por ello se tuviese por dichosa. Si por el caballo de tu enigma no se entiende la nave, yo confieso que no la sé declarar.

–Harto más vencida quedo yo –dijo Alcida– de tu respuesta que tú de mi pregunta, pues confesando no saber entenderla, sutilmente la declaraste.

–De ventura he acertado –dijo Diana– y no de saber, que a buen tino dije aquello, y no por pensar que en ello acertaba.

–Cualquier acertamiento –dijo Alcida– se ha de esperar de tan buen juicio, pero yo quiero que adivines a mi hermana Clenarda un enigma que sabe que no me parece malo; no sé si ahora se le acordará.

Y luego vuelta a Clenarda le dijo:

–Hazle, hermana, a esta avisada pastora aquella demanda que en nuestra ciudad hiciste un día, si te acuerdas, a Berintio y Clomenio, nuestros primos, estando en casa de Elisionia en conversación.

–Soy contenta, –dijo Clenarda– que memoria tengo de ella y tenía intención de decirla, y dice de este modo:

Pregunta

Decidme, señores, ¿cuál ave volando  
tres codos en alto, jamás se levanta,  
con pies más de treinta, subiendo y bajando  
con alas sin plumas, el aire azotando,  
ni come ni bebe ni grita ni canta?

Del áspera muerte, vecina allegada,  
con piedras que arroja, nos hiere y maltrata;  
amiga es de gente cativa y malvada,  
y a muertes y robos, contino vezada,  
esconde en las aguas la gente que mata.

Diana entonces dijo:

–Esta pregunta no la adivinara yo, sino hubiera oído la declaración de ella a un pastor de mi aldea, que había navegado. No sé si tengo de ello memoria, mas paréceme que dijo que por ella se entendía la galera que, estando en medio de las peligrosas aguas, está vecina de la muerte, y a ella y robos está vezada, echando los muertos en el mar; por los pies me dijo que se entendían los remos, por las alas, las velas y por las piedras que tira, las pelotas de artillería.

–En fin –dijo Clenarda– que todas habíamos de ir por un igual, porque nadie se fuese alabando. Con toda verdad, Diana, que tu extremado saber me tiene extrañamente maravillada, y no veo premio que a tan gran merecimiento sea bastante, sino es el que tienes en ser mujer de Sireno.

Éstas y otras pláticas y cortesías pasaron, cuando Felicia que de ver el aviso, la gala, la crianza y comedimiento de Diana espantada había quedado, sacó de su dedo un riquísimo anillo con una piedra de valor que ordinariamente traía y, dándoselo en premio de su destreza, le dijo:

–Éste servirá por señal de lo que por ti entiendo hacer; guárdalo muy bien que a su tiempo hará notable provecho.

Muchas gracias hizo Diana a Felicia por la merced, y por ella le besó las manos y lo mismo hizo Sireno, el cual, acabadas las cortesías y agradecimientos, dijo:

–Una cosa he notado en las preguntas que aquí se han propuesto: que la mayor parte de ellas han dicho las pastoras y damas, y los hombres se han tanto enmudecido que claramente han mostrado que en cosas delicadas no tienen tanto voto como las mujeres.

Don Felis entonces burlando dijo:

–No te maravilles que en agudeza nos lleven ventaja, pues en las demás perfecciones las excedemos.

No pudo sufrir Belisa la burla de don Felis pensando por ventura que lo decía de veras, y volviendo por las mujeres dijo:

–Queremos nosotr[a]s, don Felis, ser aventajadas, y en ello mostramos nuestro valor sujetándonos de grado a la voluntad y saber de los hombres. Pero no faltan mujeres que pueden estar a parangón con los más señalados varones, que, aunque el oro esté escondido o no conocido, no deja de tener su valor. Pero la verdad tiene tanta fuerza, que nuestras alabanzas os las hace publicar a vosotros que mostráis ser nuestros enemigos. No estaba en tu opinión Florisia, pastora de grande sabiduría y habilidad, que un día en mi aldea, en unas bodas donde había muchedumbre de pastores y pastoras que de los vecinos y apartados lugares para la fiesta se habían allegado, al son de un rabel y unas chapas que dos pastores diestramente tañían, cantó una canción en defensa y alabanza de las mujeres, que no sólo a ellas, pero a los hombres, de los cuales allí decía harto mal, sobradamente contentó. Y si mucho porfías en tu parecer, no será mucho decírtela por derribarte de tu falsa opinión.

Rieron todos del enojo que Belisa había mostrado, y sobre ello pasaron algunos donaires. Al fin el viejo Eugerio y el hijo Polidoro, porque no se perdiese la ocasión de gozar de tan buena música como de Belisa se esperaba, le dijeron:



–Pastora, la alabanza y defensa a las mujeres les es justamente debida, y a nosotros el oírla con tu delicada voz suavemente recitada.

–Pláceme –dijo Belisa–, aunque hay cosas ásperas contra los hombres, pero quiera Dios que de todas las coplas me acuerde; mas comenzaré a decir que yo confío que cantándolas el mismo verso me las reducirá a la memoria.

Luego Arsileo, viendo su Belisa apercebida para cantar, comenzó a tañerle el rabel, a cuyo son ella recitó el cantar oído a Florisia, que decía de esta manera:

#### Canto de Florisia

¡Salga afuera el verso airado,  
con una furia espantosa;  
muéstrese el pecho esforzado,  
el espíritu indignado  
y la lengua rigurosa!

Porque la gente bestial  
que, parlando a su sabor,  
de mujeres dice mal,  
a escuchar venga otro tal,  
y, si es posible, peor.

Tú, que el vano presumir,  
tienes ya de tu cosecha,  
hombre vezado a mentir,  
¿qué mal puedes tú decir  
de bien que tanto aprovecha?

Mas de mal harto crecido,  
la mujer ocasión fue,  
dando al mundo el descreído,  
que, tras haberlo parido,  
se rebela sin por qué.

Que si a luz no lo sacara,  
tuviera menos enojos,  
porque así no la infamara,  
y en fin cuervo no criara  
que le sacase los ojos.

¿Qué varón ha padecido  
aunque sea un tierno padre,  
las pasiones que ha sentido  
la mujer por el marido,

y por el hijo la madre?

Ved las madres: ¡con qué amores,  
qué regalos, qué blanduras,  
tratan los hijos traidores  
que les pagan sus dolores  
con dobladas amarguras!

¡Qué recelos, qué cuidados  
tienen por los crudos hijos;  
qué pena en ver los penados;  
y en ver sus buenos estados,  
qué cumplidos regocijos!

¡Qué gran congoja les da,  
si el marido un daño tiene  
y si en irse puesto está;  
qué dolor cuándo se va,  
qué pesar cuando no viene!

Mas los hombres engañosos  
no agradecen nuestros duelos,  
antes son tan maliciosos  
que a cuidados amorosos  
les ponen nombre de celos.

Y es que, como los malvados  
al falso amor de costumbre  
están contino vezados,  
ser muy de veras amados  
les parece pesadumbre.

Y cierto, pues, por amarlos  
denostadas nos sentimos;  
mejor nos fuera olvidarlos,  
o en dejando de mirarlos,  
no acordarnos si los vimos.

Pero donoso es de ver  
que el de más mala manera,  
en no estar una mujer  
toda hecha a su placer,  
le dice traidora y fiera.

Luego veréis ser nombradas  
desdeñosas, las modestas;

y las castas, mal criadas;  
soberbias, las recatadas;  
y crueles, las honestas.

Ojalá a todas cuadraran  
esos deshonorados nombres,  
que si ningunas amaran,  
tantas de ellas no quedaran  
engañadas de los hombres.

Que muestran perder la vida  
si algo no pueden haber,  
pero luego en ser habida  
la cosa vista o querida,  
no hay memoria de querer.

Fíngense tristes, cansados  
de estar tanto tiempo vivos,  
encarecen sus cuidados,  
nómbrense desventurados,  
ciegos, heridos, cautivos.

Hacen de sus ojos mares,  
nombran llamas sus tormentos,  
cuentan largos sus pesares,  
los suspiros a millares,  
y las lágrimas a cuentos.

Ya se figuran rendidos,  
y[a] se fingen valerosos,  
ya señores, ya vencidos,  
alegres estando heridos,  
y en la cárcel venturosos.

Maldicen sus buenas suertes,  
menosprecian el vivir:  
y en fin ellos son tan fuertes  
que pasan doscientas muertes,  
y no acaban de morir.

Dan y cobran, sanan, hieren,  
l'alma, el cuerpo, el corazón,  
gozan, penan, viven, mueren,  
y en cuanto dicen y quieren,  
hay extraña confusión.

Y por eso, cuando amor  
me mostraba Melibeo,  
contábame su dolor,  
yo respondía: «Pastor,  
ni te entiendo ni te creo.»

Hombres, ved cuán justamente  
el quereros se difiere,  
pues consejo es de prudente  
no dar crédito al que miente,  
ni querer al que no quiere.

Pues de hoy más no nos digáis  
fieras, crudas y homicidas,  
que no es bien que alegres vais,  
ni que ricos os hagáis,  
con nuestras honras y vidas.

Porque si acaso os miró  
la más honesta doncella,  
o afablemente os habló,  
dice el hombre que la vio:  
«Desvergonzada es aquélla.»

Y así la pastora y dama  
de cualquier modo padece,  
pues vuestra lengua la llama  
desvergonzada, si os ama,  
y cruel, si os aborresce.

Peor es que nos tenéis  
por tan malditas y fuertes  
que en cuantos males habéis,  
culpa a nosotras ponéis  
de los desastres y muertes.

Vienen por vuestra simpleza,  
y no por nuestra hermosura,  
que a Troya causó tristeza  
no de Elena la belleza,  
mas de Paris la locura.

Pues ¿por qué de deshonestas  
fieramente nos tratáis  
si vosotros, con las fiestas  
importunas y molestas,

reposar no nos dejáis?

Que a nuestras honras y estados  
no habéis respetos algunos,  
disolutos, mal mirados,  
cuando más desengañados,  
entonces más importunos.

Y venís todos a ser  
pesados de tal manera,  
que queréis que la mujer  
por vos se venga a perder  
y que os quiera, aunque no quiera.

Ansí conquistáis las vidas  
de las mujeres que fueron  
más buenas y recogidas;  
de modo que las perdidas  
por vosotros se perdieron.

Mas ¿con qué versos diré  
las extrañas perfecciones?  
¿De qué modo alabaré  
la constancia amor y fe  
que está en nuestros corazones?

Muestran quilates subidos  
las que amor tan fino tratan,  
que los llantos y gemidos  
por los difuntos maridos,  
con propria muerte rematan.

Y si Hipólito en bondad  
fue persona soberana,  
por otra parte mirad  
muerta por la castidad  
Lucrecia, noble romana.

Es valor cual fue ninguno  
que aquel mancebo gentil  
desprecie el ruego importuno;  
mas Hipólito fue uno,  
y Lucrecias hay dos mil.

Puesta aparte la belleza  
en las cosas de doctrina,

a probar nuestra viveza  
basta y sobra la destreza  
de aquella Safo, y Corina.

Y así los hombres letrados  
con engañosa cautela,  
soberbios en sus estados,  
por no ser aventajados  
nos destierran de la escuela.

Cuanto valgan en pelea  
las feminiles personas,  
hacen que claro se vea  
Camila y Penthesilea,  
con las fuertes amazonas.

Que si Scaevola mostrando  
ser consigo muy cruel,  
su mano estuvo abrasando,  
ellas sus tetas cortando,  
fueron más valientes que él.

Y si autores han contado  
de mujeres algún mal,  
no decrece nuestro estado,  
pues los mismos han hablado  
de los hombres otro tal.

Y esto poca alteración  
causa en nuestros mereceres,  
que forzado es, de razón,  
que en lo que escribe un varón  
se diga mal de mujeres.

Pero allí mismo hallaréis  
mujeres muy ex[c]elentes,  
y si mirar lo queréis,  
muchas honestas veréis,  
fieles, sabias y valientes.

Ellas el mundo hermocean  
con discreción y belleza,  
ellas los ojos recrean,  
ellas el gozo acarrear  
y destierran la tristeza.

Por ellas honra tenéis,  
hombres de malas entrañas,  
por ellas versos hacéis  
y por ellas entendéis  
en las valientes hazañas.

Luego los que os empleáis  
en buscar vidas ajenas,  
si de mujeres tratáis,  
por una mala que halláis,  
no infaméis a tantas buenas.

Y si no os pueden vencer  
tantas que hay, castas y bellas,  
mirad una que ha de ser  
tal que sola ha de tener  
cuanto alcanzan todas ellas.

Los más perfectos varones  
sobrepujados los veo  
de las muchas perfecciones  
que de ella en pocas razones  
cantaba un día Proteo

diciendo: «En el suelo ibero,  
en una edad fortunada,  
ha de nacer un lucero,  
por quien Cinthia ver espero  
en la lumbre aventajada.

Y será una dama tal  
que volverá el mundo ufano:  
su casta, ilustre y real,  
haciendo más principal  
que la suya el africano.

Alégrese el mundo ya  
y esté advertido todo hombre,  
que de aquesta que vendrá  
Castro el linaje será,  
doña Jerónima el nombre.

Con Bolea ha de tener  
acabada perfección,  
siendo encumbrada mujer  
del gran Vicecancellor

de los reinos de Aragón.

Viendo estos dos no presume  
Roma igualar con Iberia,  
mas de envidia se consume  
de ver que él excede a Numa,  
y ella vale más que Egeria.

Vencerá a Porcia en bondad,  
a Cornelia en discreción,  
a Livia en la dignidad,  
a Sulpicia en castidad,  
y en belleza a cuantas son.»

Esto Proteo decía,  
y Eco a su voz replicaba;  
la tierra y mar parecía  
recibir nueva alegría  
de la dicha que esperaba.

Pues de hoy más la gente fiera  
deje vanos pareceres,  
pues cuando tantas no hubiera,  
esta sola engrandeciera  
el valor de las mujeres.

Parecieron muy bien las alabanzas y defensas de las mujeres, y la gracia con que por Belisa fueron cantadas, de lo cual don Felis quedó convencido, Belisa contenta y Arsileo muy ufano. Todos los hombres que allí estaban, confesaron que era verdad cuanto en la canción estaba dicho en favor de las mujeres, no otorgando lo que en ella había contra los varones, especialmente lo que apuntaba de los engaños, cautelas y fingidas penas; antes dijeron ser ordinariamente más firme su fe y más encarecido su dolor de lo que publicaban.

Lo que más a Arsileo contentó fue lo de la respuesta de Florisia a Melibeo, tanto por ser ella muy donosa y avisada, como porque algunas veces había oído a Belisa una canción, hecha sobre ella, de la cual mucho se agradaba. Por lo cual le rogó que en tan alegre día para contento de tan noble gente la cantase; y ella, como no sabía contradecir a su querido Arsileo, aunque cansada del pasado cantar, al mismo son la dijo, y era ésta:

Canción

Contando está Melibeo  
a Florisia su dolor,  
y ella responde: «Pastor,  
ni te entiendo ni te creo.»



Él dice: «Pastora mía,  
mira con qué pena muero,  
que de grado sufro y quiero  
el dolor que no querría.

Arde y muérese el deseo,  
tengo esperanza y temor.»  
Ella responde: «Pastor,  
ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «El triste cuidado  
tan agradable me ha sido,  
que cuando más padecido,  
entonces más deseado.

Premio ninguno deseo,  
y estoy sirviendo al Amor.»  
Ella responde: «Pastor,  
ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «La dura muerte  
deseara, sino fuera  
por la pena que me diera  
dejar, pastora, de verte.

Pero triste, si te veo,  
padezco muerte mayor.»  
Ella responde: «Pastor,  
ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «Muero en mirarte  
y en no verte, estoy penando;  
cuando más te voy buscando,  
más temor tengo de hallarte.

Como el antiguo Proteo,  
mudo figura y color.»  
Ella responde: «Pastor,  
ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «Haber no pretendo  
más bien del que l'alma alcanza,  
porque aun con la esperanza  
me parece que te ofendo.

Que mil deleites poseo,  
en tener por ti un dolor.»  
Ella responde: «Pastor,  
ni te entiendo ni te creo.»

En tanto que Belisa cantó sus dos cantares, Felicia había mandado a una ninfa lo que había de hacer para que allí se moviese una alegre fiesta; y ella lo supo tan bien ejecutar que, al punto que acababa la pastora de cantar, se sintieron en el río grandes alaridos, mezclados con el ruido de las aguas. Vueltos todos hacia allá y llegándose a la ribera, vieron venir río abajo doce barcas en dos escuadras, pintadas de muchos colores y muy ricamente aderezadas: las seis traían las velas de tornasol blanco y carmesí, y en las popas sus estandartes de lo mismo; y las otras seis velas y banderas, de damasco morado con bandas amarillas. Traían los remos hermosamente sobredorados, y venían de rosas y flores, cubiertas y adornadas. En cada una de ellas había seis ninfas vestidas con aljubas (es a saber, las de una escuadra, de terciopelo carmesí con franjas de plata; y las de la otra, de terciopelo morado con guarniciones de oro), sus brazos arregazados, mostrando una manga justa de tela de oro y plata, sus escudos embrazados, a manera de valientes amazonas. Los remeros eran unos salvajes, coronados de rosas, amarrados a los bancos con cadenas de plata. Levantóse en ellos un gran estruendo de clarines, chirimías, cornetas y otras suertes de música, a cuyo son entraron dos a dos río abajo con un concierto que causaba grande admiración. Después de esto se partieron en dos escuadrones, y salió de cada uno de ellos un barco, quedando los otros a una parte. En cada cual de estos dos barcos venía un salvaje, vestido de los colores de su parte, puesto de pies sobre la proa, llevando un escudo que le cubría de los pies a la cabeza, y en la mano derecha una lanza pintada de colores. Amainaron entrambos las velas, y a fuerza de remos arremetieron el uno contra el otro, con furia muy grande. Moviése grande alarido de las ninfas y selvajes, y de los que con sus voces los favorecían. Los remeros emplearon allí todas sus fuerzas, procurando los unos y los otros llevar mayor ímpetu y hacer más poderoso encuentro. Y viniéndose a encontrar los salvajes con las lanzas en los escudos, era cosa de gran deleite lo que les acaecía. Porque no tenían tantas fuerzas ni destreza que, con la furia con que los barcos corrían y con los golpes de las lanzas, quedasen en pie, sino que unas veces caían dentro los bajeles y otras en el río. Con esto allí se movía la risa, el regocijo y la música, que nunca cesaba. Los justadores la vez que caían en agua iban nadando, y siendo de las ninfas de su parcialidad recogidos, volvían otra vez a justar y cayendo de nuevo, multiplicaron el regocijo. Al fin el barco de carmesí vino con tanta furia y su justador tuvo tanta destreza que quedó en pie, derribando en el río a su contrario. A lo cual las ninfas de su escuadrón levantaron tal vocería y dispararon tan extraña música, que las adversarias quedaron algo corridas. Y señaladamente un salvaje robusto y soberbio, que, afrentado y muy feroz, dijo:

—¿Es posible que en nuestra compañía haya hombre de tan poca habilidad y fuerza que no pueda resistir a golpes tan ligeros? Quitadme, ninfas, esta cadena y sirva en mi lugar por remero quien ha sido tan flojo justador; veréis cómo os dejaré a vosotras vencedoras, y a las contrarias, muy corridas.

Dicho esto, librado por una ninfa de la cadena, con un bravo desnudo tomó la lanza y el escudo, y púsose en pie sobre la proa. A la hora los selvajes con valerosos ánimos comenzaron a remar, y las ninfas a mover grande vocería. El contrario barco vino con el mismo ímpetu, pero su selvaje no hubo menester emplear la lanza para quedar vencedor, porque el justador que tanto había braveado, antes que se encontrasen, con la furia que su barco llevaba, no pudo ni supo tenerse en pie, sino que con la lanza y escudo cayó en el agua, dando claro ejemplo de que los más soberbios y presuntuosos caen en mayores faltas.

Las ninfas lo recogieron, que iba nadando, aunque no lo merecía. Pero los cinco barcos de morado que aparte estaban, viendo su compañero vencido, a manera de afrentados, todos arremetieron. Los otros cinco de carmesí hicieron lo mismo, y comenzaron las ninfas a tirar muchedumbre de pelotas de cera blanca y colorada, huecas y llenas de aguas olorosas, levantando tal grito y peleando con tal orden y concierto que figuraron allí una reñida batalla, como si verdaderamente lo fuera. Al fin de la cual, los barcos de la divisa morada mostraron quedar rendidos, y las contrarias ninfas saltaron en ellos a manera de vencedoras, y luego con la misma música vinieron a la ribera y desembarcaron las vencedoras y vencidas, con los cautivos selvajes, haciendo de su beldad muy alegre muestra.

Pasado esto, Felicia se volvió a la fuente donde antes estaba, y Eugerio y la otra compañía, siguiéndola, hicieron lo mismo. Al tiempo que vinieron a ella, hallaron un pastor que, en tanto que había durado la justa, había entrado en la huerta y se había sentado junto al agua. Parecióles a todos muy gracioso, y especialmente a Felicia, que ya lo conocía, y así le dijo:

—A mejor tiempo no pudieras venir, Turiano, para remedio de tu pena y para aumento de esta alegría. En lo que toca a tu dolor, después se tratará, mas para lo demás, conviene que publiques cuanto aproveché tu cantar. Ya veo que tienes el rabel fuera del zurrón, pareciendo querer complacer a esta hermosa compañía; canta algo de tu Elvinia, que de ello quedarás bien satisfecho.

Espantado quedó el pastor que Felicia le nombrase a él y a su zagala, y que a su pena alivio prometiese, pero pensando pagarle más tales ofrecimientos con hacer su mandado, que con gratificarlos de palabras, estando todos asentados y atentos, se puso a tañer su rabel y a cantar lo siguiente:

Rimas provenzales

Cuando con mil colores divisado  
viene el verano en el ameno suelo,  
el campo hermoso está, sereno el cielo,  
rico el pastor, y próspero el ganado,

Philomena por árboles floridos  
da sus gemidos;

hay fuentes bellas,  
y en torno de ellas,  
cantos suaves  
de ninfas y aves.  
Mas si Elvinia de allí los ojos parte,  
habrá contino invierno en toda parte.

Cuando el helado cierzo de hermosura  
despoja hierbas, árboles y flores,  
el canto dejan ya los ruiseñores,  
y queda el yermo campo sin verdura,  
mi[s] horas son más largas que los días;  
las noches frías,  
espesa niebla  
con la tiniebla  
oscura y triste  
el aire viste.  
Mas salga Elvinia al campo, y por do quiera  
renovará la alegre primavera.

Si alguna vez envía el cielo airado  
el temeroso rayo o bravo trueno,  
está el pastor, de todo amparo ajeno,  
triste, medroso, atónito y turbado.

Y si granizo o dura piedra arroja,  
la fruta y hoja gasta y destruye,  
el pastor huye  
a paso largo,  
triste y amargo.  
Mas salga Elvinia al campo,  
y su belleza desterrará el recelo y la tristeza.

Y si acaso tañendo esté o cantando,  
a sombra de olmos o altos valladares,  
y está con dulce acento a mis cantares  
la mirla y la calandria replicando,

cuando suave expira el fresco viento,  
cuando el contento  
más soberano  
me tiene ufano,  
libre de miedo,  
lozano y ledó,  
si asoma Elvinia airada, así me espanto  
que el rayo ardiente no me atierra tanto.

Si Delia en perseguir silvestres fieras  
con muy castos cuidados ocupada  
va, de su hermosa escuadra acompañada,  
buscando sotos, campos y riberas,

napeas y hamadriadas hermosas  
con frescas rosas  
le van delante;  
está triunfante  
con lo que tiene.  
Pero si viene  
al bosque donde caza Elvinia mía,  
parecerá menor su lozanía.

Y cuando aquellos miembros delicados  
se lavan en la fuente esclarecida,  
si allí Cintia estuviera, de corrida  
los ojos abajara avergonzados,

porque en l'agua de aquella transparente  
y clara fuente,  
el mármol fino  
y peregrino,  
con beldad rara,  
se figurara,  
y al atrevido Acteon, si la viera,  
no en ciervo pero en mármol convirtiera.

Canción, quiero mil veces replicarte  
en toda parte,  
por ver si el canto  
amansa un tanto  
mi clara estrella,  
tan cruda y bella.  
Dichoso yo, si tal ventura hubiese,  
que Elvinia se ablandase o yo muriese.

No se puede encarecer lo que les agradó la voz y gracia del zagal, porque él cantó de manera, y era tan hermoso, que pareció ser Apolo que otra vez había venido a ser pastor, porque otro ninguno juzgaron suficiente a tanta belleza y habilidad. Montano, maravillado de esto, le dijo:

–Grande obligación te tiene, zagal, la pastora Elvinia, de quien tan sutilmente has cantado, no sólo por lo que gana en ser querida de tan gracioso pastor como tú eres, pero

en ser sus bellezas y habilidades con tan delicadas comparaciones en tus versos encarecidas. Pero siendo ella amada de ti, se ha de imaginar que ha de tener última y extremada perfección; y una de las cosas que más para ello le ayudarán, será la destreza y ejercicio de la caza, en la cual con Diana la igualaste, porque es una de las cosas que más belleza y gracia añaden a las ninfas y pastoras. Un zagal conocí yo en mi aldea, y aun Ismenia y Selvagia también lo conocen, que enamorado de una pastora nombrada Argía, de ninguna gentileza suya más cautivo estaba que de una singular destreza que tenía en tirar un arco con que las fieras y aves con agudas y ciertas flechas enclavaba. Por lo cual el pastor, nombrado Olimpio, cantaba algunas veces un soneto sobre la destreza, la hermosura y crueldad de aquella zagala, formando entre ella y la diosa Diana y Cupido un desafío de tirar arco, cosa harto graciosa y delicada; y por contentarme mucho, le tomé de cabeza.

A esto salió Clenarda diciendo:

–Razón será, pues, que tengamos parte de ese contento con oírlo. A lo menos a mí no me puede ser cosa más agradable que oírte cantar, siquiera por la devoción que tengo al ejercicio de tirar arco.

–Pláceme, –dijo Montano– si con ello no he de ser enojoso.

–No puede –dijo Polidoro– causar enojo lo que con tan gran contento será escuchado.

Tocando entonces Montano un rabel, cantó el soneto de Olimpio que decía:

### *Soneto*

Probaron en el campo su destreza  
Diana, Amor y la pastora mía,  
flechas tirando a un árbol que tenía  
pintado un corazón en la corteza.

Allí apostó Diana su belleza,  
su arco Amor, su libertad Argía,  
la cual mostró en tirar más gallardía,  
mejor tino, denuedo y gentileza.

Y así ganó a Diana la hermosura,  
las armas a Cupido, y ha quedado  
tan bella y tan cruel de esta victoria,

que a mis cansados ojos su figura,  
y el arco fiero al corazón cuitado  
quitó la libertad, la vida y gloria.

Fue muy agradable a todos este soneto, y más la suavidad con que por Montano fue cantado. Después de consideradas en particular todas sus partes, y pasadas algunas pláticas sobre la materia de él, Felicia, viendo que la noche se acercaba, pareciéndole que para aquel día sus huéspedes quedaban asaz regocijados, haciendo señal de querer hablar, hizo que la gente, dejado el bullicio y fiesta, con ánimo atento se sosegase y, estando todos en reposado silencio, con su acostumbrada gravedad habló así:

—Por muy averiguado tengo, caballeros y damas, pastores y pastoras de gran merecimiento, que después que a mi casa venistes, no podréis de mis favores ni de los servicios de mis ninfas en ninguna manera quejaros. Pero fue tanto el deseo que tuve de complaceros, y el contento que recibo en que semejantes personas lo tengan por mi causa, que me parece que, aunque más hiciera, no igualara de gran parte lo mucho que merecéis. Solos quedan entre vosotros descontentos Narciso con la aspereza de Melisea, y Turiano con la de Elvinia, a los cuales por ahora les bastará consolarse con la esperanza, pues mi palabra, que no suele mentir, por la forma que más les conviene, presta y cumplida salud ciertamente les promete. A Eugerio veo alegre con el hijo, hijas y yernos; y tiene razón de estarlo, después que a causa de ellos se ha visto en tantos peligros, y ha sufrido tan fatigosas penas y cuidados. A los demás os veo contentos con la posesión de los bienes deseados. Pero una cosa quiero advertir, que vuestros pasados tormentos, a vosotros y a cuantos de ellos tendrán noticia, han de servir de lición para quedar avisados de vivir con más cordura, por excusar los inconvenientes en que tantos años os habéis hallado. Y aunque en los remedios que yo a todos os di, mostré claramente mi saber y publiqué mi nombre, tuviera por mejor que vosotros hubiésedes vivido con tanta discreción, que no tuviéades necesidad de mis favores. Porque más estimara yo vuestra salud que mi fama, y a vosotros os fuera más conveniente dejar de caer en vuestros engaños y penas que, después de caídos, ser con mi mano levantados. Bien sé que los que habéis sido esclavos de Cupido, os excusaréis con decir que vuestro amor fue casto y limpio de toda deshonestidad. Mas cuando tal achaque se os admita, os condenará la congoja que en semejante pasión habéis padecido. Cuanto más que no sé yo si la limpieza de los amores en todos vosotros llegó a tanto, que sea suficiente para disculparos; porque, aunque la mayor parte de vuestras voluntades fue entre maridos y mujeres, pero no todas entran en esa cuenta, y las que no lo fueron, podrá ser que en algo hayan ofendido el ánimo de la casta diosa Diana, en cuya casa se dio alivio a vuestros males. La honestidad y modestia es la que le contenta, y de los amorosos y deshonestos ardores mucho se desagrada. Y a mí como ministra suya, aunque en ellos pongo remedio, me son en todo extremo aborrecibles. Y si de ellos os libré trocándolos en castos y virtuosos, es por quitaros de tan mal estado, en el cual, por la voluntad que os tengo, no quisiera un sólo momento veros. No tengáis de hoy más atrevimiento de abalanzaros a semejantes trances, con esperanzas de ser remediados como ahora lo fuistes, que no tenéis tanta razón de estar confiados por la salud que a vosotros se os dio, como temerosos por los desastres que a muchos enamorados acontecieron. ¿A quién no espanta el triste suceso de los amores de Píramo y Tisbe? ¿A quién no hace temblar el fin del largo y sobrado amor de la encantadora Medea? ¿A quién no causa temor la desdicha de la deshonesta Mirrha? Los cuales casos fueron por los poetas, como maestros de la humana vida, figurados, para atemorizar los hombres con tan desventurados acontecimientos, dándoles a entender cuanto más provechoso les sea emplearse en los estudios de las letras o entender en otros

ejercicios, conformes al estado de cada uno, que gastar sus años en tan dañosas ocupaciones. Diránme los amadores que no está en su mano dejar de ser vencidos de Cupido y andar hechos sus esclavos. A mí me parece que quien le sirve, se le obliga y somete de propia voluntad, pues no hay ánimo que de su libertad no sea señor. Por donde tengo por cierto que este Cupido, si algo es, será el desenfrenado apetito, y porque de este tan ordinariamente queda vencida la razón, se dice que los hombres del amor quedan vencidos. Hablo ahora del amor terreno, que está empleado en las cosas bajas, no tratando del verdadero amor de las cosas altas y perfectas, al cual no te cuadra el nombre de Cupido, pues no nace del sensual y codicioso apetito, antes tiene puesto su fundamento en la cierta y verdadera razón. Éste es el honesto y permitido amor, con el cual a las virtudes, habilidades, perfecciones, sabidurías y cosas celestiales nos aficionamos. Éste es el ornamento de las ánimas, éste es el deleite de los pensamientos, ésta es afición sin fatiga, ésta es esperanza sin recelo, y éste es bien con sobrado contentamiento. El amor que de éste se desvía es fealdad abominable, tormento insufrible, perdición del alma, destrucción de la vida, mengua de la fama, amarga dulzura, engaño voluntario, placer sin contento, deleite breve, bien inconstante, esperanza vana, vergonzoso pesar, pena cierta, recelo continuo, muerte gustosa, vida mortal, estado sin firmeza y, en fin, una afición que, por más que quien la tiene procura de excusarse y defenderla, ha de ser reprobada por los libres entendimientos y desechada de las honestas voluntades. Vista tenéis la diferencia de estas dos aficiones; mire ahora cada cual de vosotros en cuál de ellas estuvo. Y el que fue con la voluntad honesta aficionado, téngase por dichoso y procure perseverancia. Y el que fue herido del amor de Cupido, por lo pasado le pese, y mude parecer en lo porvenir. No quiero que por esto pierdan Narciso y Turiano las concebidas esperanzas, hallándose por ventura en la parte reprobada, porque mi intención ha sido que lo que se ha dicho a los que están ya remediados, lo escuchasen ellos, para cuando lo sean. Mas esto basta para personas tan discretas, y pues el sol esconde ya su lumbre y se va haciendo hora de recogerse, póngase fin por ahora a mi plática y a vuestras fiestas, que mañana, si Dios quisiere, entiendo que se aumenten con nueva manera de juegos y cantos que nos han de dar admirable contento.

Acabadas las razones de Felicia, el viejo Eugerio quedóespantado de tal sabiduría, y los demás satisfechos de tan saludable reprehensión, sacando de ella provechoso fruto para vivir de allí adelante muy recatados. Y levantándose todos de en torno la fuente, siguiendo a la sabia, salieron del jardín yendo al palacio a retirarse en sus aposentos, aparejando los ánimos a las fiestas del venidero día. Las cuales y lo que de Narciso, Turiano, Tauriso y Berardo aconteció, juntamente con la historia de Danteo y Duarda, portugueses, que aquí por algunos respectos no se escribe, y otras cosas de gusto y de provecho, están tratadas en la otra parte de este libro que antes de muchos días, placiendo a Dios, será impresa.

LAUS DEO

FINIS